

LA TERCERA FAMILIA

MARCOS NIETO PALLARÉS

DEL AUTOR DE 'OCULTO EN LA SANGRE' Y 'EL ASESINO INDELEBLE'



THRILLER

LA TERCERA FAMILIA

© Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Título: La tercera familia

© Marcos Nieto Pallarés

«No habléis de las locuras del amor. ¡No! El amor es lúcido y sereno. El amor no mata. Lo bello, lo fuerte, no conduce jamás al asesinato. Los fuertes mueren tal vez, pero no matan».

Rafael Barrett

«Todo crimen es como una cebolla: hay que cortar a través de muchas capas para ver qué esconde y por el camino hay que derramar unas cuantas lágrimas».

Carlos Ruiz Zafón

«Muchas personas, después de haber encontrado el bien, buscan todavía, y encuentran el mal».

Leonardo Da Vinci

A Marta Martín Girón,
por dejarme ganar en el juego del amor

Índice

El Rompefamilias
La Segunda Familia
Lo que no puede cogerse
Tú a tu ritmo
La firma del asesino
Impotencia
La tercera familia
El sótano
La habitación 88
Propuestas
La última puerta
Sin duda
Susurros
Los hombres malos
La foto perfecta
En el bosque
Papito
Tomando forma
Sin contratiempos
Vuelta a empezar
Filántropo de pega
Uno de los investigados
En paz
Amor de padre
Contra la tormenta
Corazón
Justicia
El rastro evidente
Sinfonía del Destino

Epílogo

Se hallaba en el momento más frío y oscuro de toda noche que se precie y, sin embargo, su casa se distinguía claramente bajo las rutilantes estrellas, como sangre sobre un suelo blanco. Una enorme luna llena disipaba las tinieblas, pareciendo un faro construido sobre la brumosa arista de un acantilado invisible. El viento no provocaba ruidos como la noche anterior, que empujó el columpio contra el único árbol del jardín y zarandeó las ramas de los pinos que actuaban como telón de fondo de la urbanización. Los ladridos del perro del vecino no se oían como un eco distante, ni los coches runruneaban al pasar por la calle. Lo hicieron antes de que entrara en su habitación en busca de un sueño que tenía la mala costumbre de rehuirle, pero ya no percibía otro sonido que el de sus propios pasos.

El insomnio lo condujo al salón. En plena noche, en pijama, bata y pantuflas, miró a través de la ventana y se abstrajo en una aislada sucesión de nubes que parecían agrietar el cielo nocturno. El vapor que arrojaba su taza de té dio la impresión de enredarse con las estrellas. Sin embargo, aunque afuera todo se apreciara en calma y adentro se estuviera a gusto, le sobrevino un inquietante desasosiego.

Su hijo y su mujer dormían plácidamente en el piso de arriba.

Hacía aquello a menudo: cuando no conseguía conciliar el sueño, bajaba al salón, se preparaba una taza de té y leía hasta la primera cabezada. Un ritual que solía surtirle efecto: en más de una ocasión, las primeras luces del alba lo habían desvelado sobre su ‘butaca de leer’.

Cogió un libro concreto de la estantería y se sentó con intención de continuar la historia dejada a medias la noche anterior, y dejarse invadir por los efectos sedantes que por aquel entonces ya le trajeron sus páginas. Abrió la novela por donde señalaba el marcapáginas y leyó para sí mismo arropado por un silencio tan denso que incomodaba. Pero un reflejo en la pantalla del televisor le hizo apartar la mirada de la página trescientos cuarenta y seis.

«¿Claudia?», susurró. No era la primera vez que su esposa lo sorprendía leyendo a horas intempestivas.

Se volvió sobre su asiento para descubrir a un hombre sujetando un bate de béisbol, con la cara cubierta por un pasamontañas. Durante un segundo recordó al representante de la compañía de seguridad que, no hacía demasiado, llamó a su puerta para ofrecerle «dispositivos de última generación exclusivos para chalés». Las palabras de aquel hombre trajeado resonaron en su cabeza como el preludio de una tormenta perfecta: «Contar con amplias zonas exteriores, como jardín o piscina, y puntos ciegos, como garajes o buhardillas, da lugar a la necesidad de mantener bajo control estas zonas para evitar robos y allanamientos. Una alarma común y un par de cámaras de seguridad no son suficientes en viviendas como esta».

«Debí comprar aquel maldito sistema de seguridad», pensó antes de recibir un batazo en la cabeza.

Abrió los ojos y notó un pinchazo en las sienes, que le hizo ver estrellas sin necesidad de mirar por la ventana.

Estaba solo.

Seguía en su butaca, si bien amordazado e inmovilizado con cinta aislante. Intentó ponerse de pie, pero las tensas ataduras que rodeaban su asiento ni siquiera le permitieron agitarse. A falta de movilidad, trató de gritar, pero la mordaza aplacó su llamada de auxilio.

La luz del pasillo estaba encendida, sin embargo, no podía ver lo que sucedía al otro lado de las paredes del salón, que envolvían su cuerpo como los muros de una cárcel de máxima seguridad.

Oyó un «no» ahogado y luego pasos acercándose. Una sombra se alargó desde el umbral de

la puerta, pareciendo una mancha de crudo entrando a toda prisa. Con espanto, vio a su mujer descalza y en camisón. Quien lo había dejado inconsciente tiraba de su larga melena, como si sus pelos rubios fueran los hilos de una marioneta. Lagrimeaba, amordazada con el mismo modelo de cinta aislante que a él lo mantenía sujeto a su asiento.

La crueldad del asaltante le hizo temer lo peor.

La mujer le echó una fugaz mirada cargada de pánico a su marido antes de caer bocabajo sobre el sofá. «Ahí, quietecita», ordenó el asaltante, tras empujarla de mala manera. Entonces, sus malos presagios empeoraron, por complicado que pareciera: un segundo hombre entró en el salón a cara descubierta, tirando de su hijo como si fuera una mula tozuda.

«Si nos enseña el rostro es porque...».

Ni en pensamientos se atrevió a acabar la frase.

El pequeño se quejó de los tirones del hombre pelirrojo de tez clara y ojos marrones, y por eso recibió un guantazo con el dorso de la mano, que lo mandó de bruces contra el suelo. El padre notó cómo se le partía el alma; jamás le había levantado la mano a su hijo y, ante sus ojos inyectados en sangre, un desconocido acababa de cruzarle la cara por nada, dejándolo inconsciente bajo el dintel de la puerta.

—Amordázalo —rogó el que llevaba pasamontañas—. Deberías haberlo hecho nada más despertarlo. Céntrate, joder.

—Tranqui, tío.

El pelirrojo, alto y desgarbado, que vestía, como su compañero, unos tejanos negros, una sudadera con capucha y unas zapatillas del mismo color, se sacó un rollo de cinta aislante del bolsillo trasero de su pantalón y le ató las manos a la espalda al pequeño, además de amordazarlo y juntarle las piernas a base de vueltas de cinta.

—Hala, como una *momiita* —bromeó mientras miraba fijamente a los ojos del padre, entretanto la madre sollozaba con los ojos muy abiertos y enrojecidos—. En fin, vayamos al grano. Dame la combinación de la caja fuerte o mato a tu familia.

Tiró de la cinta que tapaba la boca del padre.

—13, 26, 34, 42. Por favor, no nos hagáis daño.

—Calla, hostia. Limítate a contestar o les rebano el pescuezo.

—Échale un ojo a esta —dijo su compinche antes de abandonar el salón.

—Claro.

Con su compañero en busca del botín, el pelirrojo se acercó a la madre mientras su hijo seguía inconsciente y su marido observaba sin atreverse a decir nada.

—No pienso largarme de aquí sin antes clavártela hasta el fondo —susurró con la entrepierna a la altura de su boca amordazada.

—¡Eh, cabrón! ¡No te atrevas a tocarla!

El asaltante dio tres largos pasos y le propinó al marido un directo en la cara. Luego, mientras este sangraba abundantemente por la nariz, volvió a amordazarlo.

—Sangras como un puto cerdo —se quejó mientras se miraba las manos, más rojas que rosadas—. ¡Eh, tú! ¿¡Dónde crees que vas!?

La mujer arrancó a correr con las manos atadas a la espalda.

«¿Dónde vas, cielo? —pensó su marido con la visión borrosa—. No puedes abrir la puerta, no puedes pedir auxilio…».

Volvió a acordarse del representante de la compañía de seguridad y de los malditos dispositivos de última generación exclusivos para chalés que, huelga decirlo, le ofreció de un

modo más que convincente.

Tras escuchar un par de golpes secos y la voz distante del ladrón, y de saborear una corta incertidumbre que se le hizo larga, su mujer volvió a hacer acto de presencia como la primera vez: siendo arrastrada por los pelos.

El violento allanador la lanzó de nuevo al sofá y se tiró sobre ella como una leona al lomo de una cebra, y de inmediato le subió el camisón para dejar sus nalgas y pechos a la vista. Ella intentó zafarse con movimientos bruscos, pero ni por un segundo consiguió despegar de su trasero las ásperas manos del violador. El pelirrojo magreaba sus pechos haciendo gala de una lujuria enfermiza, cuando su cómplice regresó cargando con una bolsa de deporte negra.

—Deja de hacer el gilipollas. Tenían más joyas de lo esperado y bastante más pasta. Larguémonos de aquí cagando leches.

El de pelo rojo se volvió sin incorporarse.

—¿Cuánto podremos sacar?

—Lo suficiente. ¡Vamos, joder!

El encapuchado hizo un enérgico aspaviento desde el umbral de la puerta.

—Me han visto la cara.

—No es mi problema. Te he dicho, por activa y por pasiva, que el pasamontañas es imprescindible, pero tú nunca escuchas, ¿verdad? ¿Pues sabes qué? ¡Que te den!

—No diremos nada, lo juro —intentó pronunciar el padre; sin embargo, la mordaza propició que los ladrones solo oyeran un murmullo incomprensible.

—Lárgate si quieres. Yo me quedo un rato más con esta preciosidad.

—Recuerdas nuestro acuerdo, ¿verdad?

—Por supuesto. Puedes marcharte tranquilo; si me pillan, no te delataré. Te doy mi palabra.

—Tu palabra no vale una mierda. —Ambos sonrieron de forma cómplice—. En fin. ¿Nos vemos donde siempre dentro de un rato?

—No tardaré.

El violador se quedó a solas con su víctima, y estarlo pareció insuflarle una dosis extra de crueldad. Trató de bajarle las bragas, pero ella se lo puso difícil, pataleando y doblando su cuerpo como una niña que está recibiendo una intensa tanda de cosquillas. Ante la indocilidad de su presa, el violento criminal no dudó en propinarle un puñetazo en el rostro, y luego otro, y otro, y otro más, como si sus ganas de violar se hubieran transformado en hambre de matar. El marido se agitaba sobre su butaca, exhalando improperios que apenas pasaban de la cinta aislante. La abusada dejó de moverse, pero el abusador siguió atizando como si estuviera ablandando carne.

El pequeño volvió en sí en el mismo momento que se consumaba la violación, encontrándose con una estampa difícil de interpretar para un niño de cinco años: un «señor» gimiendo sobre su madre, entretanto su padre miraba aterrado con la boca tapada y el cuerpo sujeto con ligaduras. No obstante, enseguida entendió que estaba pasando algo malo, y empezó a moverse violenta y repetidamente, formando eses sobre el suelo como una culebra, hasta detenerse a los pies de su padre.

—Ha sido rapidito, como a mí me gusta —dijo el pelirrojo tras eyacular dentro de la mujer, estando ella semiinconsciente.

Le dio un beso en la coronilla y se puso de pie. Luego bostezó como si estuviera recién levantado y se subió la cremallera como si acabara de echar una meada en el tronco de un pino cualquiera. Ella apenas se enteró de la penetración; la somanta recibida minutos antes actuó como un inesperado y bienvenido anestésico. Tampoco se dio cuenta de que el pelirrojo sacaba

su machete y se lo deslizaba sobre la piel de su espalda, como si fuera cuero para afilar. Lo que sí notó —intensamente, además— fue el largo filo entrando por entre sus costillas. Ante la resignada mirada de su esposo, que se agitaba mientras desgañitaba noes y la incrédula expresión de su hijo, que miraba con atención a los pies de su padre, maniatado y amordazado, la madre y esposa exhaló su último aliento por la nariz —la mordaza evitó que pudiera ser de otro modo—, y quedó inerte sobre los acolchados y cómodos asientos del sofá.

—Al menos ha muerto satisfecha. —El confirmado asesino, violador y ladrón, se encogió de hombros mientras miraba primero al padre y después al hijo—. No hace falta que me deis las gracias.

Se acercó al pequeño y le rebanó el pescuezo en un visto y no visto. Los alaridos y las lágrimas del padre aumentaron de intensidad, consciente de que su vida acababa de irse al traste.

—No puedo dejaros con vida. Lo entiendes, ¿verdad?

El pelirrojo acercó el reluciente filo de su machete al gaznate del padre mientras el pequeño se desangraba hecho un ovillo a sus pies, y se dispuso a acabar con el único testigo vivo de sus crímenes. Pero una intensa luz irrumpió en el salón, como si alguien hubiera encendido dos focos en el jardín. El pelirrojo quedó deslumbrado, e inevitablemente pensó que la Policía lo había descubierto.

Se parapetó detrás de la butaca, manchándose de sangre los bajos del pantalón.

Dejó el machete sobre el regazo del padre.

Echó mano de la pistola que guardaba en el bolsillo izquierdo de su sudadera.

Se volvió al oír una bronca voz a su espalda: «No te muevas o te vuelo los sesos».

El dueño reconoció al hombre que apuntaba al pelirrojo con una escopeta de dos cañones. Su vecino, Josh Biel, el del perro ladrador, veterano de guerra, frunció el ceño impactado y volvió a hacer gala de su voz profunda:

—Tira el arma bien lejos y quítale la mordaza. —El asesino obedeció diligente—. Y apártate de él.

—¡Los ha matado! ¡Los ha matado a los dos! ¡La ha violado, Josh! ¡La ha violado ahí delante, delante de mí! ¡Están muertos, por Dios! ¡Dios santo! ¡Están muertos!

Josh observó a la mujer, con las bragas bajadas y la espalda y las piernas cubiertas de sangre; luego al niño, hecho un ovillo sobre un charco de sangre; finalmente, al pelirrojo.

—Oye, tío —dijo este alzando las manos, rogando calma a quien lo encañonaba—. Esto no es lo que par...

Josh apretó el gatillo.

El cuerpo del asesino salió despedido e impactó contra la estantería donde el dueño de la vivienda guardaba sus libros, cayéndole algunos en la cabeza. El recién despojado de su familia observó al hombre que en poco más de diez minutos había arruinado su vida, cabizbajo y con las tripas fuera. No sintió ni el más mínimo consuelo. Su vecino —a quien él se refería como ‘el del perro ladrador’— se acercó y empezó a liberarlo.

—No podía dormir —explicó mientras tiraba de un trozo de cinta aislante—. Daba un paseo nocturno con Zeus y he oído ruidos dentro de la casa. He visto que la puerta de la parcela estaba abierta y me ha parecido raro. He dejado a Zeus atado a una farola y me he deslizado hasta la ventana, y entonces he visto al cabronazo este. —Señaló al muerto con el mentón—. He ido a casa a por la escopeta y he acercado el coche en punto muerto a tu jardín; una suerte que la calle esté cuesta abajo. Le he dado a las largas y después he entrado en silencio. Ni siquiera había cerrado la puerta. Está claro que no era la flor y nata de los... En fin. Desviar la atención, se le

llama. Si algo aprendí en la guerra, es que siempre hay que planificar un ataque, sea de la índole que sea. Bueno. Esto casi está. Siento mucho lo que te ha pasado. —Josh deshizo la última vuelta de cinta aislante mientras su vecino pensaba nuevamente en el representante de la compañía de seguridad—. Sube a tu cuarto. Yo me encargo de llamar a la Policía.

La víctima se puso de pie y, con la vista al frente, abandonó el salón bajo el peso de su desgracia.

Diez años después

Los ojos se le empañaron, como siempre que se sentaba delante del santuario que le había construido a su familia, y recordó el rostro de quien los dejó a merced de un asesino; también sus mentiras ante la pantomima de juez que acabó condenándolo a quince años de cárcel.

«No tenía ni idea de lo que iba a hacer mi hermano. De saberlo, jamás se lo habría consentido. Soy culpable de allanamiento con violencia, sí, pero no de matar a nadie».

«Una mísera década y media por permitir que un niño y su madre agonizaran —pensó resignado—. Ese desgraciado sabía perfectamente lo que iba a hacer su hermano, y ahora, diez años después, ya disfruta del tercer grado. ¿Ese es el precio de dos vidas? ¿Diez años en una cárcel estatal, viendo la tele y dando paseos en el patio? La justicia es una broma de mal gusto, y la sociedad un chiste sin gracia. No hacemos nada por arrancarnos los hilos que nos salen de brazos y piernas. Y lo peor de todo es que a la mayoría no nos importa».

Se levantó tras besar las fotos de su mujer y su hijo y anduvo taciturno hasta el salón, donde murieron cruelmente. Encendió el televisor sentado en la butaca desde la que recibió el golpe más duro de su vida. En su pantalla apareció un reportero de la FOX, ante un chalé de *alto standing*.

—El Rompefamilias lo ha vuelto a hacer. Dentro de la vivienda que pueden ver a mi espalda, Terence Petrick yace muerto de una puñalada en el cuello, mientras su esposa y su único hijo se encuentran en paradero desconocido.

Sonrió de medio lado, como quien conoce de antemano lo que va a suceder.

LA TERCERA FAMILIA

¿Puede un hombre muerto estar solo?

Supongamos que sí.

Entonces, Terence Petrick estuvo solo antes de que dos oficiales descubrieran su cadáver y de que, inevitablemente, su salón se convirtiera en la escena de un crimen.

Tras recibir la puñalada trapera que lo mandó de cabeza al otro barrio, recordó el desesperado grito de su esposa mientras un charco granate reflejaba la inmóvil masa de carne en la que se había convertido. Percibió la presión de las cuerdas que lo sujetaban a una silla de diseño, entretanto sus ojos permanecían fijos en la sangre que manchaba su camisa entallada. Pronto se los cerraría el forense, lenta, respetuosa, casi ceremonialmente, pero hasta entonces parecerían dos puertas gemelas que conducen a un mismo cuarto oscuro.

A finales del siglo XIX existía la creencia de que los ojos grababan la última visión de una persona muerta, y que dicha imagen podía recuperarse manipulando la retina. La popularidad de la optografía fue tal, que algunos asesinos les arrancaban los ojos a sus víctimas por miedo a que almacenasen sus facciones. Por desgracia para el Departamento de Policía de Nueva York, actualmente no existen evidencias científicas que sostengan la eficacia de dicha técnica.

¿Cuándo llega la muerte? Insisto. ¿Puede un fiambre oír gritos en su cabeza o notar el roce de unas cuerdas? La idea es que cuando el corazón deja de latir, el resto del cuerpo se apaga. No obstante, en la sala de espera de mi cardiólogo, leí un artículo que aseguraba que el cerebro y la consciencia pueden mantenerse después de que el cuerpo deje de funcionar.

Recordé aquel perturbador estudio en la escena del crimen de la Segunda Familia, ante la cabizbaja figura de Terence Petrick.

«Si la muerte me pilla tumbado en una hamaca, ante un mar de aguas cristalinas mientras me baña un sol radiante —pensé acuclillado ante el cadáver—, pues oye, Dios, hasta te agradeceré esa dosis extra de conciencia. Pero si me sobreviene como a este pobre diablo, te juro que te maldeciré hasta que mi mente se apague del todo».

El Rompefamilias

—Que Dios lo bendiga.

Hacía aquello todos los días: tras una larga jornada de investigación, aparcaba su Ford Edge en el parquin subterráneo y subía las escaleras hasta pisar la calle, donde hallaba sin falta a Roy Archer junto a su inseparable compañero Coco, por lo general sentados sobre un pedazo de cartón. Se acercaba, se acuclillaba, acariciaba al perro y le daba un dólar de limosna a su dueño. Por la mañana, antes de marcharse a trabajar, repetía el proceso, así como Roy su agradecimiento: «Que Dios lo bendiga». Siempre la misma forma de darle las gracias, sin excepción. Shaun calculaba que llevaba escuchados unos mil novecientos «que Dios lo bendiga». Aproximadamente mil novecientos dólares en limosnas. Más o menos mil novecientas buenas acciones a cambio de llevarse bien con el karma.

La primera vez que vio a Roy sintió una pena extrema. Estaba acostumbrado a ver a mendigos deambulando por los alrededores, ataviados con harapos, con el pelo sucio y la mirada triste. Pero Roy no era un indigente del montón. Siempre mostraba una sonrisa a todo el que se acercaba a interesarse por su situación; una sonrisa que se ensanchaba si además le daban unas monedas. Roy tocaba la guitarra a cambio de dinero para comida, y así lo explicaba el cartel apoyado en la fachada del edificio donde vivía Shaun. Y Shaun, acostumbrado a tratar con drogadictos, sabía que el cartel no mentía.

Aquel anochecer Roy no parecía tener ánimos para solos de guitarra; ni siquiera había desenfundado su instrumento. Sus ojos azules, bajo un flequillo rubio y sobre unos labios y un mentón afilados, exteriorizaban tristeza.

—Con los sesenta dólares que te doy cada mes podría suscribirme a un canal de deportes y ver los partidos de los Knicks.

Shaun trató de aliviar el supuesto pesar del sintecho con una broma, pero enseguida se dio cuenta de lo desafortunado de sus palabras.

—Seguro que sí, detective —contestó Roy, cuando Everett enfilaba la entrada del edificio, con su fiel mascota mirándolo con la lengua fuera—. Pero entonces no se ganaría el cielo cada día.

—Ni todo el oro del mundo conseguirá que Dios se apiade de mí.

Roy sonrió.

—Oiga. ¿Quiere que le toque algo?

—Eso siempre.

Shaun se acercó al sintecho mientras este desenfundaba su guitarra. Con su espalda apoyada en la fachada, entretanto los transeúntes iban y venían absortos en sus preocupaciones, Roy miró a Shaun fijamente.

—¿Qué le apetece escuchar?

—Sorpréndeme.

El vagabundo se quedó pensativo un instante y luego empezó a golpear las cuerdas de su guitarra y, para sorpresa de Shaun, a cantar tras los primeros compases. El detective reconoció enseguida la canción: More than words, del grupo Extreme.

—*Saying I love you...*

»*Is not the words I want to hear from you...*

»*It's not that I want to...*

»*Not to say, but if you only knew...*

»*How easy it would be to show me how you feel...*

»*More than words...*

La voz de Roy le pareció un regalo divino.

«Cuánto talento desperdiciado».

Algunos neoyorquinos se detuvieron a escuchar al sintecho, pero pocos lo auxiliaron con unas monedas.

—El dólar mejor invertido de mi vida —aseguró el detective una vez Roy dejó de puntear su guitarra.

—Gracias.

Shaun sonrió y se despidió de Roy y Coco con un «hasta mañana, pareja».

—Hasta mañana, detective.

Coco hizo un movimiento brusco con la cabeza, que el detective tradujo como «nos vemos».

Entró en el edificio y subió las escaleras aún conmovido por la voz del vagabundo.

«Nadie debería dormir en la calle.

»Bah, soy un maldito hipócrita. Tengo dos habitaciones libres, pero no lo invitaré a pasar la noche, no. El mundo es un nido de hipócritas. Yo el primero».

Nunca cogía el ascensor por recomendación explícita de su cardiólogo; la llamada ‘enfermedad de las arterias’ llevaba años amenazándolo con un repentino infarto.

Subió ayudándose del pasamanos y echó un vistazo alrededor cuando enfilaba la puerta de su piso. No había demasiado que ver: paredes desgastadas que parecían criar huellas de zapatos y puertas con mirillas y números dorados.

«Este edificio da más grima cada día. Como pille a alguien tirando basura o..., te juro que me lo llevo detenido, por guarro. —Apretó los dientes mientras avanzaba por un pasillo de mugriento suelo beige y paredes que nadie se dignaba a limpiar. Incluido él—. El mundo está lleno de majaderos. Sobramos la mitad. Como poco. Y luego, pidiendo en la calle, encuentras a personas como Roy, más sensatas y con más talento que la mayoría. El mundo no está bien organizado, Dios. Ponte las pilas de una vez y dale un poco de sentido».

Arrastraba más cansancio y crispación de lo habitual, y eso era decir mucho. La escena del crimen que dejaba atrás, la bautizada por sus compañeros como ‘la de la segunda familia’, lo había dejado tocado, hasta el punto de hacerle desear la jubilación.

Metía las llaves en la cerradura cuando oyó chistar a alguien. Dirigió la mirada hacia el sonido para descubrir a su «colega» Joel, destacando sobre la tenue luz que arrojaba la ventana al fondo del pasillo. Como siempre, vestía unos tejanos que eran puros harapos y una chaqueta de cuero más gastada que las zapatillas de un vagabundo; Shaun sospechaba que dormía en un parque cercano. Lo advirtió más ojeroso que días antes, incluso más delgado, y eso que al detective siempre le pareció un espigado amasijo de huesos.

—Eh —susurró, haciendo aspavientos para que Shaun se acercara.

El detective sonrió e ignoró sus señas.

«Este es más tonto que masticar agua».

Giró la llave, entró en su piso y esperó en el recibidor.

No tardó en oír cómo llamaban a la puerta con los nudillos.

Entreabrió para encontrarse con dos ojos inyectados en sangre, una piel castigada por los excesos, un pelo despeinado y una barba desaliñada.

—¿Qué coño quieres, Joel?

—¿*Pupuedes* darme *aalgo* de *papasta*?

—Puedo. Pero no quiero. Es la segunda vez que vienes este mes. Esto se está convirtiendo en una costumbre, y no me gusta.

—*Tete* he *vivisto* dándole una *limomosnilla* a *Roroy* y he pensado que...

—¿Que soy una ONG?

—No, tío. *Queque* me darías unos dólares *papara* un *bocacata* y una botella de *aagua*. Vamos, tío, *queee* estoy *mumuerto* de hambre.

—¿De hambre? ¿Pero tú te has visto, chaval? Estás sudando como un cerdo y te tiemblan las manos como a un viejo. ¿Crees que me chupo el dedo, Joel? Lo que tú tienes es un mono de aúpa. ¡Si hasta se te traba la lengua!

—¿*Preprefieres* que robe?

—¿*Preprefieres* que meta tu raquítico culo entre rejas? No me toques los huevos...

—Venga, tío, *enróllaaate* un poco y *dadame* un par de *paaavos*.

—Esto me pasa por ir dando limosnas a diestro y siniestro.

—¿Qué?

—Nada. Cinco y vas que te las pelas. —Shaun sacó un billete de cinco de su cartera—. Si supiera que vas a gastártelos en comida o en unos pantalones decentes, te daría más, pero los dos sabemos en qué los vas a invertir.

—Se oyen *rurumores* por *aaahí*, sí.

Joel rio como un bobalicón.

—La madre que te matriculó. ¿Encima cachondeo?

El detective agachó la cabeza y negó resignado. Se fijó entonces en que a Roy le asomaba un dedo por la punta de las zapatillas.

—Gracias, Everett.

Joel parecía ansioso por salir pitando de allí y chutarse lo que fuera que se metiera en el cuerpo.

—¿Qué pie gastas?

—El cuarenta y *cucuatro*.

—Espera un momento.

El detective caminó pausado hasta su habitación, abrió el armario donde guardaba la ropa y cogió unas zapatillas de deportes viejas —pero sin agujeros— del estante de abajo.

Volvió al recibidor sujetando las bambas.

—Póntelas.

—Oh, *gragracias*.

El yonqui sonrió sudoroso y tembloroso y se quitó las zapatillas, y Everett observó asombrado los calcetines más sucios que había visto en sus cincuenta y siete años de vida.

—¡Joder, Joel! —espetó, arrugando la nariz—. ¿Cuánto hace que no te das una ducha?

—No sé. ¿*Mumucho*?

El yonqui se miró los pies.

—*Pupues* me *quequedan* de *mamaravilla*. Gracias. Ahora *tetengo* que irme. Gracias, *Eeeverett*.

—Sí, lárgate cagando leches, que vas a apestar el pasillo.

Joel caminó hacia el ascensor con los cinco dólares en el bolsillo y sus hediondas zapatillas en la mano. El detective lo observó mientras se alejaba con sus «flamantes» bambas nuevas y sintió pena de aquel pobre desgraciado que, como casi todos los de su condición, cargaba a sus espaldas con un calamitoso pasado.

«Tengo que preguntarle algún día cómo acabó así de mal».

—¡No molestes a los demás vecinos o te meto en el calabozo! —amenazó Shaun cuando el yonqui entraba en el ascensor—. ¡Y no vuelvas!

—¡Lo *proprometo*!

Shaun era consciente de que Joel volvería tarde o temprano a llamar a su puerta.

Cerró con llave, dejó su abrigo en un perchero arrinconado y caminó sonriente hacia la cocina.

«Hubiera conseguido el dinero de un modo u otro», pensó, sacudiéndose los remordimientos que le causaba saber en qué iba a emplear los cinco dólares.

Vivía en un piso de muebles antiguos, con cortinas pasadas de moda y cuadros que ya no se llevaban. No obstante, sobre el fregadero jamás había un plato sucio ni una mota de polvo en el suelo, ni una mancha en las paredes. Shaun pasaba el aspirador dos veces al día, antes de acostarse y después de tomar su café matutino. Podría decirse que residía en un piso aseado dentro de un bloque desaseado.

—No sé por qué hago estas cosas —se dijo antes de abrir la nevera en busca de algo que echarse a la boca.

Oyó el timbre.

«Como sea otra vez Joel, te juro que me cago en su...».

Deshizo sus pasos desabrido y observó a través de la mirilla, descubriendo a su joven vecino de diez años.

«El destino se burla de mí».

—Hola, Michael.

—Hola, Shaun. ¿Qué tal?

—Pues bien. ¿Y tú?

—Pues también bien.

—¿Tu madre vuelve a estar acompañada?

—Sí.

—Pasa, entonces. —El niño entró con aire despreocupado, ajeno a las miserias que sucedían a su alrededor—. Eso está bien, ¿no? Lo de tu madre, digo, que tenga amigos de su edad con los que distraerse, ¿no crees?

Michael se encogió de hombros.

A Shaun no le parecía bien lo que hacía su madre, pero le mentía piadosamente a su joven vecino de piel oscura. No le importaba cuidar de aquel avispado niño. Incluso disfrutaba de su compañía, de sus ocurrentes preguntas y de sus pueriles respuestas. Sin embargo, no le gustaba el motivo por el que estaba allí. En principio, Jada Lee se lo «soltaba» cuando recibía la visita de una de sus conquistas. «Para que el niño no oiga ruidos extraños, ya me entiendes», le dijo —con guiño incluido— la última vez que se dignó a traérselo de la mano.

Pero Shaun no era fácil de engañar.

«Todo el mundo me toma por el pito del sereno», caviló antes de dirigirse al joven delgado de pelo afro, que vestía un pantalón de chándal gris, una sudadera negra y unas zapatillas de deporte rojas.

—Ve al salón a ver la tele. Ponte Disney, si quieres. Enseguida estoy contigo.

—Vale.

Michael se marchó al salón y Shaun abandonó su piso. Dio doce pasos hasta detenerse ante la puerta del de su vecina, ‘la atrae hombres’.

Agudizó el oído y oyó risas adentró.

«Menuda sinvergüenza está hecha tu madre, Michael».

Tocó el timbre como si el bloque se estuviera incendiando.

—¡Ya voy, ya voy, joder!

Jada entreabrió en bata. Su pelo afro tapaba parcialmente las vistas del detective, pero Shaun era consciente de que más allá de su pelo negro como el tizón había un maromo esperado con la libido por las nubes.

—Ah, hola, Shaun. ¿Está bien Michael?

—Tu hijo está perfectamente. He venido a decirte un par de cosas a la cara, morena. Y no van a gustarte ni una pizca.

—A ver qué he hecho ahora.

—La primera, que sea la última vez que me lo envías como si fuera un coche teledirigido. No me importa cuidarlo. Nos conocemos desde hace bastante tiempo, pero esto se está yendo de madre. Llamas a mi puerta y, cuando te abra, me pones una enorme sonrisa, y luego me pides por favor que te haga de canguro. ¿*Capisci*?

—Claro, Shaun. Lo siento. Pensaba que entre nosotros había *confi*.

—¿*Confi*? A mí me hablas bien. ¿*Confi* de qué, de confitura? En fin. Que no soy tu maldito niñero. ¿Sabes por qué? ¡Porque no me pagas ni un maldito dólar!

—¿Qué pasa ahí? —La voz de un hombre llegó desde el pasillo—. ¿Ese viejo te está molestando?

«¿Viejo, yo?».

—Échate a un lado, morena, que aquí va a haber jarana.

Shaun empujó la puerta con el pie mientras Jada se apartaba, para descubrir a un hombre de color con el pecho al aire, vistiendo únicamente unos tejanos. Sus marcados pectorales y sus abdominales a lo ‘tableta de chocolate’ hubieran amedrantado a cualquiera, pero no a un enfermizo detective de homicidios.

—Tú. —Lo señaló con el mentón—. Cállate la puta boca y apártate de mi vista, si no quieres que te meta una nueve milímetros por la boca y aquí, la *madame*, te vea llorando como una nenaza.

—¿Pero a ti qué coño te pasa, carcamal?

El joven hizo ademán de acercarse a cantarle las cuarenta a Shaun, pero un grito de Jada lo detuvo en seco.

—¡Métete en mi cuarto, Paul! ¡El carcamal es poli!

Paul reculó y alzó los brazos en son de paz.

—Haya paz, agente. Me vuelvo a mi habitación y aquí no ha pasado nada.

—Enseguida estoy contigo, cielo.

—¿Por dónde iba? —preguntó Everett en cuanto Paul dobló la única esquina del pasillo—. Ah, sí. ¿Ese cielito *fibrado* tuyo es uno de tus clientes? Y no me mientas, que lo sabré. ¿Desde cuándo ofreces sexo a cambio de pasta? Ah, por cierto: gracias por lo de carcamal.

—De nada. Y eso a ti no te incumbe.

—Oh, sí que me incumbe, morena. Soy policía y cuido de tu hijo mientras te beneficias a

hombres a cambio de dinero. Y eso es ilegal. Así que no me vengas con que no es mi problema.

—Necesito pasta, Shaun. Soy madre soltera. Pero no soy una maldita puta. Ellos me gustan y me ayudan porque les da la gana.

—Llámalo como quieras, pero en mi pueblo a eso se le llama prostituirse. En fin. ¿Tomas drogas?

—¡No!

Tres segundos después de que Jada soltara aquella impetuosa negativa, la inquilina del 5º C, conocida por todos como 'la señora Sanada', se asomó por la puerta de su piso. Shaun la consideraba una cotilla empedernida. «Si quieres que salga la japonesa —le dijo a Jada hacía menos de una semana—, haz ruido en el pasillo y se asomará como un topo».

—¡Hola, señora Sanada! —saludó Shaun exageradamente efusivo—. ¿¡Todo bien!? ¡Esto es una conversación privada, si no le importa! ¿¡Podría esconder la molondra en su madriguera y dejarnos hablar a solas!?

Sanada miró al detective con cara de asco y desapareció de su vista como el mejor de los espías.

—¡Gracias!

—¿Pero qué coño te pasa hoy, Shaun? ¿Se te ha muerto el gato?

—Lo que me pasa es que entre todos vais a desplumarme y a volverme majara. —El detective no pudo evitar sonreírle de forma cómplice a su vecina, que le devolvió el gesto—. En fin. Tírate a quien te dé la gana. Yo seguiré cuidando de tu hijo mientras pueda. Pero si me entero de que te metes algo, te juro que llamaré a Asuntos Sociales y Michael acabará en una familia de acogida. ¿*Capisci*?

—Claro como el agua.

—Voy a ver qué me cuenta tu hijo.

—Vale. Gracias. Pero no le hables de asesinatos.

—Claro que no. Y de nada.

Shaun caminó pausado hacia su piso.

«Le hablaré de lo que me dé la gana».

—¡Eh, detective!

—Habla más bajo, joder —susurró bromista tras darse la vuelta—, o saldrá la japonesa.

Jada sonrió.

—Eres un buen hombre.

—Y tú una pelandusca. —Jada sonrió cariñosamente—. ¿Nos vemos dentro de un rato?

—Claro.

Jada cerró la puerta y el detective abrió la de su piso. Al entrar halló a Michael recostado en el sofá, mirando extasiado la televisión.

—¿Qué estás viendo tan concentrado?

En la pantalla podía verse una urbanización grabada desde el aire.

—Lo del Rompefamilias.

—¿Rompefamilias?

—*Shhh*... Escucha.

Michael señaló la pantalla con la oreja. Shaun se sentó a su lado. Una reportera hablaba, micrófono en mano, ante un chalé de alto *standing*, que el detective reconoció al instante:

—Justo un año después de que Harry Wilson muriera a manos del Rompefamilias y de que su esposa Sophia y su hijo Russell fueran secuestrados, una nueva familia ha sido rota. Esta vez, el

asesinado es Terence Petrick y los desaparecidos su esposa Jennifer y su hijo Scott.

Las palabras de aquella guapa reportera provocaron que Shaun echara la vista atrás, hasta un pasado que conservaba fresco en la memoria.

La Segunda Familia

Seis horas antes

Siempre le invadían las mismas sensaciones al pisar por primera vez la sangrienta escena de un crimen. Soledad, pues debía enfrentarse solo al horror; miedo, como si un fiambre pudiera hacerle daño más allá del emocional; rabia, dado que rara vez era justo lo que encontraba; repulsión, puesto que el hedor a sangre nunca es plato de buen gusto; tristeza, ya que contemplar la muerte de un hombre a manos de otro siempre desconsuela.

Antes de presentarse ante el cadáver, anduvo por un camino de cintas amarillas mientras varios miembros de la Científica, enfundados en sus característicos monos blancos, buscaban pistas por el jardín. Sospechó —basándose en los precedentes— que no encontrarían nada destacable.

Dio gracias a Dios por que la escena estuviera bajo techo, por que no hubiera curiosos rondándola, pero, sobre todo, por no tener que estar pendiente de las condiciones atmosféricas.

Echó la vista al cielo para contemplar más nubes que tras recibir el aviso del capitán Quesada. Tres cientos sesenta y cinco días después, según su superior y buen amigo, la historia se repetía: un hombre había sido apuñalado en un chalé y su familia secuestrada.

«La Primera Familia —rumió cuando enfilaba la puerta de entrada—: secuestrados, Jennifer y su hijo Scott; muerto, Harry Wilson. La Segunda Familia: secuestrados, Sofía y el pequeño Ben; muerto, Terence Petrick. Ese cabrón lo ha vuelto a hacer, como predije hace un año. Hemos de evitar a toda costa que caiga una tercera familia».

Le mostró su placa al oficial apostado en la puerta, firmó en la hoja de acceso y entró mientras recordaba lo que le advirtió a la pareja de detectives a cargo de la investigación, Dylan Vega y Brian Allen, que encontró conversando con el forense a un lado de la robusta mesa del salón: «Este tipo de crímenes, tan planificados y, abro comillas, tan vistosos, cierro comillas, no suelen quedarse en uno solo. Ojalá me equivoque, pero quien ha hecho esto volverá a matar».

Algunos llevaban más de media hora investigando la escena. El cuñado de la víctima llamó a Emergencias asegurando que a su hermana le había pasado algo malo, que no cogía el fijo de su casa ni el de su despacho, ni contestaba al móvil, al igual que su cuñado Terence; y esa conducta, según él, no era propia del matrimonio. Poco después, dos oficiales que patrullaban la zona saltaron el muro y rompieron una ventana del chalé —con el consentimiento del denunciante— para toparse con Terence en medio de un moderno salón, amordazado y maniatado sobre una silla de diseño, con su camisa más roja que blanca.

Lo primero que llamó la atención del detective fue la ingente cantidad de sangre en torno a los pies del cadáver. Lo segundo, el alto número de investigadores y especialistas reunidos alrededor de la víctima, conversando a una distancia prudencial, dejando así trabajar a los

especialistas. Lo tercero, la indudable conexión del asesinato de Terence Patrick con el de Harry Wilson.

«Tampoco debería extrañarme tanto "mirón". Crimen calcado al anterior... Sangre a mansalva... Caso mediático y chupatintas al canto. Pues eso; lo raro hubiera sido encontrar la escena poco concurrida».

Saludó con la cabeza a unos, a otros con un «¿qué tal?» y a bastantes con un seco «buenas».

Enseguida entendió por dónde debía acceder al fiambre: por entre dos cintas de balizamiento pegadas en el suelo, separadas poco más de sesenta centímetros: por un «pasillo» previamente revisado que podía contaminarse.

—¿Puedo? —le preguntó a uno de los especialistas, mirando al único punto de su rostro que quedaba al descubierto: sus ojos.

—Proceda.

Anduvo entre las cintas y se acuclilló ante Terence Petrick, para confirmar que la herida y las cuerdas coincidían con las de la escena de Harry Wilson, con la escena de la Primera Familia.

Observó su rostro como si fuera la pieza de un puzle.

«Cuando se entere la prensa... Madre mía la que se va a liar. No va a haber una sola familia tranquila en la Gran Manzana».

Retrocedió unos pasos y buscó en las inmediaciones del cuerpo, hallando únicamente a los criminalistas, haciendo fotografías, bosquejos, tomando notas y medidas en torno a las flechas amarillas con las que habían marcado varias salpicaduras de sangre. Más apartados estaban los «mirones». Examinó las puertas, ventanas y muebles. «Debió asaltarlos afuera y entrar con ellos, probablemente dentro del coche familiar». Estudió la posibilidad de que el asesino hubiera plantado pistas falsas.

«Un cadáver y sangre. La escena está limpia y todo parece en su sitio. Exactamente igual que la vez anterior. —Observó una fotografía de estudio colgada de la pared a la espalda del cadáver, donde aparecían el fiambre, su esposa y su hijo de cinco años, sonriendo sobre un fondo blanco —. Una tragedia. Tendré que volver con el cuñado para confirmar que todo esté en su lugar. En fin. Luego daré una vuelta por los alrededores de la vivienda».

Shaun se acercó a Dylan Vega y a Brian Allen, los detectives al frente de la investigación, que conversaban con el forense David Won, de origen asiático, que el añoso detective conocía desde hacía más de una década.

—Buenas tardes, forense y compañía.

—Hola, Everett —saludó Allen con gesto adusto.

Brian Allen era un curtido detective de homicidios de primer grado —mismo rango que Shaun— de cuarenta y seis años, alto y moreno, de ojos marrones y piel clara, que Everett jamás había visto con otro *look* que no fuera rapado y con perilla.

—¿Qué tal, Everett? —correspondió Vega, no menos desabrido.

Dylan Vega era un detective de homicidios de segundo grado, un palmo más bajo que su compañero y bastante más grueso, pelirrojo y de ojos color avellana, nariz chata y mentón ancho. De vez en cuando Shaun bromeaba con su apodo: Naranja Mecánica.

—Buenas tardes, Shaun —saludó asimismo Won, con un semblante afín al de Allen y Vega.

David Won nació en Estados Unidos, pero sus padres lo hicieron en un pueblecito de Japón del que el detective no recordaba el nombre; Won, un hombre correcto hasta la médula, había estado en «su tierra» solo de vacaciones.

—Supongo que tenemos el arma homicida —dijo Shaun, dirigiéndose a Vega—. Espero

que...

—Debo seguir con el levantamiento del cadáver —interrumpió Won—. Disculpad.

Los detectives asintieron con la cabeza y el forense se ausentó tras pronunciar un «luego seguimos hablamos».

«El levantamiento es esencial —meditó Everett mientras observaba cómo el forense se acuclillaba ante el cadáver—. Una mala praxis puede mandarlo todo al traste. Es importante conocer las circunstancias y los detalles. Sin un buen principio, es difícil llegar a un buen final».

—Sí —contestó Vega tras la interrupción de Won—. Tenemos el arma. La hemos encontrado al lado del cadáver, como en la escena de Harry Wilson. Ahí está, por si quieres echarle un vistazo.

Vega señaló hacia su derecha y Shaun descubrió algo que hasta el momento le había pasado desapercibido: un recipiente para pruebas sobre la mesa del salón. Se acercó para observar un machete de grandes dimensiones, con un rótulo en su empuñadura, donde constaba fecha y número de evidencia.

—El lugar del delito ha de quedar bien protegido —dijo Shaun en tono firme—. Que nadie husmee aparte de los criminalistas. Volveré con el cuñado de la víctima, o con quien me dé la gana.

—Pues como siempre, eminencia de la criminología —profirió Allen, socarrón.

Los tonos irónicos y los sarcasmos nunca faltaban en las escenas que investigaba Everett.

—Y supongo que este *chalezaco* tendrá cámaras de seguridad, ¿no?

—Las tiene. Enfocan al jardín y a la entrada. Pero si el asesino llevaba puesto un pasamontañas, como en el caso anterior...

—Si el tipo sale entero, que cotejen las imágenes y comprueben si coinciden las alturas. No vaya a ser un jodido imitador. Los detalles se filtraron a la prensa, así que cualquiera pudo copiar su *modus operandi*.

—Claro, majestad.

—Tuviste razón hace un año —espetó Vega—. Me duele admitirlo, pero... En fin. Estás hecho un viejo sabueso, Everett.

—No soy tan viejo, hombre, pero sí bastante perro. El problema es que vosotros aún estáis en la cuna, pero os creéis el no va más.

—Ya estamos.

—No, en serio. Si os fijarais más en lo evidente y menos en lo que dice un ordenador, otro gallo cantaría. Pero sois esclavos de la tecnología. Y la tecnología os ciega, hacedme caso.

—No pienso basar mis investigaciones en los consejos de un cascarrabias al que solo le falta entrar con armadura a las escenas del crimen. Tú a lo tuyo y nosotros a lo nuestro. Hacemos un buen equipo, ¿no? Lo viejo y lo nuevo luchando por hacer justicia.

—Supongo. Pero ¿no tendréis por ahí un programa de esos que gastáis que dé pistas o algo? No sé, de los que enfocas a la cara con la cámara del móvil y sale información. ¿No? Porque estaría bien.

—Se llaman aplicaciones —matizó Allen—. Y sí, tengo uno de esos programas. Espera un momento, que te enseño cómo funciona.

Allen enfocó a Shaun con la cámara de su iPhone último modelo y le sacó una foto. Luego se la mostró a su compañero.

—Ves, pone: «Gilipollas redomado».

—Funciona de maravilla, sí —dijo Vega mientras asentía con la cabeza.

—Qué graciosillos se han vuelto mis bebés. En fin. ¿Tenemos cabellos, polvo, tierra, fluidos, huellas dactilares o de neumáticos...? No sé. ¿Podéis darme algo que no sea el típico «nada de momento»?

—Nada de momento —contestó Vega—. Te mandaremos una copia de cada informe que caigan en nuestras manos. Como siempre. Aún es pronto para ir dando la brasa, ¿no crees, Everett?

—¿Pronto? ¿En serio? ¿Os tengo que recordar que este es su segundo asesinato, sin contar los secuestros?

—¿Por qué un machetazo en el cuello? —meditó Allen en alto, ignorando la retórica del veterano detective—. ¿Y por qué dejar el arma en la escena del crimen?

—Seguidme. —Shaun se acercó al fiambre por entre las cintas pegadas al suelo, con Vega y Allen siguiendo sus pasos—. Imaginadme con guantes y un pasamontañas detrás de la víctima —Allen y Vega asintieron con la cabeza—. ¡Zas! —El detective imitó el gesto que por fuerza realizó el asesino a la espalda del cadáver—. Ejecuta y se aparta para evitar mancharse de sangre. Esta sale a borbotones, sí, pero él ya está fuera de su alcance. Si alguna gota salpica en su dirección, el cuerpo hará de pantalla. Eso confirma mis primeras sospechas: el asesino es zurdo. Ambas víctimas tienen la herida en la parte izquierda del cuello y estoy convencido de que asestó las puñaladas desde atrás. Mima los detalles. Cualquiera diría que una gota de sangre en un jersey o en un guante es una minucia, pero él no está dispuesto a darnos la más mínima ventaja. Es obvio que selecciona a sus víctimas. Las estudia durante días, tal vez durante semanas: accesos a las viviendas, vías de escape, dónde enfocan las cámaras de seguridad, dónde trabajan, horarios... No sé si os habéis fijado, pero la distribución de este chalé es muy parecida a la de la primera escena; entre otras cosas, tiene un ancho camino de cemento que conduce al garaje. Es evidente que eligió las viviendas para no dejar huellas de neumáticos sobre el terreno. Me apostaría una ronda de cervezas a que antes del crimen ya había pisado el jardín de afuera. ¿Por qué dejar el machete, preguntas? La cuestión sería más bien, ¿para qué llevárselo? ¿Para que lo encontremos durante un hipotético registro de su vivienda? No, hombre. Mejor salir limpio del lugar de los hechos. El desalmado metió al niño y a la madre en el maletero tras narcotizarlos y se largó tan campante a un lugar seguro. Sin dejar rastro. Estoy seguro de que encierra a los niños y a sus madres en algún tipo de zulo, sótano o casa en el campo, habilitada para tales menesteres, donde sospecho que los mantiene con vida, no sé si con el propósito de saciar sus oscuros instintos o... —Shaun se contuvo de exteriorizar sus más funestos pensamientos—. En fin. Hacedme llegar los informes de la Científica y del forense en cuanto los tengáis, ¿de acuerdo?

—Como siempre.

—Voy a echar un vistazo por los alrededores.

Los aledaños no aportaron nada nuevo, así que Shaun decidió irse a casa cuando el sol se acercaba al horizonte, amenazando con llenar de sombras la Gran Manzana. Cuanto más mayor se hacía, más le costaba llegar entero al final de las jornadas. Le sobrevinieron infinidad de pensamientos mientras conducía, todos relacionados con el caso: «Los chalés están en parcelas alejadas, con altos muros protegiéndolos. Son viviendas de lujo, sí, pero las urbanizaciones no cuentan con vigilancia privada ni su acceso está restringido a los no residentes. El asesino buscaba intimidad, y eligió dos lugares perfectos. Es evidente que perseguimos a un asesino organizado. Necesito hablar con el cuñado de la víctima para que me acompañe a la escena. Necesito encontrar una maldita conexión. Si no, me temo que dentro de un año se romperá otra

familia».

Lo que no puede cogerse

Hora y media después

—¿Es tu caso? —preguntó Michael sin apartar la vista de la pantalla.

—¿Qué?

—El de la tele.

—Ah. Colaboro con los detectives que lo llevan, sí.

—¿Colaboras porque ellos son más buenos que tú?

—Porque mi corazón no está para demasiados trotes. En cuatro años me jubilo y mi capitán, como pago por los servicios prestados, me deja ir a mi aire. De todos modos, sabe que yo siempre cumplo. Me he ganado a pulso un tranquilo final de carrera, te lo aseguro. Pero no le digas a nadie que hago lo que me da la gana, ¿eh?

—Soy una tumba.

Shaun sonrió ante la inocencia de su joven amigo.

—¿Sabes lo que significa ‘en paralelo’?

—Creo que sí. ¿Esto?

Michael estiró las manos con los dedos juntos y colocó la derecha por encima de la izquierda.

—Exacto. Pues yo llevo una investigación paralela. Está la principal y luego la mía, más a la vieja usanza, pero no por ello menos efectiva. Mi estilo ha resuelto más de un caso mientras los demás se ciñen al manual, y ayudado a resolver otros tantos. Lo viejo y lo nuevo luchando por hacer justicia.

Shaun repitió la frase pronunciada por Dylan Vega en la escena del crimen.

—¿Eres como Harry el Sucio?

—No. Yo me muevo dentro de la legalidad. Y me lavo de vez en cuando, además. —Michael rio despreocupado—. Simplemente actúo como cuando no existían tantos avances en criminalística. Sobre todo, me dedico a buscar conexiones. Ellos se centran en las pistas que pueden cogerse y yo en las que no pueden tocarse. ¿Entiendes?

—No.

«Obviamente».

—Pues que mis compañeros buscan huellas dactilares, pelos, marcas de neumáticos..., y yo rencillas, odios, temores, infidelidades, venganzas...

—Ah. ¿Y qué es eso de la *criminalogística*? ¿Lo del ADN?

—Criminalística, zoquete. Y sí, son las técnicas científicas que se usan para atrapar a un asesino. Luego está la criminología, donde entro yo, que se ocupa del estudio del crimen, del infractor, de la víctima...

—Interesante...

Michael se frotó el mentón mientras asentía con la cabeza lenta y repetidamente. El detective soltó una estridente carcajada.

—Es un placer iniciarte en el mundo de la resolución de homicidios y asesinatos.

«Pero a tu madre no le gustaría esta conversación».

—¿Qué diferencia hay?

—¿Entre qué?

—Asesinato y homicidio.

—Deja algo para la próxima clase, hombre. Me temo que tú y yo vamos a vernos bastante a menudo, y de algo tendremos que hablar, ¿no?

—Jo. Dime eso y no te pregunto nada más.

—No. Mañana, ¿vale? Ahora voy a darme una ducha, que entre unos y otros, al final van a acabar apodándome Shaun el Sucio.

Michael volvió a reír; al detective le encantaba ver feliz a su amigo más joven.

Se fue a su habitación a por ropa limpia y cómoda, entró en el cuarto de baño y se dio una larga ducha con agua caliente.

En pantalón de chándal, sudadera y pantuflas, entró en el salón; de no haber estado acompañado lo habría hecho en gayumbos. Cuando se disponía a sentarse al lado de Michael, oyó el timbre.

«Su madre».

Al abrir, como predijo, encontró a Jada mascando chicle, apoyada en el marco de la puerta, vistiendo unos pantalones de tela anchos y una camiseta de tirantes.

—¿No llevas sujetador?

—No. ¿Por?

—Se te marcan los pezones, joder. Y no mastiques así, que pareces un búfalo.

—Sí, papá.

Jada imitó la voz de una adolescente.

—¿Quieres que pida unas pizzas y cenamos los tres en mi piso? Mañana es sábado, así que Michael no tiene que madrugar. Luego podemos ver la peli esa del caballo loco.

—¿Cuál? ¿Enredados?

—La de la chica que tiene el pelo rubio y largo.

—Enredados. Y sí, vale, me apunto.

—Tú nunca le dices «no» a una comida gratis, ¿verdad?

—Jamás. Y menos cuando la compañía es buena.

—No me hagas la pelota, anda. Pero antes de entrar ve a ponerte algo decente. No pienso cenar con esas dos cosas apuntándome fijamente.

—Sí, papá. Ahora vuelvo. Y se llaman pechos. Los tienen todas las mujeres, ¿sabes? Y no muerden. Tú mismo te enganchabas a uno cuando eras un recién nacido. En fin. ¿Quieres que pida yo las pizzas?

—Vale.

—Pero pagas tú, ¿eh?

—Que sí, mujer. Ni en el más hilarante de mis sueños pensaría que fueras a rascarte el bolsillo.

—Ahora vuelvo.

—Te espero dentro.

Ambos sonrieron antes de que Jada se fuera a poner algo encima.

—Hoy cenáis conmigo —anunció nada más pisar el salón—. Pizza, además.

—¡Toma!

Michael alzó el puño como si fuera Rocky Balboa.

—Siempre he querido preguntarte algo, Shaun —dijo Jada sentada a la mesa del salón, con un trozo de pizza en las manos, vistiendo una sudadera naranja en lugar de una camiseta de tirantes.

—Dispara.

—Tú eres un detective de homicidios con una larga y exitosa trayectoria, ¿no?, y debes de tener un buen sueldo, ¿no?

—No me quejo.

—Entonces, ¿por qué vives en esta mier... —Jada miró a Michael de reojo—, en este desastre de edificio?

—Porque este piso me trae buenos recuerdos, y malos; pero los buenos superan por mucho a los tristes. Hace más de dos décadas viví aquí con la mujer más guapa de Queens. Pero un día, un médico me cogió el teléfono en vez de ella y me explicó que la habían atropellado, y que no habían podido hacer nada para salvarla. Después construyeron los famosos pisos de protección oficial aquí al lado, y con las nuevas viviendas llegaron los mendigos, las fulanas, los yonquis, los camellos, las bandas y la madre que los parió. Los antiguos vecinos fueron yéndose a otra parte y...

—¿Y a ti te gusta este ambiente? ¿No te molesta toparte con un yonqui o con una prostituta al doblar una esquina?

—Nunca me han molestado las personas enfermas o las que tratan de ganarse la vida como pueden. Me molestan los camellos, la suciedad y el vandalismo.

—Ya.

—Y dentro de este piso no hay nada de eso.

—La verdad es que lo tienes muy limpio.

—Mi mujer era una maniática de la limpieza, así que le mantengo el nido reluciente para cuando baja a hacerme una visita.

Jada sonrió mientras Michael parecía absorto en la porción de pizza que tenía delante.

—Mamá —soltó de golpe, como si viviera en un mundo paralelo—, de mayor quiero ser detective de homicidios. Como Shaun. Meter a los malos en la cárcel. «*Piñau, piñau.*…»: el niño gesticuló como si dispara con dos pistolas.

—Tú, Colombo, no te flipes. Y come, que pareces un alambre con patas. Y tú. —Jada miró a Shaun con cara de pocos amigos—. ¿Le has estado metiendo cosas raras en la cabeza?

—¿Raras? No. Cosas que pasan.

Terminaron de cenar y vieron la película Enredados. Comieron palomitas y rieron como una familia bien avenida. Shaun se acostó cuando su reloj despertador marcaba las doce en punto. No pudo conciliar el sueño hasta pasadas las tres de la madrugada. Su mente, como si fuera un detective capaz de desdoblarse, se empecinó en que recorriera una y otra vez la escena del crimen de la Segunda Familia.

Tú a tu ritmo

Pensó mientras le daba sorbos al café:

«Es un psicópata y un asesino, pues no todos los psicópatas acaban matando. Arrastra una disfunción afectiva y carece de sensibilidad, empatía y remordimientos. Es un egocéntrico, manipula y miente, y viola las normas sociales y explota a los demás sin experimentar ningún sentimiento de culpa. Es un loco sin delirios. Un bicho raro. No puede considerársele un tarado, dado que su capacidad de racionar está intacta. No tiene alucinaciones ni síntomas neuróticos. Sabe en todo momento lo que hace y entiende que su comportamiento va en contra de las normas. Y para nuestra desgracia, y sobre todo para la de esas mujeres y esos niños, su nivel intelectual es notable. Planea los crímenes con una meticulosidad obsesiva. Jennifer y su hijo Scott, Sofía y el pequeño Ben, lo tienen crudo. Si no es que están ya dos metros bajo tierra».

Recordó algunas de las características de los asesinos organizados:

«Presentan antecedentes policiales. Son socialmente competentes. Cargan con actos de violencia previos. En ocasiones, existe una interacción anterior con la víctima. Emplean la tortura. Saben cómo ocultar un cadáver. Nunca dejan de matar, a no ser que se les detenga...».

Fue hasta la cocina. Todas las mañanas daba los mismos pasos, como un hombre atrapado en un ciclo de tiempo: levantarse, lavarse la cara y los dientes, vestirse, prepararse un café, tomárselo sentado en el sofá y luego pasar la aspiradora. Siempre absorto en sus pensamientos, por lo general, referentes a su trabajo o a problemas de otros.

Dio un último sorbo ante el fregadero y restregó la taza con un estropajo empapado en agua y jabón, y la aclaró sin prestar demasiada atención a lo que estaba haciendo. La dejó a secar en el escurreplatos y cogió la aspiradora del armario multiusos, y mientras aspiraba siguió meditando por dónde empezar a escarbar:

«Presentan antecedentes policiales y puede existir interacción previa con la víctima. Ese cabrón se lució la primera vez, y... Joder. Espero que aparezca algo. Con un poco de suerte, los informes del forense y de la Científica nos darán un hilo del que tirar. En fin. Las posibles conexiones víctima-asesino corren de mi cuenta. Empezaré revisando la escena del crimen con el cuñado de la víctima. Pobre hombre. Su hermana y su sobrino en paradero desconocido y su cuñado asesinado brutalmente. Va a tardar en pasar página, si es que la pasa algún día».

Devolvió la aspiradora al armario. Entreabrió la ventana de la cocina y sacó la mano a la intemperie, para notar un aire frío como el asesino al que daba caza. Entró en su habitación en busca de su funda sobaquera, que se colocó por encima de su camisa blanca; sobre esta, su americana y, por encima de todas las prendas, su largo abrigo. Bajó las escaleras hasta alcanzar la calle, donde le dio un dólar a Roy, cumpliendo con otra de sus costumbres matutinas. Volvió a meterse en el edificio y tomó el ascensor hasta llegar al parquin subterráneo, donde su Ford Edge había pasado la noche. Se puso a los mandos, dispuesto a transitar por las heladas arterias de Brooklyn, hasta las no menos frías de Manhattan.

Nueva York nunca dormía, pero a esas horas estaba más despierta que nunca. Desplazamientos para ir al trabajo o para llevar a los niños al colegio, para hacer la compra o para hacer turismo; poco después del amanecer, todo neoyorquino y todo visitante parecía tener

prisa por llegar a alguna parte. El sonido de los cláxones, los frenazos y los gritos de los conductores más agresivos, los constantes atascos que le obligaban a poner y a quitar constantemente la primera marcha, a acelerar y a frenar cada dos por tres...

«Cuando me jubile no pienso tocar el coche», pensó detenido en un semáforo.

Un niño de en torno a cuatro años cruzó el paso de peatones que se alargaba ante el morro de su Ford. Iba de la mano de quien supuso era su madre: el parecido físico era indudable. Ella llevaba puestos unos zapatos de tacón y un pantalón de pinzas beige, y un largo abrigo cubría su esbelta figura; el niño, unos pantalones de pana oscuros, unos zapatos negros relucientes, un jersey ahuesado y un impoluto abrigo gris.

Shaun no pudo evitar temer por la vida de aquella madre y su hijo.

«¿Sabrán lo del Rompefamilias? —se preguntó—. Claro que sí. Los periódicos y los canales de noticias no hablan de otra cosa. Cómo les gusta el sensacionalismo, sembrar el terror a la primera de cambio. Aunque en esta ocasión, y sin que sirva de precedente, he de admitir que el miedo no nos viene mal. Todo matrimonio con hijos estará, o debería estar, ojo avizor. Y eso no es bueno para el Rompefamilias».

Le sobrevino un pensamiento cuando el semáforo cambiaba de rojo a verde: «¿Por eso dejas un año de margen? ¿Para que se calmen las aguas?».

Aparcó en su plaza de garaje y subió por las escaleras hasta la planta donde le aguardaba su puesto de trabajo. Si bien, aquella mañana no tenía intención de sentarse a su mesa. Pretendía hacerle una corta visita al capitán Quesada y de seguido hablar con los detectives al frente de la investigación, y luego volver a la vivienda de los Petrick en busca de algo anómalo que solo alguien que la hubiera estado visitando a menudo pudiera percibir. El caso no era corriente: por primera vez no podía entrevistar a la mujer ni a ningún hijo del fallecido.

Anduvo entre las hileras de cubículos donde sus compañeros intentaban resolver crímenes, saludando con la cabeza a quienes se dignaban a despegar la mirada de las pantallas de sus ordenadores.

Golpeó la puerta del despacho de paredes cristalinas.

—Adelante.

Entró en silencio y se sentó ante la ordenada mesa de su superior.

—Buenos días, William.

—Hola, Shaun. Menudo marrón lo del Rompefamilias. Los de arriba me están atosigando como no recordaba.

—Su trabajo es dar la brasa. No saben hacer otra cosa. En fin. Marrón, sí, y de los gordos. Y yo creyendo que iba a tener un final de carrera tranquilo.

—Tú a tu ritmo, que actuando a ralentí vas más rápido que el mejor de mis chicos.

—Es difícil tomárselo con calma cuando hay vidas en juego.

—Solo digo que subrogues algunas tareas.

—Ya. Pero no. En fin. Hacía mucho que no nos enfrentábamos a un asesino «de película». Estoy convencido de que conoce el procedimiento. No deja pistas, circula por zonas donde no tenemos cámaras de vigilancia instaladas, se cubre el rostro... Pero acabaremos pillándolo. Unos aguantan más que otros, pero siempre caen. Tienen un punto débil: no saben parar a tiempo. Richard Cottingham, Joel Rifkin, David Berkowitz, pusieron en jaque al departamento, pero acabaron pudriéndose en la cárcel.

—No siempre. El Asesino de Long Island mató a diez almas inocentes, como mínimo, ¿y tú sabes dónde está? Porque yo no.

—No seas agorero.

—Lo atraparemos, sí, pero... ¿a cuántos se llevará por delante antes de que le pongamos las esposas?

—Si mantiene su *modus operandi*, tenemos trescientos sesenta y cuatro días antes de que vuelva a matar. Antes no sabíamos a qué atenernos, pero ahora sí.

—Sé que esta noche no has pegado ojo dándole vueltas al asunto. Venga, desembucha. ¿Qué ronda por tu cabezota?

—Hombre blanco de entre cuarenta y cincuenta años, con conocimientos sobre criminalística y ciencias forenses, que quizá tenga algún vínculo con algún miembro de la Policía. Tiene un coche grande, puede que una furgoneta, y vive a las afueras, en una casa con sótano. Imposible que resida en un bloque de pisos. Secuestra a sus víctimas para torturarlas con calma, tal vez para violarlas repetidamente. Luego se cansa y cambia sus juguetes por otros.

Quesada tragó saliva antes de hablar:

—Espero que te equivoques.

—Y yo. Bueno. Voy a hablar con Vega y Allen. Necesito que el cuñado de la víctima me acompañe a la escena del crimen.

—De acuerdo. Pero no lo atosigues demasiado. Ese hombre ha perdido mucho en muy poco tiempo.

—Daremos una vuelta en busca de anomalías. Nada más.

—Con calma, que no me apetece tener que dar explicaciones sobre por qué tenemos en nómina a un viejo con el corazón averiado. Sigo pensando que lo mejor sería que trabajases desde la oficina.

—Eso ni lo sueñes. A mi corazón le queda mucha cuerda.

Ambos sonrieron antes de que Shaun abandonara el despacho.

—Buenos días —saludó, interrumpiendo la conversación que mantenían Vega y Allen, a quienes pilló sentados en sus zonas de trabajo contiguas—. Necesito que me enviéis al cuñado de la víctima a la escena del crimen. Ahora mismo no recuerdo su nombre, y tampoco tengo su dirección, así que...

—Claro.

Allen abrió un cajón de su escritorio, sacó un manojo de llaves y se lo entregó a Shaun. Todas tenían una pequeña etiqueta que indicaba la puerta que abrían. Después descolgó su teléfono fijo y marcó ante la atenta mirada del detective. Segundos más tarde, habló con el altavoz pegado a la oreja:

—Hola, Samuel. Soy Brian Allen, uno de los detectives a cargo de la...

»Bien.

»Si es usted tan amable, ¿podría acompañar a la escena del crimen a uno de nuestros compañeros? —Hubo un largo silencio—. Estupendo. Gracias.

Colgó y fijó la mirada en quien aguardaba de pie.

—Irá al chalé dentro de una hora. Más o menos. Dice que está tomando ansiolíticos y no puede conducir, así que cogerá un taxi. Ayer estuvimos más de dos horas haciéndole preguntas, y... En fin. Te adelanto que no percibió nada extraño en la conducta de su hermana ni en la de su cuñado.

—Cree.

—¿Qué?

—Que cree no saber nada. A veces es cuestión de hacer bien las preguntas.

Allen hizo una mueca de desprecio.

—Lo que tú digas, Everett. Tú siempre en tu línea, creyéndote mejor que los demás. No cambies nunca, ¿eh?

—Tranquilo. A estas alturas... En fin. Luego os cuento, pareja.

Allen se limitó a levantar la mano a modo de despedida; Vega ni siquiera eso. A los detectives no les gustaron las insinuaciones de Shaun sobre sus modos de trabajar.

«Puto arrogante de mierda», pensó Allen mientras observaba al avezado investigador caminando entre hileras de mesas.

La firma del asesino

Hizo tiempo revisando la parte exterior de los muros. Presentía que el asesino los saltó como parte de su preparación. Su *modus operandi* le hizo suponer que, como otros antes, tal vez había dejado algún tipo de mensaje. Los asesinos en serie —y el Rompefamilias estaba a un solo asesinato de convertirse en uno— buscaban notoriedad, jugar con la Policía al gato y al ratón, dejar su impronta en la historia del crimen. Pero tras dos asesinatos, Everett no pensaba que las pretensiones del apodado Rompefamilias fueran más allá de satisfacer sus instintos primarios.

«¿De qué sirve un muro si puede saltarse? ¿Qué ganas poniendo un sistema de seguridad si te obligan a desconectarlo a golpe de pistola? ¿Qué sentido tiene instalar cámaras si el criminal se oculta bajo un pasamontañas?».

Samuel Bailey llegó con media hora de retraso. Se disculpó ante el detective luciendo unas ojeras descomunales, un pelo despeinado y una mirada triste. Si bien, contrastando con su castigado semblante, vestía un elegante traje azul marino. Shaun había distinguido con anterioridad los efectos de deambular al borde del abismo. Entre otras consecuencias, andar desaliñado por la vida; y Bailey no parecía haberse aseado aquella mañana. Entendía su dolor. No obstante, a diferencia de la repentina muerte de su esposa a causa del despiste de un conductor, los perjuicios de Bailey no eran producto de una fatal conjunción de acontecimientos, ni siquiera de la mala suerte, ni por un capricho del destino. No. La pena que soportaba aquel hombre de aspecto descuidado era culpa de una mente criminal. Y ese hecho llevaba su dolor a otro nivel. Shaun había saboreado la furia que corría por las venas de Samuel, pero no con la misma intensidad.

El detective disculpó la falta de puntualidad de Samuel con un «no se preocupe», y abrió la puerta que daba al extenso jardín donde se ubicaba el chalé de paredes blancas y techo gris marengo donde un día antes se había cometido un asesinato.

—Primero revisaremos el interior —explicó Shaun mientras caminaba por un estrecho camino de piedra próximo a una alargada piscina—. Luego echaremos un vistazo por la parcela.

—Lo que haga falta. Ese cabrón debe podrirse en la cárcel. Aunque, si por mí fuera, lo mandaba de cabeza a una cámara de gas.

—Hacemos todo lo que está en nuestras manos. Busque cualquier cosa que le chirrié: un cuadro al que le hayan dado la vuelta, un mueble fuera de su sitio, un adorno que no haya visto antes...

—Entiendo.

Everett metió la llave en la cerradura de la robusta puerta de entrada.

—Un momento. —El detective no llegó a abrir del todo—. ¿Qué es eso?

—¿El qué?

—En ese tronco.

—Bailey señaló un álamo plantado a pocos metros del porche.

Se acercaron y agudizaron la vista desde debajo de su alta copa.

—Alguien ha tallado algo ahí, ¿lo ve? —dijo con la mano a modo de visera. Shaun asintió con la cabeza—. Demasiado alto para que fuera Ben. Y no veo a mi cuñado, y menos a mi

hermana, subiéndose a una escalera para inmortalizar nada ahí arriba.

—Parece un corazón, ¿no?

—Espere un momento. —Bailey sacó su teléfono móvil y enfocó hacia la inscripción—. Este aparato tiene una buena cámara...

Echó una fotografía y se la mostró al detective. Ambos observaron, con un detalle que sorprendió a Everett, un corazón con dos iniciales dentro, separadas por una ‘i griega’: «S y S».

«Esta vez, las nuevas tecnologías nos han ahorrado un poco de tiempo».

El detective también echó mano de su teléfono móvil.

—Dime, Everett.

—Allen, necesito que me hagáis un favor.

—Claro.

—Desplazaos a la primera escena y buscad una inscripción tallada en el tronco de un árbol del jardín, a unos cuatro metros de altura; un corazón con tres letras dentro, «S y S». No es muy grande, así que agudizad la vista.

—¿Ha firmado las escenas?

—Tal vez.

—Nos ponemos a ello.

—Gracias.

—A ti, carcamal.

Everett sonrió antes de guardarse el teléfono en un bolsillo y dirigirse a quien empezaba a ver como un posible sospechoso.

«Hay que tener buena vista para distinguir una inscripción tan pequeña a tanta distancia».

—Lo he pensado mejor: antes de entrar revisaremos el resto del jardín.

—Usted manda.

—¿Le habló su hermana sobre algo inquietante? —preguntó Shaun mientras ambos inspeccionaban troncos, plantas, suelo, pérgolas, bancos...

—¿A qué se refiere? Mi hermana era, digo, es, una mujer feliz.

«Era».

—A que le comentara que se sentía observada, que pillara a alguien husmeando por los alrededores, que recibiera una llamada extraña... Cualquier cosa fuera de lo común.

—No me comentó nada al respecto. Todo parecía irles bien.

Ni los troncos ni la piscina ni los muros ni la fachada, mostraron nada raro —por lo menos a ojos de Samuel Bailey—, así que accedieron a la vivienda en busca de alguna señal oculta.

Bailey se topó con cintas policiales y sangre bajo una silla. «Dejemos el salón para el final», dijo Shaun mientras lo empujaba suavemente hacia el centro del pasillo; temió que Samuel se quedara en shock y, por tanto, la revisión a medias.

El interior solo aportó dolor. No obstante, Shaun recibió una llamada de Dylan Vega cuando, dando por concluida la inspección ocular, cerraba la puerta de la parcela. Su compañero confirmó que un árbol del jardín de la primera escena conservaba una inscripción idéntica a la descubierta en la segunda: un corazón con dos ‘S’ separadas por una ‘i griega’: al fin, un fino hilo del que tirar.

—Gracias por todo, Samuel —agradeció el detective ante la puerta de su Ford Edge—. Por cierto, ¿quiere que lo acerque a algún sitio? Tengo entendido que no puede conducir.

—Si no es molestia.

—¿Molestia? Claro que no.

Durante el trayecto, Samuel formuló una pregunta de la que nadie tenía respuesta: «¿cree que mi hermana y mi sobrino siguen con vida?». Shaun, cuando se topaba con cuestiones embarazosas como aquella, siempre tomaba la senda de la prudencia: «Imposible saberlo. Mi consejo es que espere lo mejor y se prepare para lo peor».

—Déjeme aquí mismo —rogó Samuel tras poco más de diez minutos de trayecto—. Seguiré dando un paseo. Necesito que me dé el aire.

El detective estacionó en doble fila.

—Gracias por todo, Samuel.

Se estrecharon la mano desde sus asientos.

—A usted por sus esfuerzos. Espero que atrapen a ese miserable antes de que hunda a otra familia en la miseria.

—Estamos poniendo todo nuestro empeño.

Samuel sonrió mientras miraba a los ojos del detective, donde encontró más desengaño que esperanza. El hermano de Sofía Petrick pisó la Séptima Avenida para en seguida perderse en la afluencia de hombres y mujeres que caminaban sobre sus aceras.

«Hay que comprobar si el crimen le aporta algún beneficio», caviló Shaun absorto en el mar de cuerpos que parecía haber engullido a Bailey.

Condujo rumbo al departamento con la intención de seguir indagando bajo techo. Pensó en los corazones y en las eses, y determinó que se trataban de las firmas de un asesino. Entendió, desechando sus primeras hipótesis, que el Rompefamilias sí buscaba más allá de saciar sus instintos primarios. Para el asesino y secuestrador, cada cadáver significaba una batalla ganada a los investigadores.

Impotencia

Casi un año después

«Mañana —pensé con los codos apoyados sobre mi mesa, sujetándome la cabeza como si pesara más que de costumbre—. Justo un año después. Y no podremos evitarlo. Ese malnacido no faltará a su cita con la sangre, y tanto el gran Departamento de Policía de Nueva York como el laureado Shaun Everett, se ven obligados a esperar con los brazos cruzados, rezando para que la escena que se avecina, la tercera firmada por el mismo asesino y secuestrador, aporte alguna pista.

»Los patrulleros están en alerta, pero no servirá de nada. Lo ha previsto. Es inaceptable que un psicópata se salga con la suya».

Recordé una frase de la conversación que había mantenido aquella misma tarde con mi superior, el capitán Quesada: «A lo mejor no pasa nada. A lo mejor ha muerto. Enfermedad, accidente... ¿Por qué no? No sería la primera vez que un asesino deja de matar de la noche a la mañana. A saber a cuántos hombres se han enterrado sin saberse que eran asesinos».

También recordé mi contestación: «No caerá esa breva, capitán. Dios mira para otro lado. Libre albedrío, lo llaman».

Observé las tres carpetas extensibles donde guardaba las copias de los informes del caso Rompefamilias que habían caído en mis manos durante los últimos dos años. La roja contenía los informes forenses y los de la Científica, la verde los redactados por Allen y Vega y la azul documentación variada. Había estudiado aquellos documentos tantas veces, que era capaz de recitarlos de memoria. Dentro del archivador azulado permanecía la lista de sospechosos confeccionada a raíz de las imágenes captadas por las cámaras de vigilancia y de seguridad instaladas en las calles que conducían a las urbanizaciones: un arduo trabajo que mantuvo ocupado a más de un compañero durante semanas. Buscamos coincidencias y conexiones, como personas que conducían furgonetas o todoterrenos y que habían perdido a sus familias de un modo perturbador, o que arrastraban delitos de índole sexual, o... En fin, todo tipo de conexiones relacionadas con la naturaleza de los crímenes. El patrón era evidente: al caer la noche, entraba en viviendas de lujo ubicadas en urbanizaciones tranquilas y mataba al padre para seguidamente llevarse a la madre y al único hijo del matrimonio. No obstante, no logramos encontrar patrones más allá de los evidentes. Huelga decir que se trazó un perfil criminal, pero no difería demasiado del de otros tarados a los que había perseguido antes. «Los asesinos en serie son el mismo perro con diferente collar», se me había oído decir por la oficina. Los perfiladores coincidieron en que andábamos tras un hombre sin trastornos mentales, que «sabe lo que hace y lo comprende», probablemente soltero y con un trabajo de horarios flexibles, antisocial y con tendencia a la manipulación y a camuflar su verdadera forma de ser, además de ser un narcisista digno de manual. Inteligente... Pues eso: más o menos lo mismo de siempre.

Dimos con más de un candidato a Rompefamilias: John Maser, Ian Hugues, Walter Donofrio,

Brad Sand... Una larga lista de 'posibles' señalados por diversas causas: cargar con condenas previas asociadas con el carácter de los delitos; gozar del perfil de 'loco con pretensiones de crearse una familia'; por, simplemente, vivir cerca de las viviendas y tener un pasado de índole turbia; haber tenido disputas previas con cualquier miembro de las familias...

El caso era mediático, y serlo lo nutrió de pistas falsas y testimonios de personas que creían cruzarse con los desaparecidos. Recibimos, por dar un claro ejemplo, la llamada de una señora desde Inglaterra asegurando que Sofía Petrick vivía con su hijo en Londres. Horas más tarde, Scotland Yard nos confirmó que 'la vecina' en cuestión ni siquiera se parecía a la desaparecida. También recibimos llamadas y cartas de ciudadanos —algunas anónimas— que juraban que el Rompefamilias era su primo, su vecino o el mismísimo cartero.

Interrogamos a más de ochenta personas. Yo, siempre en un segundo plano. Allen y Vega se encargaban de atender a la prensa, de hablar con los forenses, con los criminalistas... Yo iba a mi aire, buscando donde ellos pasaban de puntillas; como me habían ordenado: «O te relajas o te jubilo»: fue la amenaza que pronunció mi superior —y buen amigo— tras sufrir mi primer amago de infarto, nada más y nada menos que en plena escena de un crimen. Los achaques me obligaban a trabajar entre bastidores, y tras una larga y productiva trayectoria, casi lo agradecía. Me ahorraba algunas partes de la investigación —las más tediosas, además—, y no por ello me sentía menos útil. Sin embargo, aun habiéndome apartado del meollo, a mis deberes no le faltaban platos de mal gusto. Tuve que entrevistar a todo tipo de escoria, como los peores depredadores sexuales de la ciudad que, sobra decir, incluía a los pederastas.

Las carpetas rebosaban hipótesis. Uno de los primeros testimonios fue el de Lucy Lee, conocida de Harry y Jennifer —la Primera Familia—, que creyó ver a un hombre rondando la urbanización a los mandos de una furgoneta. Para nuestra desgracia, el sol se había puesto y no pudo darnos ni el modelo ni la matrícula del vehículo, ni siquiera un esbozo de la fisionomía de quien lo conducía. Tal vez fuera el Rompefamilias o tal vez un vecino que tenía turno de noche. ¿Lo único seguro?: estando a las puertas del fin de un nuevo plazo entre asesinatos, no habíamos hecho más que abrir vías de investigación que no conducían a ninguna parte.

Algunos de mis compañeros —en el departamento opinaba hasta el señor de la limpieza— creían que los secuestros los planificaron y ejecutaron más de una persona, que el Rompefamilias no era un hombre, sino la conjura de un grupo de tarados que, aburridos del dinero y las drogas, de ir a clubs de striptease y contratar a prostitutas, decidieron pasar al siguiente nivel: experimentar la excitación de quitar una vida humana. A mí, dichas hipótesis me parecían una sarta de paparruchas. «Habéis visto demasiadas películas», espetaba tras escucharlas. Yo, más tradicional en mis deducciones, me decantaba por un zumbado que necesitaba saciar sus perturbados instintos con niños y mujeres, y que mataba a los padres por una razón: no se la ponía dura torturar a hombres.

Guardé las carpetas en un cajón y me fui a casa, cargando con un considerable humor de perros.

Cuarenta y dos minutos más tarde

Trataba de atemperar mis ánimos con una infusión cuando sonó el timbre. Tuve el presentimiento de que sería Jada. Solía llamar a mi puerta a esas horas para pedirme algún condimento o para rogarme que vigilara a Michael mientras ella bajaba a hacer compras de

última hora. Yo era consciente de que andaba a hurtadillas hasta el bar de la esquina y se tomaba unas copas con sus amigas del barrio. Su vida no era fácil, así que, si podía ayudarla a pasar un buen rato, pese a que ella me tomara por tonto, lo hacía.

«Mentir para conseguir cosas —lamenté—: una práctica demasiado arraigada en nuestra sociedad».

Mientras caminaba hacia la puerta pensé en Joel: «Ese, en cambio, no miente. —Sonreí—. "¿Me das pasta para drogas?". A veces es preferible ir con la verdad por delante».

Evoqué su rostro demacrado y sentí una mezcla de aprecio y desprecio.

Abrí la puerta. Eran Jada y Michael, como presentí. Ella, como tantas otras veces, puso cara de cordero degollado y me pidió que me quedara con su hijo mientras iba a hacer unas «comprillas» de última hora.

Al día siguiente

«El Rompefamilias».

Fue lo primero que pensé al abrir los ojos.

Pasé el día investigando en la calle, entrevistando aquí y allá, hablando con conocidos de las víctimas en busca de algo que se nos hubiera escapado. Y lo hice en máxima tensión, esperando a que en cualquier momento sonara mi móvil y el capitán Quesada me soltara un desesperante «ha vuelto a actuar» o un «el Rompefamilias ha matado y secuestrado de nuevo».

Pero aquel día no recibí ninguna llamada al respecto.

La tercera familia

Emily Hayes

Contempló la nieve acumulada encima del balancín y la rama que lo mantenía a un palmo de los cristales de hielo, que titilaban como estrellas sobre un firmamento blanco. A través de la ventana de su habitación, observó cómo los primeros rayos de sol revestían los copos de sutiles tonos cobalto, entretanto una brisa presumiblemente helada empujaba con delicadeza los tallos de las plantas.

Vio nubes flotando sobre el estanque que su marido construyó un domingo que se levantó creyéndose un manitas.

«La arquitectura no es lo suyo. —Sonrió, viéndose reflejada en el cristal—. Ningún ave con un mínimo de decencia metería una pata en esa charca».

Se abrazó a sí misma y tuvo un repentino escalofrío, pese a que dentro de la casa la temperatura oscilaba entre los veinte y los veintiún grados.

—Uf.

«Tengo las mismas ganas de salir a la calle que de tirarme a las vías del tren».

Sospechaba que la nevada animaría a su hijo, que querría salir a lanzarse con su trineo por la primera pendiente que encontrara, hacer ángeles tumbado sobre lo que tarde o temprano usaría como proyectiles; y a Emily no le apetecía recibir bolazos de nieve. No congeniaba con el frío, de modo que procuraba mantener las distancias. Pero tampoco podía negarle a su único hijo disfrutar del primer día de nieve.

«Pero antes, un café bien calentito».

Anduvo de puntillas por el pasillo con la esperanza de tomarse un moca leyendo las noticias en su tableta.

—¡Mamá! —«¿No puedo tomarme ni un miserable café? Tampoco pido tanto, leches». Se dio la vuelta para descubrir a Alan al pie de las escaleras que conducían a la primera planta—. ¡Nieve!

—*Yuhu*...

Alan corrió en pijama y su madre lo cogió en brazos.

—¿No quieres tirarte en trineo? —preguntó a un metro del suelo.

Alan tenía solo cinco años y no entendía lo que significaba la palabra ‘ironía’, pero era lo suficientemente mayor como para saber cuándo su madre decía lo contrario de lo que pensaba.

—Pues claro que me apetece, *pichuflín*. —Emily le hizo cosquillas en la tripa y este se encogió entre risas—. Vamos a abrigarte como si fueras un esquimalito, me tomo un café y nos vamos a explorar, ¿vale?

—¡Sí! —El pequeño levantó las manos como si acabara de cruzar una meta en primera posición—. ¡A explorar, a explorar! ¿Iremos al bosque?

—Si te apetece...

—¡Sí! ¿Cuándo vendrá papá?

—Pues... Dentro de una hora, más o menos. Solo ha ido a la oficina a buscar unos papeles que se olvidó ayer.

—Nunca está en casa.

Emily hizo pedorretas en el cuello de su hijo y luego imitó la voz de un monstruo:

—Porque tiene que ganar dinero para mantener una casa tan chula como esta.

Volvió a hacerle cosquillas.

—¡Para, que no me gusta!

Lo bajó al suelo y le dio un cachete en el culo.

—Tira para tu habitación, que enseguida voy a cambiarte.

Todos los domingos salían a dar un paseo. Sin excepción. Unas veces iban a un parque cercano, otras al bosque al norte de la urbanización, algunas, las menos, caminaban sin rumbo. No obstante, fueran a un sitio u otro, siempre lo llamaban ‘salir a explorar’.

Una rutina que los hizo presa fácil.

Hora y media después

La madre cargaba con un trineo, así que entraron por la puerta del garaje para guardarlo en el trastero y, con un poco de suerte, no volver a cogerlo hasta el día siguiente. Iban abrigados como si se avecinara la peor tormenta de la historia, pero, aun así, Emily entró con los pies helados y la nariz roja y moqueando, dejando atrás resbalones inoportunos y molestos bolazos de nieve; y con unas tremendas ganas de darse un baño caliente.

—Papá ya ha llegado —advirtió Alan al ver el Lincoln Corsair que su padre usaba para ir al bufete del que era socio.

—Ve a darle un abrazo, anda.

—¡Sí!

La madre dejó el trineo en el trastero.

Alan abrió la puerta que daba al largo corredor acabado en la doble puerta del salón y, al grito de «¡papá, papá, ya estamos en casa!», corrió como alma que lleva el diablo. Emily lo vi doblar la única esquina del pasillo. «¡Papá, ¿dónde estás?! Pa…». Aquel ‘papá’ a medio pronunciar provocó que Emily frunciera el ceño. Entonces, mientras percibía un silencio preocupante, cayó en la cuenta. «Y si...». El corazón le dio un vuelco y apretó el paso cuando tal vez debió salir corriendo en dirección contraria, y recordó la advertencia que una reportera de la FOX dio en riguroso directo la noche anterior: «Hoy se cumple un año de la muerte de Terence Petrick y la desaparición de su esposa y su hijo. A estas horas, pasados quince minutos de las once de la noche, no tenemos constancia de que el Rompefamilias haya vuelto a actuar ¿Se ha detenido o ha modificado su *modus operandi*? No bajen la guardia, familias de Nueva York».

«¿Actuar a plena luz del día? No creo».

—¡Alan! —No obtuvo respuesta—. ¿¡Richard!?

Dobló la esquina y se topó con la puerta del salón cerrada. Nunca lo estaba. En ningún momento contempló la posibilidad de escapar; dejar a su familia atrás no era una opción. Entró de puntillas en la cocina y cogió el cuchillo con la hoja más grande. Anduvo sigilosa hasta la puerta del salón y agarró el picaporte con la mano izquierda mientras empuñaba la improvisada arma con la derecha. Abrió. De no haber sido por los filamentos de luz que entraban por los

agujeros de las persianas, se hubiera encontrado a oscuras. Ni rastro de su hijo ni de su marido. Dio un paso hacia el interior y se dispuso a pulsar el interruptor de la luz.

—¡Susto!

Richard y Alan se le abalanzaron por la espalda, con los brazos extendidos, como un grupo de leonas sobre una cebra descarriada.

—¡Ah! ¡Hijos de puta!

Alan jamás había escuchado un taco de tal magnitud, y menos soltado por su madre; sus ojos se abrieron de par en par.

—Esa boquita... —reprendió Richard—. ¿Y qué pretendes hacer con ese cuchillo?

La frecuencia cardíaca de Emily estaba por las nubes.

—¿Boquita? ¡¿Pero tú eres tonto o qué te pasa?! ¡Pensaba que había entrado el Rompefamilias!

Richard puso cara de «ups, no había caído en eso».

Emily rompió a llorar, deshaciéndose con lágrimas del estrés.

—Lo siento, cariño. No he pensado que... Solo estábamos jugando a...

—¿Jugando? —A Emily le entraron ganas de soltar algún que otro insulto más, incluso de abofetear a su marido, pero se sirvió a tiempo de su lado más zen—. En fin. Dejémoslo estar. Voy a devolver el cuchillo a la cocina antes de que haga alguna tontería. —Le guiñó el ojo a su marido—. Pero en esta casa se acabaron los sustos. ¿Queda claro? Casi me da un infarto, leches.

Emily no pudo evitar sonreír. No obstante, le echó una rápida mirada a su marido y luego otra a su hijo que llevaban implícitas la palabra «*¿capisci*?».

Richard y Alan asintieron a su petición de ‘no dar sustos en esta casa’.

Once horas más tarde

Se desveló en plena noche.

Entreabrió los ojos para distinguir cómo Richard salía de la habitación. Miró sobre la mesita de noche el reloj despertador que había programado a las siete y media de la mañana: marcaba las tres y cuarenta minutos de la madrugada.

Supuso que su marido iba a hacer aguas menores.

Cambió de posición y volvió a quedarse dormida.

Un golpe seco la despertó de nuevo.

—¿Qué ha sido eso, amor? —susurró, dándole la espalda a su marido—. ¿Amor?

Se giró para darse cuenta de que estaba sola en la cama.

Echó un rápido vistazo al reloj despertador: las cuatro y doce.

«Hace más de media hora que se ha levantado a mear —pensó adormilada y legañosa—. ¿Qué diantres está haciendo abajo a estas horas?».

Se levantó y fue en bata hasta la habitación de Alan. Entreabrió la puerta para verlo dormir a pierna suelta.

«A este no le roba el sueño ni un terremoto».

Sonrió.

«En fin. A ver qué está haciendo este hombre».

Suspiró y bajó las escaleras.

La casa estaba en penumbra.

—¿Amor?

«¿Dónde se ha metido? Iba en pijama, así que ha de estar dentro de la casa. ¿En el garaje?».

Encendió la luz del pasillo.

Pasó de largo por la cocina y por el cuarto de baño y se detuvo en el umbral del salón. Encendió la luz y vio a Richard en su centro, maniatado y amordazado sobre una de las sillas que usaban para comer. Cabizbajo, parecía estar inconsciente. O muerto. No tuvo tiempo de fijarse en si su tórax se expandía.

«A nosotros no, por Dios».

Una sombra se deslizó bajo sus pies como un filo negro.

Y sin darle tiempo a reaccionar, notó un pinchazo en el cuello.

Once horas antes

Vio salir al padre: un imprevisto que no le inquietó. Su plan inicial consistía en esperar a la madre y al hijo en el jardín, dejar al pequeño inconsciente y después obligar a su progenitora a que abriera el chalé a punta de pistola. Una vez dentro, el padre obedecería sin rechistar mientras la estuviera encañonando. Pero Richard había salido a trabajar un domingo: un hecho infrecuente que obligaba a hacer retoques.

Oculto en la zona boscosa próxima a la urbanización, en lo alto de una ladera, se dijo «puedo hacerlo» y esperó a que se dieran las condiciones óptimas.

Como todos los domingos —ahí no hubo cambios—, madre e hijo salieron a dar un paseo. Por medio de unos prismáticos, los espió mientras pisaban la nieve abrigados hasta las cejas. El pequeño llevaba un anorak naranja y la madre un abrigo rojo: dos blancos perfectos.

Esperó a que se alejaran calle arriba.

«Ahora».

Descendió la ladera y cruzó varias calles hasta plantarse ante el muro del chalé de los Hayes. Antes de superarlo ágilmente por un punto ciego previamente seleccionado, se puso un pasamontañas.

Pisó el blanquecino jardín y, en un gesto instintivo, se palpó los laterales de su chaqueta de camuflaje: las jeringas y la pistola estaban a buen recaudo dentro de sus bolsillos con cremallera.

Esperó.

El primero en llegar fue Richard.

Parapetado en un lateral de la casa, aguardó a que la puerta del garaje se abriera y este entrara a los mandos de su flamante Lincoln Corsair. Agazapado, se coló al mismo tiempo que el coche.

El intruso miró por debajo del vehículo.

Enseguida oyó abrirse la puerta.

«Si me ve, lo encañono y que empiece la fiesta. Si no, mejor esperar a que anochezca».

No le importaba esperar. Más bien lo contrario: le hacía sentir un animal nocturno; paciente, sigiloso, letal.

Aguardó a que las piernas de Richard se alejaran de los bajos del coche, hasta perderse al otro lado de una puerta beige.

«La suerte está echada. Esperaré a que la oscuridad cubra mi huida».

Se metió en el trastero y se ocultó detrás de una bata de trabajo gris, que colgaba de un perchero, y de una pila de cuatro cajas de plástico transparente llenas de ropa. Aunque alguien

entrara a dejar algo, no le vería.

«Si me descubren, los narcotizo y arreglado».

Tener una pistola a mano le confería tranquilidad.

Colocó su Smith & Wesson y las jeringas sobre su regazo, por si urgía utilizarlas antes de tiempo. Y dejó que el tiempo pasara, pensando en lo que llegaría tras el secuestro: la convivencia con su nueva familia.

«Saldrá bien —se alentó—. Conseguiré que me vean como a un padre y a un marido. Seré atento y cariñoso. Pronto se olvidarán de Richard Hayes».

Oyó cómo basculaba la puerta del garaje, y luego voces:

—Papá ya ha llegado.

—Ve a darle un abrazo, anda.

—¡Sí!

El pulso se le aceleró cuando el trastero se inundó de luz, pero fue capaz de contener la respiración y no mover un músculo. Tras oír un golpe seco, la puerta se cerró y el cuarto volvió a llenarse de oscuridad.

Respiró aliviado.

Se inclinó para observar la pared de enfrente, y descubrir un trineo apoyado.

«Claro, el trineo».

Sonrió.

«Como mínimo toca esperar diez horas», pensó estando en su salsa, preparado para cualquier eventualidad.

Llevaba casi un día entero sin tomar líquidos ni comer.

«Espero que no me dé un apretón».

Se permitió el lujo de bromear mientras se escondía en un hogar a punto de fracturarse.

Diez horas más tarde

Me levanté a orinar. Tras evacuar, me entró sed, y me imaginé bebiendo a morro de la botella de zumo de piña que guardaba en la nevera.

«Bajo a dar un par de tragos y vuelvo a la cama».

Descendí las escaleras sin encender las luces. Pero antes me asomé a mi habitación para deleitarme con el escultural cuerpo de Emily, bañado por la luz de la luna, que atravesaba la cristalera desde la que podía verse el jardín.

Entré bostezando en la cocina, abrí la nevera y el resplandor me obligó a entrecerrar los ojos.

Bebí a morro.

«Mierda».

Varias gotas de zumo se derramaron sobre mi camiseta interior.

«La medallita de turno, cómo no».

Dejé la botella sobre la encimera y me froté los lamparones con un trozo de papel de cocina.

Entonces oí pasos a mi espalda.

«¿Emily?».

Ni siquiera tuve tiempo de girarme. Recibí un golpe en la nuca que me obligó a hincar las rodillas. Un segundo impacto me dejó inconsciente.

Desperté sobre una silla, maniatado y amordazado.

«¿El Rompefamilias?».

Conocía su *modus operandi*. Los canales de noticias nos habían estado bombardeando con programas especiales, donde reconstruían sus crímenes.

Era consciente de lo que me esperaba.

Uno piensa que nunca le pasará a él, pero a alguien le tiene que pasar; nadie va por ahí pensando «seré la próxima víctima del Rompefamilias».

Pero allí estaba, atado de pies y manos, con una mordaza presionándome las comisuras de los labios. Entendí que de un momento a otro recibiría una puñalada en el cuello, que estaba a punto de ver con impotencia cómo mi camiseta interior, mis pantalones de pijama y luego el parqué, se teñían con mi sangre. No obstante, aun siendo consciente de mi destino, no temí por mi vida, sino por el bienestar de mi familia.

Por la puerta entraba algo de luz; todo lo demás estaba empañado por un manto de oscuridad. La silueta de un hombre se detuvo donde el parqué blanco del salón se unía con el tostado del pasillo. Me observó un momento, y después caminó hasta colocarse a mi espalda.

«Os encontraré. En el más allá. Donde sea. Pero volveremos a estar juntos».

Una lágrima rodaba por mi mejilla cuando su aliento se adentró por mis fosas nasales.

—Será mejor que te olvides de ellos —susurró con voz rasgada—. Ahora son mi familia.

Advertí que llevaba puesto un pasamontañas; incluso fui capaz de ver un mechón rubio asomando por debajo de la tela.

Dio un paso atrás y sentí un pinchazo en el cuello.

Y se retiró, como las aguas del mar antes de un tsunami.

Eme

Le inyecté el sedante de acción rápida y la cabeza se le inclinó hacia delante, hasta quedársele apoyada en el pecho.

«Listo. Quedan dos».

Anduve hasta el inicio de las escaleras que conducían a la segunda planta y golpeé el primer escalón con la culata de mi pistola.

«Sigue el sonido, Emily. Como Alicia al conejo».

Volví al salón y me escondí detrás de la puerta.

Disfruté de cada segundo.

«¿Amor?», escuché, y vi su sombra acercándose.

«Unos pasos más, Emily, y todo habrá acabado».

Se detuvo en el umbral y encendió la luz, y vio a su marido maniatado y amordazado.

«Ya eres mía».

Con Emily inconsciente sobre el suelo del garaje, subí a por mi pequeño. Entré en su habitación con cuidado de no despertarlo y le clavé la aguja en el cuello. «¿Mami?», susurró entre sueños antes de quedarse traspuesto. Fue tan fácil conseguirlos, que ahora, cuando echo la vista atrás, me sorprende que todo saliera tan a pedir de boca.

Lo bajé en brazos y lo dejé tumbado al lado de su madre. Abrí la puerta del garaje y salí a pie del chalé, con sus llaves en un bolsillo. Subí sigiloso a mi Ford Bronco, aparcado en una esquina

que no iluminaban las farolas.

Ni un alma por la urbanización.

Como predije.

Las quitanieves habían despejado mi huida.

Abrí la larga puerta corredera con el mando a distancia y accedí al jardín. Una vez dentro, metí con cuidado a Emily y a Alan dentro del maletero, y abandoné —esta vez para siempre— la vivienda de los Hayes. Pero antes me subí al techo de mi Ford y, valiéndome de un machete, dejé constancia de mi paso en el tronco de un árbol cercano al camino de piedra: dos eses dentro de un corazón: mi firma, y al mismo tiempo la firma del Rompefamilias.

Seguí la ruta exenta de cámaras de vigilancia que había guardado en mi GPS. Veintiséis minutos después, entraba con Emily y Alan en la vivienda que pretendía convertir en un hogar.

El sótano

Emily Hayes

Abrió los ojos tumbada sobre una cheslón beige, al lado de su hijo, que dormía plácidamente en posición fetal, en la zona dispuesta para soportar las piernas. Se incorporó aturdida y con el inquietante recuerdo de su marido maniatado y amordazado.

«Lo ha matado. —Pensó en la última y terrible imagen que conservaba de él, y no pudo evitar imaginarlo con una puñalada en el cuello—. Y ahora va a torturarnos. Y cuando acabe de divertirse, nos lanzará a un agujero profundo y romperá otra familia. Los cuerpos de quienes se lleva nunca aparecen».

No pudo evitar aquellos funestos presagios, ni tampoco el súbito mareo que la obligó a apoyarse en el respaldo del sofá.

Lloró en silencio; Alan dormía a su lado y no quiso despertarlo.

«Duerme todo lo que puedas, hijo —pensó lagrimeando—, pues al despertar solo encontrarás dolor».

Hipó entre sollozos. Alan gimió con el dedo gordo metido en la boca, tan a gusto que babeaba. A Emily no le gustaba que se lo chupara, pero...

«Va a matarnos. Qué más dará todo».

Imaginó a un perturbado, delgado y calvo, desnudándolos lentamente, y su cuerpo se estremeció. No tenía la menor duda de que habían caído en las redes del Rompefamilias.

Buscó un modo de escapar.

Estudió la habitación.

«¿Dónde nos ha metido?».

Las altas paredes, de al menos cinco metros, parecían recién pintadas, el parqué recién puesto y el sofá no haberse usado nunca. A su espalda, una escalera de madera conducía a una puerta de metal, supuso que cerrada desde afuera. No obstante, subió sus quince escalones para cerciorarse de que estuviera asegurada con una cerradura. Ni siquiera tenía picaporte. A dos metros y medio del suelo, observó el resto de lo que parecía un sótano convertido en un piso. Sus dos únicas ventanas, estrechas y alargadas, estaban a poco más de medio metro de su alto techo, tapiadas con planchas de metal.

«Se ha asegurado de que no podamos escapar».

El piso disponía de una pequeña cocina, empotrada debajo de las escaleras, con su lavaplatos, su nevera, su horno, sus fogones, su microondas... En apariencia, recién montada. Delante de la cheslón se encontraba una mesa de centro con revistas encima, y a pocos metros un mueble con ruedas sobre el que descansaba un televisor de pantalla plana. Detrás, una pared blanca con un cuadro abstracto, y a su término, a mano derecha, se iniciaba un pasillo estrecho y oscuro. Bajó las escaleras y se acercó a la cocina. Revisó cada uno de sus cajones y armarios, pero solo dio con utensilios de plástico: ni ollas, ni cuchillero, ni platos de porcelana... Miró alrededor en

busca de un objeto contundente, pero obtuvo el mismo resultado: el sofá sobre el que dormía su hijo, la mesa de centro, el televisor, el cuadro abstracto... Poco más.

«El cabrón lo planeó todo con tiempo».

Su corazón latía desbocado y el miedo la arañaba desde adentro con uñas afiladas.

Observó a su hijo.

«Cuando despierte hará preguntas. ¿Qué diantres le digo?».

Se adentró en el pasillo.

Encendió la luz y descubrió tres puertas, una a mano izquierda, una a mano derecha y una última al fondo. Miró dentro de la primera: una habitación con dos camas de noventa, de paredes blancas y muebles beige. Sin ventanas. Sin cuadros ni adornos. Un metro más adelante encontró un pequeño cuarto de baño de gres tostado. Sobre el lavabo halló un vaso de cristal con pasta de dientes y dos cepillos, uno para adultos y otro para niños. Arrugó el ceño y retrocedió varios pasos, para volver a mirar dentro del dormitorio: una de las camas tenía las sábanas blancas, pero la otra estaba adornada con dibujos de Bob Esponja.

«¿Pretende que vivamos aquí? Entonces, ¿no tiene intención de matarnos? Para violarnos y torturarnos no se tomaría tantas molestias, ¿no? Aunque, tratándose de un zumbado...».

Volvió al centro del corredor para fijarse en la puerta más extraña: al fondo, pintada de rojo, la examinó como si tuviera delante una boca dispuesta a engullirla. Las anteriores las había encontrado abiertas, pero la del color de la sangre estaba cerrada con llave, además de con un cerrojo con candado.

«¿Una puerta roja?».

Oyó un ruido a su espalda. Pensó que Alan se había despertado, pero enseguida reparó en que la puerta de metal —supuestamente, la de entrada al sótano— se abría al término de las largas escaleras.

«Es él».

Anduvo a paso ligero hasta la mesa de centro; con el corazón en un puño, pero tratando de conquistar su miedo.

«Prefiero morir luchando que ver cómo le hace daño a mi hijo».

Alan se despertó de pronto.

Mientras se desperezaba bostezante y con los ojos entrecerrados, aún desconocedor de su delicada situación, Emily levantó la mesa de centro y la estampó contra el parqué, desperdigando las revistas por el suelo. Intentó desprender una de sus patas para usarla como arma, pero la mesa no se desmembró; apenas logró hacerle un par de rozaduras.

«Joder con la mesa del demonio. Mierda. Necesito algo con lo que defenderme».

Un hombre de en torno a cincuenta años, que sobrepasaba holgadamente el metro ochenta, delgado y de piel clara, pelo moreno y corto y ojos claros, mentón fino y alargado y cejas pobladas, nariz chata y orejas pequeñas, entró en el sótano cargando con una bandeja sobre la que humeaban dos platos. Emily observó cómo bajaba a su encuentro y luego corrió hacia el cuadro abstracto, lo descolgó y lo levantó con ambas manos por encima de su cabeza.

—¡No te acerques! —El hombre se detuvo sobre el último peldaño y sonrió—. Un paso más y...

—¿Y qué? —Su voz sonó rasgada, como la de un fumador empedernido—. ¿Me vas a tirar ese cuadro a la cabeza? Menuda arma arrojadiza te has buscado, ¿eh?

Alan se echó a llorar y se lanzó a los brazos de su madre, agarrándola por la cintura como si fuera un salvavidas y él un náufrago braceando en un mar tormentoso.

Emily miró enfurecida a su secuestrador y apretó los dientes.

—No voy a permitir que nos hagas daño.

—Ni yo lo pretendo.

—¿Entonces por qué nos has secuestrado?

—Para cuidaros.

Aquellas dos palabras le hicieron entender que estaban ante un lunático, y que su mejor baza —y única por el momento— era seguirle la corriente.

Alan no dejaba de llorar y de apretar la cintura de su madre.

—Tranquilo, *pichuflín*. No pasa nada.

Emily le acarició el pelo, pero no consiguió aplacar su llanto.

—Júramelo. Júrame que no nos harás daño.

Emily bajó su tono para no asustar a Alan más de lo que ya lo estaba.

—Si no intentas agredirme, te doy mi palabra de que no os haré ningún daño. De todos modos, llevo una Smith & Wesson metida en los pantalones, así que... En fin. Hagamos una cosa. Deja el cuadro donde estaba, pon la mesa derecha para que pueda apoyar la bandeja y os dejaré un rato a solas; cuando os hayáis llenado la panza y tranquilizado, volveré para que hablemos sobre lo que os, nos, espera a partir de ahora. ¿De acuerdo?

»Por cierto, podéis llamarme Eme. Eme a secas. Vida nueva, nombre nuevo.

Emily asintió con la cabeza mientras la llorera de su hijo parecía ir perdiendo fuerza. Bajó las manos y se apoyó el cuadro en las piernas.

—Alan, cariño, ve a sentarte en el sofá —dijo con voz melosa—. No pasa nada. Pronto vendrá papá, ¿vale? Y...

—No le digas eso. —Eme la interrumpió de forma brusca—. No vuelvas a hacerlo nunca más. Aquí hay tres normas: no nombrar al padre de Alan, no intentar escapar y no abrir la puerta pintada de rojo. Grábatelas a fuego en la sesera, porque de incumplirlas me veré obligado a castigarte, y te juro por Dios que no quiero hacerlo.

—Solo pretendía calmarlo y...

—Pues hazlo de otro modo. No nombres a su padre o tendré que tomar medidas drásticas. Luego, por el bien de una convivencia sana, hablaremos de las normas que debéis seguir en esta casa.

«¿Convivencia sana?».

—De acuerdo. Tranquilo. No volveré a nombrar a Richard.

«Lo has matado, ¿verdad, hijo de perra?».

Una lágrima salió de su ojo derecho en el mismo momento que recordaba lo que su captor le había dicho minutos antes: «Para cuidaros».

«Quiere formar una familia a nuestra costa. O eso o no entiendo nada».

—Vamos, *pichuflín*, sé bueno y ve a sentarte al sofá. Enseguida estoy contigo.

Alan obedeció sollozante, y Emily aprovechó para devolver el cuadro a su sitio y poner la mesa derecha, además de recoger las revistas y colocarlas encima.

Eme dejó la bandeja sobre la mesa.

Durante un momento, el cuerpo del secuestrador quedó a poco más de medio metro de Alan.

«Estamos a su merced. ¿Qué puedo hacer yo aparte de “portarme bien” y “hacerle la pelota”? A lo mejor dice la verdad. Si quisiera hacernos daño, ¿por qué prepararnos un lugar limpio y ordenado, por qué hacernos la comida?».

—Sopa de pescado y *nuggets* de pollo —dijo Eme, señalando los platos—. Mañana

hablaremos de lo que queréis que os prepare para desayunar, almorzar, comer, merendar y cenar. —Emily asintió de pie, con la mesa de centro de por medio—. Prepárame un menú semanal, o mensual, como prefieras. Hay papel y boli en un cajón de las mesitas de vuestra habitación. Más adelante, si te portas bien, podrás preparar tú misma las comidas. Pero de momento, por la cuenta que me trae, no voy a dejarte usar sartenes. No quiero que me estampes una en la cabezota. —Eme sonrió; Emily se mantuvo seria y circunspecta. Aún no estaba lista para bailarle el agua—. Sé que no me crees, y es comprensible, pero mi único propósito en la vida es que seáis felices.

«Pues déjanos libres, cabrón».

Aquellas palabras le provocaron un vahído que la obligó a apoyarse en el mueble que soportaba el televisor: entendió que Eme deseaba «disfrutarlos» el resto de su vida.

«Nunca saldremos de aquí».

—¿Estás bien, Emily? —preguntó Eme ante la atenta mirada de Alan, que había dejado atrás el llanto para solo sollozar y sorberse los mocos.

—¿Cómo voy a estar bien? —Emily hizo acopio de fuerzas, y con la vista nublada, se irguió ante el Rompefamilias—. Nunca volveremos a estar bien.

—Eso ya lo veremos. En fin. Os dejo a solas. Comed y descansad. Volveré dentro de un rato. Pero antes de marcharme os daré un consejo: no hagáis tonterías o lo sabré.

«Hay cámaras ocultas».

Eme subió los quince peldaños que lo separaban de la puerta metálica sin picaporte y usó una llave para abrirla.

«No nombrar al padre de Alan, no intentar escapar y no abrir la puerta pintada de rojo», recordó.

»Y una mierda.

»Tengo que hacerme con esa llave —pensó, sintiendo un atisbo de esperanza—. Ya veré cómo me las arreglo. Le estamparé algo en la cabeza. Sí, eso haré. Y no dejaré de darle golpes hasta que sus sesos decoren este maldito suelo».

La habitación 88

Shaun Everett

Seis horas más tarde

Conduje hacia el hospital, dándole vueltas a la escena del crimen. El Rompefamilias había partido en dos a una nueva familia; la tercera en tres años, no faltando a su cita anual con el crimen. No obstante, las diferencias con las anteriores escenas resultaban desconcertantes.

«¿Intenta desorientarnos?

»Si es así, lo ha conseguido».

Entré y me dirigí a la habitación de Richard Hayes. Subí las escaleras con un sinfín de incongruencias rebotando en los márgenes de mi cabeza. Todo parecía igual, y al mismo tiempo cambiaban demasiadas cosas. Y no precisamente detalles irrelevantes. Esta vez el Rompefamilias no había matado al padre y habíamos encontrado una pista: marcas de neumático en la nieve del jardín; huellas que no correspondían a las de ningún vehículo de la familia Hayes. Un hallazgo que no cuadraba con el refinado *modus operandi* del afamado criminal. Lo demás resultaba calcado a lo descubierto en las dos escenas anteriores. A Richard Hayes lo encontró su hermana, atado y amordazado sobre una silla, como a las anteriores víctimas. Pero Richard estaba con vida. Emily y Alan Hayes se encontraban en paradero desconocido, como las anteriores mujeres e hijos de los fallecidos. Las edades coincidían. Los tiempos coincidían, a pesar de que el asesino se había «retrasado» un día. «Debió surgirle algún imprevisto —imaginé—. Veinticuatro horas no son determinantes». El tipo de vivienda coincidía. También las dos eses dentro de un corazón detectadas en uno de los árboles del jardín: la firma del asesino. Pero... ¿Marcas de neumáticos? Un despiste indigno de un hombre que nos había demostrado con creces su fino ingenio. ¿Te aseguras de no dejar marcas en dos ocasiones y en tu tercer crimen no superas un escollo que sabes cómo salvar? Algo se nos escapaba, a pesar de que mis compañeros se empecinaban en achacarlo a un exceso de confianza.

Dejé atrás una sala de espera llena hasta los topes.

Agradecí que Richard Hayes, víctima y testigo, estuviera en planta.

Los facultativos caminaban a un ritmo normal, no como sus compañeros de Urgencias, que un par de pisos más abajo llevaban siempre el ‘modo carrera’ activado. Entrar en un hospital siempre me traía malos recuerdos. Como a muchos, supongo. El médico que retiró la sábana que cubría el rostro de mi esposa se presentó en mi mente para recordarme que años atrás mi mundo se fue al traste. También evoqué los rasgos del arrepentido conductor que la arrolló sobre un paso de peatones.

«Te fuiste y llegó el duelo eterno».

Negué con la cabeza e intenté centrar mis pensamientos en el caso.

Me acompañaba un rumor de voces, en mayor medida provenientes de las habitaciones. A mi

paso miré a través de una puerta entornada para ver a una mujer al pie de una cama, sonriéndole a un enfermo del que solo podía ver los pies. Aquella sonrisa, enclavada en un bello y joven rostro, me llenó de serenidad. Sin embargo, la calma duró lo que mi fugaz mirada al interior de aquella habitación.

«¿Por qué le habrá perdonado la vida? —medité dispuesto a acribillar a preguntas a Richard Hayes, con la mirada fija en la puerta de la habitación 88—. No tiene ningún sentido. A no ser que...».

—Disculpe.

Un médico abandonaba la habitación donde se recuperaba de sus heridas la única víctima con vida —que tuviéramos constancia— del Rompefamilias. Lo detuve agarrándolo del brazo. Se fijó de inmediato en la placa que acostumbraba a llevar enganchada al cinturón.

—No les esperábamos tan pronto.

—Pues aquí estoy. ¿Cómo está Hayes?

—Bien. Sufre un par de contusiones en la nuca. Nada preocupante. Lo mantendremos veinticuatro horas en observación. Mañana, si no hay cambios, le daremos el alta. Ese hombre las ha pasado canutas y todavía le queda mucho que superar. Y no hablo de secuelas físicas, detective. —El médico echó la vista al suelo y resopló tras ponerse durante un segundo en la piel de su paciente—. Así que no le meta caña, ¿de acuerdo? —Asentí con la cabeza—. En fin. Está con su hermana.

«Con quien lo encontró».

Albert Houston —la tarjeta que colgaba de su bata me sopló su nombre— señaló la puerta de la habitación tras la que aguardaba Richard Hayes, y se alejó a atender a otros pacientes.

Entré decidido. Lo encontré, como era de esperar, tumbado en la cama, con los ojos enrojecidos. Su hermana, sentada a su lado, entrelazaba sus manos con las suyas. La mujer, morena y de ojos marrones, que vestía unos tejanos ajustados y una sudadera gris, se enjugó una lágrima con el dorso de la mano y dirigió la mirada hacia mi placa, y luego hacia mi rostro.

—Os dejo a solas —dijo con un fino hilo de voz.

No hubo holas ni adioses; simplemente, se levantó de la silla y abandonó la habitación, dejándonos, como había prometido, a solas.

—Hola, detective. ¿Dónde está mi familia?

Me sorprendió su facilidad para no andarse con rodeos.

—Hola, Richard. No tengo la menor idea.

Por su gesto, a él también le chocó mi rotundidad.

—Me he adelantado a mis compañeros para pillarle con la mente despejada. Ellos siguen en su casa, buscando pistas. Así que aún es pronto para hablar de avances en la investigación. Lo de 'mente despejada' lo digo entre comillas; supongo que ahora mismo su cabeza es un caos.

—Era rubio —explicó al tiempo que reclinaba la cama—. Llevaba un pasamontañas, pero pude ver un mechón de pelo asomando por debajo. —Saqué mi cuaderno y empecé a anotar—. Tenía la voz rasgada, como la de un fumador o un alcohólico. Antes de clavarme la aguja me susurró algo al oído: «Será mejor que te olvides de ellos. Ahora son mi familia».

Hayes no pudo contarme mucho más. No sospechaba de nadie de su entorno ni había advertido nada raro en su esposa ni en su hijo. Tras conversar con él largo y tendido, llegué a la conclusión de que no sacaría nada más que un color de pelo, un tipo de voz y una frase lapidaria. No obstante, si a dichos datos le sumábamos el dibujo de los neumáticos, hablábamos de la jornada más fructífera hasta la fecha. Y el forense, la Científica y un buen puñado de mis

compañeros aún husmeaban por la escena del crimen; podrían surgir más pesquisas.

—Ese hombre se ha llevado a mi familia —dijo Richard cuando me disponía a levantarme de la silla, satisfecho por lo obtenido en aquella habitación de hospital—. No quiere matarlos, sino usarlos para... No sé, ¿que le hagan compañía? No pretendo comprender la mente de un psicópata, pero estoy convencido de que perdió a su familia de un modo horrible, perdió la cabeza y decidió hacer suya la mía. Ya lo creía antes de que nos pusiera en su punto de mira. Supongo que ustedes también habrán contemplado esa posibilidad, ¿no? Hasta los noticiarios hablaban al respecto. Tendrán una lista con sujetos que hayan perdido a sus familias de...

—La tenemos.

—Pues quiero esa lista.

—¿Para qué?

—Para buscar a mi familia. Estoy en mi derecho.

—Eso no es competencia suya, sino de la Policía. Mis compañeros vendrán en cuanto...

Me sujetó del brazo, tan fuertemente que noté sus uñas clavándose en mi piel. «Suéltame, joder», mascullé al tiempo que me zafaba con un brusco tirón y me apartaba de la cama con gesto malhumorado. Tal vez debí ser más comprensivo, o tal vez debió serlo él; la cuestión es que la conversación tomó un rumbo peligroso.

—Póngase en mi pellejo.

—Podría decirle lo mismo. Darle dicha información, estando usted al borde del colapso emocional, podría costarme el puesto, y mi buena reputación. Confíe en nosotros. Hacemos todo lo que está en nuestras manos.

—Es la tercera familia que destruye y, perdone que se lo recuerde, pero no tienen una puta mierda. No veo que hagan lo que está en sus manos. No todo, al menos. Se limitan a recoger pistas y a catalogarlas, en vez de rastrear a hombres que cumplen con el perfil. ¿Qué hacen? ¿Llamar a la puerta de pederastas y violadores y preguntarles si son el Rompefamilias? —Exhaló un suspiro cargado de resignación—. «Ahora son mi familia» es la única pista decente que tienen. ¡Síganla, hostia! ¡Y si no, dejen que otros la sigan!

—Debería tranquilizarse. Está en shock. No piensa con claridad. Hemos investigado a las personas que han perdido a su familia de forma, digamos, traumática. Pero no es tan sencillo. No podemos ir por ahí tirando puertas de una patada. Necesitamos pruebas, y ninguno de los hombres que consta en la lista que me pide ha mostrado el menor indicio de ser un despiadado asesino.

—Deme la oportunidad de buscar a mi familia —insistió—. Contrataré los servicios de un detective privado. Del mejor de la ciudad. Qué más le da a usted lo que haga yo con mi dinero. ¿Qué derecho tiene usted a negarme ir tras el desgraciado que ha secuestrado a mi mujer y a mi hijo?

—Puede ir tras quien quiera, pero no le ayudaré a meterse en un agujero sin fondo. Volveremos a hablar cuando esté más calmado. Tiene mi palabra. Contácteme en cuanto esté dispuesto a conversar sin levantar la voz. Entiendo su frustración, pero puedo asegurarle que hacemos todo lo que podemos. Mis compañeros no tardarán en llegar para hacerle más preguntas. Le sugiero que les cuente lo mismo que a mí, pero con más calma. No va a conseguir más por decir las cosas más alto. Yo, por mi parte, con los nuevos datos que me ha dado, volveré a investigar a todo hombre que haya perdido a su familia a manos de un loco o a causa de un conductor borracho. Volvemos a hablar, insisto. Es más. ¿Mañana después de que le den el alta? —Le di mi tarjeta—. Llámeme en cuanto pise la calle, ¿de acuerdo?

Salí de la habitación y anduve sin mirar atrás mientras los gritos de Richard resonaban en el pasillo: ¡«Ahora son mi familia» es la única pista que tienen, detective! ¡Síganla, hostia! ¡O dejen que otros la sigan!...

Dos enfermeras pasaron a toda prisa por mi lado, rumbo a la habitación 88.

Propuestas

Dos días después

Accedí a mi cuenta bancaria online.

Me quedé absorto en las cifras que aparecían.

«¿Para qué quiero tanto dinero? Tengo el coche y el piso pagados. ¿Para viajar? La verdad es que no me apetece viajar solo».

El timbre cortó mis elucubraciones.

Caminé pensativo hasta la puerta y eché un vistazo a través de la mirilla.

«Ya estamos».

Abrí.

—Hola, Joel.

—*Hohola*, Shaun. *Vevengo* a ver si *pupuedes*...

—¿Darte pasta para un chute?

—Eso.

—Te veo bien, por cierto. Con el tembleque, sudoroso, despeinado, tartajeando, cabizbajo y eso, pero de una pieza. Llevaba tanto sin verte, que hasta te he echado de menos; pensaba que la habías diñado de una sobredosis u otro yonqui te había apuñalado por una papelina. Pero aquí estás, con el mono por las nubes.

—¿Vas a *dadarme* algo o *sosolo* a *sesermonearme*?

—No te pongas chulito, que no tengo el día para drogadictos.

Shaun miró con atención los rasgos del drogodependiente, deteniéndose en sus ojos tristes, sombreados por unas anchas ojeras amoratadas. Y aquellos ojos le recordaron a los de Richard Hayes, de quien no había tenido noticias desde la tensa conversación que mantuvieron en el hospital.

—¿Eres feliz, Joel?

—¿Qué?

—Que si estás satisfecho con tu vida.

—¿*Tutú* qué crees?

—Que estarías loco de estarlo. Oye. ¿Sabes qué? Entra. —El detective le ofreció pasar con un ademán de su mano—. Quiero proponerte algo. Nos tomamos una cerveza y hablamos de la vida. ¿Te parece? Si mi propuesta no te convence, te doy un billete de cien dólares y te largas a meterte heroína hasta que te salga por las orejas.

—¿Cien *dólalares*?

—Cien. ¿Entras o te largas?

—*Pos* claro que *eentro*.

—Sígueme.

Anduve con Joel siguiendo mis pasos hasta el umbral de la sala de estar.

—Siéntate a la mesa. Voy a por un par de birras.

El drogadicto anduvo hacia el interior del salón mirando al suelo; yo me fui a por las bebidas.

Enseguida estuvimos cara a cara, bebiendo cerveza fría.

—Bien —dije, convencido de lo que estaba a punto de proponer—. Si no eres feliz, ¿por qué no haces nada para remediarlo?

—Porque *nono* puedo. Estoy *enfefermo*.

—La pregunta es: ¿quieres darle un vuelco a tu situación?

—*Nono* me gusta ser un *despopojo* humano. ¿A ti *tete* gustaría *seserlo*?

—Claro que no. —Ambos sorbieron de su botellín—. Por eso quiero echarte una mano. Me he cansado de ver desgracias, ¿sabes? Supongo que todos tenemos un límite. En fin. Te propongo vivir aquí conmigo mientras te desintoxicas.

Joel rio como un bobalicón.

—¿Aquí *contitigo*? ¿Te has *vuvuelto* majara? —Negó con la cabeza sin despegar la mirada de la mesa—. Te *lolo agradedezco*, Shaun, pero el mono me hace *peperder* los *papapeles*. ¿No me ves? —Sus dedos tamborileaban en la mesa como un martillo neumático en un muro de hormigón—. Ahora *mimismo* te rebanaría el cuello *popor* un chute.

—Tú olvídate del mono. ¿Quieres tener una casa, un trabajo, pareja...? Contesta. ¿Sí o no?

—Pero...

—¡Ni pero ni hostias! —Palmeé la mesa con furia—. ¡La pregunta es clara, joder! ¡¿Sí o no?! ¡¿Quieres cien dólares con los que ponerte ciego o una segunda oportunidad?!

Los dedos de Joel dejaron de tamborilear y su mirada de apuntar a la mesa, para centrarse en mis ojos. Nos escudriñamos mutuamente, y los dos hallamos voluntad.

—Sí. *Quiquiero* que me ayudes, Shaun, *poporque* yo no puedo. —Dos lágrimas se mantuvieron en el borde de la línea de agua de los ojos de Joel, pero no llegaron a derramarse sobre la mesa: se las enjugó antes con la manga de su desgastada chaqueta—. Hace mucho *queque* me *didi* por vencido.

—Tranquilo. Si estás dispuesto a dejarlo, todo irá bien. —Me levanté de mi silla—. Ahora vuelvo.

—¿*Adódónde* vas?

—Enseguida estoy contigo —dije antes de salir del piso.

Mientras Joel pensaba irremediablemente en mi repentina proposición, bajé las escaleras hasta pisar la calle. Me acerqué a Roy y a Coco y esperé a que el sintecho acabara un solo de guitarra. El perro ladró al verme.

—Hola, Coco. —Le acaricié la cabeza—. Yo también me alegro de verte.

—Hola, Shaun.

—Hola, Roy. Oye, ¿te importaría subir un momento a mi piso? Me gustaría proponerte una cosa.

Roy me miró con gesto sorprendido. Supuse que no estaba acostumbrado a recibir invitaciones amigables.

—¿Y puede saberse cuál es la propuesta?

—Hasta que estemos sentados tranquilamente a la mesa de mi salón con una cerveza fría en la mano, no, no puedes saberla.

—No suelo beber alcohol.

—Pues un zumo o un café.

—Cuánto misterio...

La gente pasaba a mi espalda ignorantes de lo que sucedía a su alrededor. Bastante tenían ya con sus problemas como para preocuparse de mirar más allá. Así eran la mayoría de los neoyorkinos: indiferentes a los problemas ajenos. Solo tenías que mirar dentro de la gorra para limosnas de Roy para cerciorarte de dicha afirmación.

«La ley de reciprocidad —pensé mientras Roy se decidía—. Si hacemos algo bueno por una persona, esta se sentirá motivada a hacer lo mismo por nosotros. Sin embargo, yo me he pasado la vida ayudando a los demás y, ¿qué me he llevado a cambio? ¿Las gracias y un sueldo?».

—No puedo dejar a Coco aquí abajo —susurró Roy.

—Nadie ha dicho que lo hagas. Coco también está invitado a un cuenco de agua.

Roy sonrió y coco «asintió» con la cabeza, como si entendiera lo que estaba diciendo.

—De acuerdo. Admito que me has dejado de lo más intrigado. Espero que no tenga nada que ver con crímenes, ¿eh?

—En absoluto.

El sintecho metió la guitarra en su funda, se levantó y dobló el cartón sobre el que su inseparable mascota y él habían estado pidiendo limosna, lo guardó en su vieja mochila y se la echó al hombro.

—Seguidme.

Accedí al bloque con Roy y Coco —perro bien adiestrado— caminando detrás de mí. Nada más entrar en mi piso fui directo al salón, me senté en frente de Joel y le ofrecí asiento a mi lado a Roy; Coco se quedó a los pies de su dueño.

—A este desastre de hombre le he propuesto vivir aquí conmigo a cambio de desintoxicarse, y a ti te propongo lo mismo, pero a cambio de conseguir que se desintoxique. Yo no puedo estar pendiente, y la fuerza de voluntad del colega es más bien lamentable, como su aspecto. Joel no saldrá de aquí hasta que el mono se haya largado, ¿entiendes? Pueden pasar meses, lo sé, pero la recompensa es importante: un techo, ropa y comida. Si cumplís, os buscaré un trabajo y en cuanto reunáis un poco de dinero podréis largaros a vivir a otra parte. Algunas personas me deben favores, y uno de ellos es gerente de un Walmart. No quiero ingresarle en un centro de desintoxicación, porque sé que en cuanto salga volverá a las andadas; además, son carísimos. En fin. ¿Aceptas?

Me entró la risa al ver la cara que se le había quedado a Roy.

—Tráeme esa dichosa cerveza —rogó el sintecho—. La necesito.

36 horas después

—Los pelos que encontramos junto a las patas de la silla pertenecen a un pastor alemán de raza pura —me ilustró Allen de pie ante mi mesa, mientras yo permanecía repantingado en mi silla—. Ningún miembro de la familia Hayes tiene un perro de dicha raza, así que, supuestamente, el asesino es dueño de un pastor alemán. Es importante que esta información no se filtre a la prensa, ya que...

—Soy consciente, compañero. Hace años que dejé de chuparme el dedo.

—Primera noticia que tengo. Pero oye —se puso la mano derecha sobre el pecho—, me alegra de corazón que ya no te metas cosas gordas en la boca. —Shaun sonrió. Si bien, por bromista que hubiera sido su comentario, percibió tensión en la mirada de Allen. La rabia y frustración acumuladas a causa del caso Rompefamilias estaba convirtiendo a los agentes

encargados de resolverlo en cuerdas andantes demasiado tensas—. En fin. Yo tengo un golden retrieve, y te aseguro que esos bichos sueltan más pelos de los que uno desearía. Debieron adherírsele a los pantalones, o tal vez a los zapatos, vete a saber, pero la cuestión es que se le desprendieron donde no le interesaba. Junto con el modelo de los neumáticos... En fin. Oye, te sigues encargando tú de buscar coincidencias, ¿no?

—Sí.

—Gracias.

—Para eso estoy, ¿no?

—Ya. En fin. Vamos hablando, Shaun.

—Hasta luego.

Allen me dio la espalda y puso rumbo a su mesa. Yo, abstraído en su rígida y lenta forma de andar, medité sobre la información que acababa de darme. Desde el tercer crimen, mis cavilaciones habían saltado del caso y los nuevos hallazgos a Joel y Roy y la «prueba» que trataban de superar en mi piso.

El chalé de los Hayes había aportado pesquisas. Algo, debo admitir, que si bien me daba esperanzas también me causaba dudas. Allen acababa de notificarme que los pelos hallados en la escena pertenecían a un pastor alemán y, a primera hora de la mañana, me comunicó la marca y el modelo de los neumáticos del vehículo que, el asesino y secuestrador, usó para llevarse a Emily Hayes y a su hijo Alan. La nieve del jardín nos dio un dibujo, y este un modelo de neumático exclusivo para todoterrenos. Las primeras averiguaciones arrojaron que ni las ruedas ni los pelos pertenecían a ningún coche o perro propiedad de la familia Hayes, ni, en principio, a los de ningún amigo, conocido o vecino.

Las marcas de neumáticos son como las huellas dactilares: no hay dos igual. Siempre y cuando el dibujo esté más o menos entero, claro. Y no fue el caso. Sabíamos el modelo, pero no podíamos cotejar los neumáticos con otros, al menos con seguridad.

Llevaba más de diez horas buscando nexos entre lo que teníamos y lo recién obtenido. Toda persona sospechosa había pasado por mi lupa de detective, y lo que había conseguido, aun siendo pronto para venirse abajo, no resultaba ni de lejos esperanzador. Que un 'posible' condujera o hubiera conducido un todoterreno significaba poco: una prueba circunstancial, sin peso ante un jurado. Necesitábamos el pack completo: hombre que cumpliera con el perfil y que además fuera propietario de una casa o una cabaña —en un piso resultaba imposible llevar a cabo los crímenes —, que tuviera un todoterreno con las ruedas oportunas y un perro con la raza específica. Entonces un juez nos firmaría una orden de registro. Jurisprudencia, se llama, y por lo general nos ponía más trabas que tendía la mano.

«Volveré a revisarlo todo desde el principio —me propuse—. Algo se me debe estar escapando.

»Hoy trabajaré hasta tarde. No me apetece oír los gritos de Joel. Maldito yonqui del demonio. —Eché la vista al techo—. Espero que tengas en cuenta lo que estoy haciendo por esos dos desgraciados, ¿eh, Altísimo? En fin. Cuanto más tarde llegue, más cansado estará él y mejor descansaré yo».

Antes de volver a buscar consonancias, eché un vistazo a mis últimos apuntes:

«Neumáticos: Firestone. Etiquetado A/T, destinados a vehículos 4×4 que se usan tanto en carretera como fuera de ella. Dibujo más profundo en la goma, para que el coche se adhiera mejor al terreno. Carcasa más robusta, con flancos reforzados para resistir mejor los golpes de piedras».

«Los llevas a un lugar apartado, ¿eh, canalla?».

Debajo de la última anotación, añadí:

«Pelos pertenecientes a un pastor alemán de raza pura».

1: 36

Podría haber jurado sin miedo a equivocarme que era la primera vez que entraba de puntillas en mi piso.

«Me meto en cada fregado...», pensé mientras dejaba las llaves sobre el mueble recibidor. Si bien, en el fondo me satisfacía no entrar en un piso vacío.

Mis intentos por deslizarme con pasos felinos hasta mi dormitorio resultaron en vano: Roy asomó la cabeza por la habitación de invitados, donde ayudaba a Joel a desintoxicarse.

—Hola —susurró—. ¿Ya estás en casa?

—No —dije en voz muy baja.

—Muy gracioso. Joel está durmiendo.

—¿Y Coco?

—Roncando al pie de la cama.

—Bien. Vayamos al salón.

—Vale.

—¿Qué tal el enfermo? —pregunté en cuanto estuvimos acomodados en el sofá.

—Es un trozo de pan, pero las está pasando canutas. Por suerte, el medicamento que trajiste ayer le está ayudando.

—Buprenorfina. Y sí, dicen que es mano de santo.

—Pero no hace milagros, claro, y de vez en cuando pierde el control. Entonces, como quien no quiere la cosa, se levanta e intenta escapar. Hay momentos que creo que no sabe ni dónde está. El mono se apodera de él y hay que contenerlo para que no salga corriendo. En fin. Sigue con el lagrimeo y el moqueo, los dolores musculares, los calambres, la diarrea, los vómitos... Apenas come, aparte de caldo. Esta mañana ha vomitado sobre la cama. Pero tranquilo, he cambiado las sábanas y he puesto una lavadora, y listo. Y cuando le dan los retortijones más fuertes... Madre de Dios. A veces llega por poco al cuarto de baño. Hace un rato casi se caga en medio del pasillo. —Shaun no pudo evitar sonreír, por serio que fuera el asunto—. Tengo entendido que los primeros cinco días son los peores. Espero que sea cierto, o va a quedarse aún más en los huesos, que es como decir «al borde de la muerte».

—Tranquilo, aguantará. Ambos estáis haciendo un buen trabajo.

—¿Sabes? Me gusta sentirme útil. Hasta Coco parece estar pendiente de Joel. Si bajo la guardia e intenta escapar, ladra bien alto. Hoy, durante uno de sus lapsos de lucidez, Joel me ha mirado a los ojos y me ha dado las gracias.

—A mí también me gusta que estéis viviendo aquí conmigo.

—Gracias por darnos la oportunidad de empezar de cero, Shaun.

—Joel y tú sois la antítesis de mi día a día: las ganas de prosperar frente a la decadencia que lo arrasa todo. Por tanto, Roy, echaros un cable es echármelo a mí.

La última puerta

Día 1 en cautividad

Emily hizo volar la cuchara como si fuera un avión.

—*Fiuuuu*... —La serpenteó en el aire, tratando de imitar las peligrosas inclinaciones de una aeronave a punto de efectuar un aterrizaje forzoso—. Abre esa boquita preciosa, *pichuflín*, que este avión necesita tomar tierra...

No tenía el cuerpo para juegos, pero todo le hacía presagiar que pasaría una larga temporada en aquel sótano. Con suerte. «Nunca ha vuelto a saberse nada de las mujeres y los niños que secuestra», pensó por enésima vez. Tenía claro que quien los había secuestrado era el Rompefamilias; su *modus operandi* no dejaba lugar a dudas. Sin embargo, todo lo demás era un misterio. «¿Solo quiere compañía, como asegura? ¿Realmente ha dejado con vida a Richard, o nos engaña para que confiemos en él? ¿Dónde están las otras dos madres y sus hijos únicos? —Echó la vista al techo—. ¿Estarán en el piso de arriba? ¿Estuvieron aquí mismo, donde yo estoy ahora, pero los mató poco antes de secuestrarnos, y luego acondicionó el sótano para que pareciera que éramos los primeros en llegar? ¿Se aburre y cambia de familia como quien lo hace de suéter? ¿Cómo consigue eludir a la Policía?». Ni siquiera podía asegurarle a su hijo que quien se hacía llamar Eme no hubiera envenenado la sopa o le hubiera echado algún tipo de sedante para, una vez inconscientes, abusar de ellos. «A lo mejor le pone manosear al mismo tiempo a una madre y a su hijo». Cada vez que pensaba en su situación, se le erizaba el vello de la nuca. No obstante, era consciente de que, en ciertas circunstancias, a uno no le queda otra que dejar su vida en manos del destino, del universo, del karma o lo que fuera que guiaba sus pasos. Entendió que tenía tres opciones: tratar de escapar, aguantar hasta que, con un poco de suerte, la Policía diera con ellos o, como medida desesperada, estrangular a Alan y luego ahorrarse también ella el sufrimiento. «Ni siquiera tengo un modo fiable de acabar con mi vida. No hay cuchillos, ni cuerdas... Podría ahorcarme con la cortina de la bañera, pero... —Emily se sorprendió con sus propios pensamientos—. ¿No eres capaz de matar a una mosca y te atreves a considerar matar a tu hijo?

»Si quisiera hacernos daño, ¿por qué dejar este sótano tan limpio? No tiene lógica. Puede que verdaderamente sea un loco que se ha propuesto formar una familia. Lo único que puedo hacer es esperar acontecimientos. Al menos de momento».

Alimentó a su hijo que, más calmado, le hizo una sorprendente petición: «¿Puedes poner la tele, mami?».

«No entiende lo que está pasando. Mejor. Bendita ignorancia».

Buscó el mando a distancia en la mesa de centro, entre los cojines del sofá..., pero finalmente lo encontró en uno de los cajones de la cocina. «Qué sitio más raro para guardar un mando a distancia. A lo mejor pensó que de tenerlo a mano se lo lanzaría nada más verlo. Bien visto, Rompefamilias».

Encendió el televisor, que estaba perfectamente configurado.

—¡Disney Plus!

«Hasta parece contento. Ya lo decía su niñera: “Se abstrae fácilmente”. A lo mejor nos ha salido corto de entendederas. En fin. Soy su madre y lo querré sea como sea». Aquel pensamiento, más broma que sincero, le hizo sonreír. Una sonrisa, no obstante, cargada de pena y resignación.

Buscó un modo de comunicarse con el exterior, pero las opciones se habían configurado de modo que no pudiera acceder al buscador de internet y, por tanto, a su correo electrónico o redes sociales. Dada por vencida, inició Disney Plus y se sobrecogió al encontrar dos cuentas disponibles en el servicio de *streaming*: 'M' y 'Familia'; la primera requería de contraseña, la segunda no.

«Es meticuloso. Por eso la Policía no logra encontrarlo. —Miró a su hijo, que no parecía preocupado por su situación—. Estamos bien jodidos, *pichuflín*».

Alan se durmió viendo la película Cars.

Emily presintió que su secuestrador no tardaría en hacer acto de presencia. Y su intuición no tardó en confirmarse: Eme abrió la puerta al término de las escaleras, con un portátil debajo del brazo. Descendió los peldaños de madera con cuidado de no hacer ruido, mientras Emily lo observaba con inevitable miedo en los ojos.

—Vayamos a vuestra habitación —susurró mientras de fondo se oía la banda sonora de Cars —. Dejemos que duerma. No hace falta que apagues la tele. Zanjemos de una vez por todas el tema de las normas. Sígueme, por favor.

Eme le dio la espalda y se perdió por el único pasillo del sótano. Su prisionera dudó, pero enseguida entendió que, aun libre de ataduras, tenía las manos atadas.

El pasillo estaba bien iluminado, pero a Emily le pareció el nauseabundo callejón de un barrio peligroso. El sótano reconvertido en piso era bonito y confortable, pero sus rincones se descubrían ante sus ojos como un lugar oscuro y tenebroso.

Se detuvo en el umbral de «su habitación», hallando a Eme en el borde de la cama que había preparado para su hijo.

—Pasa. No muerdo —invitó mientras observaba la esbelta figura de Emily—. Tarde o temprano, por tu bien y el de tu hijo, y por una buena convivencia, tendrás que perderme el miedo. Insisto: no estáis aquí para sufrir ningún tipo de daño. Te doy mi palabra.

—Tu palabra no vale nada.

Emily no pudo contenerse. Su amor propio apareció de pronto, como una señal de stop tras doblar una esquina.

—Menudo genio. Pues nada, mujer, quédate ahí de pie, si eso te hace sentir mejor. En fin. Si te parece, te pongo en situación. —Emily asintió con la cabeza bajo el dintel de la puerta, tiesa como un soldado en formación—. Bien. Supongo que habrás pensado en cómo escapar. ¿Qué se te ha ocurrido? ¿Buscar las cámaras que he distribuido por el sótano, girarlas y esconderte, para cuando baje dejarme fuera de combate con un objeto contundente? Pues ve olvidándote, preciosa. Te explicaré cómo procedo para entrar y salir de este sótano. Cuando acabe esta conversación, subiré las escaleras, abriré la puerta blindada con la llave que tengo en el bolsillo y saldré a un cuarto no más grande que un ascensor, donde hay una caja fuerte y otra puerta blindada. Dentro de la caja fuerte está la llave de la puerta que da a mi casa, y su combinación, obviamente, en mi cabeza. Así que, aunque lograras robarme la llave del sótano, nunca conseguirías abrir la última puerta. Y has de saber algo: tres agentes de homicidios vinieron a

hacerme preguntas. Incluso les dejé echar un vistazo por mi piso. Es lógico que vieran a verme. Las primeras hipótesis apuntaban a un loco dispuesto a crearse una familia. Cuando descubrí los crímenes del Rompefamilias por televisión, me dije: «La pasma no tardará en llamar a mi puerta». Y no erré. Ellos creen que os ha secuestrado el Rompefamilias, y me descartaron como tal hace más de un año: un hecho que no juega en absoluto a tu favor.

»Por otra parte, tendréis comida a mano para una semana. O lo que es lo mismo: si me matas, duraréis poco. El sótano está insonorizado y sus muros son de hormigón. Nadie puede oíros gritar, por alto que lo hagáis. No tenéis escapatoria, Emily, y cuanto antes lo aceptes, mejor será para vosotros. Si os portáis bien, yo haré lo mismo. *Quid pro quo*, ¿entiendes? Sed buenos y yo os daré a cambio una vida tranquila. Y con el tiempo, quizá acabes cogiéndome cariño. Tal vez aparezca el síndrome de Estocolmo...

Eme se encogió de hombros. Sobra decir, que su intento de sacarle una sonrisa a Emily no tuvo el efecto deseado.

—¿Una vida tranquila, dices? Una vida en reclusión, dirás. Entonces, ¿solo nos quieres para que te hagamos compañía?

—La sociedad me quitó a mi familia y ahora yo les he devuelto el daño. Os he secuestrado porque necesito restaurar lo que ellos rompieron, porque por mí mismo no soy capaz de hacerlo. Me quitaron dicha capacidad, y no estoy dispuesto a morir en soledad.

—Mataron a tu familia, ¿verdad?

—Ahora no quiero hablar de eso. La cuestión es que quiero que estéis conmigo, que pueda bajar a cenar con vosotros cuando me apetezca o a jugar a juegos de mesa, o a ver una película o... Ya me entiendes. Convivir. Si yo fuera el Rompefamilias, os torturaría y cuando me cansara de hacerlo os mataría y os lanzaría a un agujero, sin contar que tu marido estaría ahora mismo en una morgue, con una etiqueta colgándole de un dedo. Pero en cambio, está vivito y coleando. En fin, que podría ser mucho peor. Os acostumbraréis a estar aquí conmigo. Es cuestión de tiempo. Casi todo en la vida lo es. Un preso se acostumbra a la rutina de la cárcel, y vosotros lo haréis a vivir conmigo.

—¿Qué hay detrás de esa puerta?

Emily señaló con el mentón la madera roja que resaltaba al final del pasillo, apoyándose con el hombro en el marco de la puerta de su, por lo visto, futura habitación, como quien espera a un amigo en una parada de autobús; una postura que para nada reflejaba su verdadero estado emocional. Trataba de mostrarse receptiva, de no hacer movimientos bruscos ni alzar la voz. Las piezas se hallaban sobre el tablero, y estaba dispuesta a jugar con su secuestrador.

—Detrás de esa puerta está mi despacho, donde planeé vuestro secuestro. Es peligroso tenerlo arriba, como entenderás. Te recuerdo que no puedes abrirlo. Una cosa es que no quiera haceros daño, y otra, que si me veo obligado no sea capaz de hacéroslo. Tú cumple con las tres normas y te juro que no te pondré la mano encima. Si las ignoras, tú misma te habrás castigado, ¿entiendes?

—Ya. Entonces... —Emily se frotó el mentón. Empezaba a sentirse más relajada. Los esfuerzos de Eme por calmarla empezaban a surtir efecto—. ¿Imitaste al Rompefamilias para despistar a la Policía?

—Exacto. Mi intención siempre fue esperar a que actuase de nuevo y un par de semanas después hacerlo yo. Volver un poco majaras a los investigadores, ¿comprendes? Desviar su atención, como hacen los magos. Pero entonces sucedió algo inesperado: llegó el día marcado en mi calendario, cuando supuestamente debía volver a actuar, y no pasó nada. La prensa no dio la

noticia. Bueno, sí, la noticia de que no se tenían noticias de ningún asesinato o secuestro. Y en dicho cambio vi una oportunidad. Barajé que ese desalmado hubiera muerto, o que, como tantos otros asesinos en serie antes, hubiera decidido prolongar el período de enfriamiento entre actuaciones, o incluso dejado de matar. Así que aproveché la oportunidad y adelanté la fecha de vuestro secuestro. Ahora mismo, los investigadores andan tras la pista del hombre incorrecto, al menos en lo referente a vosotros.

—Una jugada inteligente. —Emily no se creía de la misa la mitad—. ¿Y si dan con el auténtico Rompefamilias? ¿Y si se dan cuenta de que él no pudo secuestrarnos?

—Tendré que echar mano del plan B. De todos modos, ¿crees que la Policía creerá lo que diga un psicópata? Aunque les jure por Dios que él no os secuestró, por mucho que no encuentren vuestros cuerpos junto al de sus otras víctimas...

Eme se encogió de hombros e hizo una mueca que exteriorizó cómo se sentía: satisfecho. A Emily le sobrecogió verle tan seguro de sí mismo.

—Es harto improbable que den conmigo —sentenció.

—De acuerdo. —Emily suspiró largamente, fingiendo estar resignándose a su nueva vida—. Todo lo que acabas de explicarme tiene su lógica, lo admito.

«Mientes más que hablas, desgraciado. No tienes derecho a mantenernos aquí abajo en contra de nuestra voluntad. Eso es lo único que importa; esa es la única verdad».

—Ven, mujer, siéntate a mi lado. —Eme palmeó el colchón con suavidad, señalándole dónde quería que posara su trasero—. Te enseñaré lo que dice la prensa de tu secuestro. Estoy seguro de que te dejará aún más tranquila.

Eme cogió su ordenador portátil de encima de la cama y lo desplegó sobre sus muslos. Emily ardía en deseos de comprobar si su marido estaba con vida, así que abandonó el umbral de la puerta y se sentó al lado de Eme.

El brazo derecho le empezó a temblar.

—Relájate un poco, mujer —susurró con voz melosa—. Sufre por estar cautiva, pero no por miedo a que os haga daño.

—Echo de menos a Richard.

—¡No!

Eme, como una exhalación, se puso de pie y le cruzó la cara con la mano que no sujetaba su portátil, que no acabó por los suelos de puro milagro.

—¡¿Qué te he dicho?! —Emily, tumbada de lado, se echó la mano al moflete mientras miraba a Eme con los ojos muy abiertos—. ¡Nada de nombrar a tu marido! ¡Son tres normas de mierda, joder, ¿tanto te cuesta cumplirlas?!

»Levántate y observa, maldita sea.

«Está como una regadera», pensó Emily mientras se incorporaba con la cara dolorida y los ojos llorosos.

En silencio, sintiéndose en una pesadilla vívida, decidió que por el bien de su hijo y el suyo propio, lo mejor era limitarse a obedecer.

—¿Ves? —Eme accedió a la web del New York Times y le colocó el portátil sobre las piernas—. Lee, por favor.

Tras asentir con la cabeza, la víctima leyó para sí misma el artículo que Eme le había seleccionado, titulado «Familias rotas»:

«Las esperanzas de que el Rompefamilias dejara de aterrorizar a las familias de Nueva York se han esfumado con el secuestro de Emily Hayes y su hijo Alan. No obstante, este nuevo crimen

alberga un dato, entre comillas, esperanzador: Richard Hayes sigue con vida. El asesino y secuestrador, por tanto, ha modificado su *modus operandi*. El porqué es una incógnita. Sin embargo, según la última nota de prensa remitida por el Departamento de Policía de Nueva York, los investigadores no dudan de que los tres crímenes sean obra del mismo hombre».

—No soy un asesino —prometió Eme en cuanto Emily apartó la mirada de la pantalla—. No soy el Rompefamilias.

—Te creo.

«Crees que voy a tragarme tus patrañas, que pretendías imitar al Rompefamilias y que todo se te puso de cara. Muy oportuno, ¿no crees? Justo cuando tú pretendes llevarte a una madre y a su hijo fingiendo ser otro, ese otro deja de actuar, poniéndote la suplantación en bandeja. ¿Crees que soy imbécil? Más te vale tener ojos en la nuca, porque voy a salir de aquí con mi hijo en brazos. Abriré la caja fuerte y cogeré la llave, y saldré de este maldito sótano».

Tres semanas después

Cada vez que decía «él es tu padre» era como si me clavaran un puñal entre las costillas. Los ojos cristalinos de Alan reflejaban desconcierto. ¿Cómo no iban a hacerlo? De la noche a la mañana, su madre le aseguraba que el hombre que había visto como su padre durante toda su vida era en realidad un impostor. «¿Dónde está papá?», preguntó al principio. Y yo le señalaba a quien nos había secuestrado. «¿Por qué no podemos salir a la calle?»: a dicha pregunta contestaba lo que me había «sugerido» Eme: «No podemos salir porque unos hombres malos quieren hacernos daño. ¡Pero aquí estamos de maravilla, ¿verdad?!». Sus respuestas solían ser afirmativas; en dicho sentido, su corta edad reforzaba las intenciones de Eme. No obstante, sus ojos no podían evitar mostrar un atisbo de sospecha: un atisbo de esperanza para mí. «No olvidará a su padre», me alentaba a menudo. Sin embargo, más frecuentemente me invadía el desconsuelo. Temía que la insistencia y el tiempo dieran sus frutos, y el recuerdo de Richard quedara relegado a un rincón de la mente de mi hijo, como un recuerdo borrado por la amnesia.

Cinco meses y una semana más tarde

—¿Te quedas a ver una peli? —preguntó Emily.

Eme le dio un bocado al trozo de pizza que tenía entre las manos y habló con la boca llena:

—Pues depende. ¿Vais a ponerme otro tostón como el de anoche?

Emily sonrió y después exclamó:

—¡Tú sí que estás hecho un tostón!

Alan rio despreocupado mientras sus «padres» se sonreían mutuamente.

Los sábados cenaban pizza y los domingos creps salados. El resto de la semana, Emily cocinaba para sí misma y su hijo. Eme, los días de entre semana, se apañaba, según sus propias palabras, «con cualquier cosa en el piso de arriba. Así puedo aprovechar el tiempo». «Soy diseñador gráfico», le explicó a su familia de pega la segunda noche que pasaron en su piso-sótano. Los lunes, la madre hacía una lista: comida, medicinas, ropa..., y Eme se encargaba de hacer la compra. Emily había estado cumpliendo las tres normas a rajatabla: no nombrar al padre de Alan, no intentar escapar y no abrir la puerta pintada de rojo.

—Hoy eliges tú la película, va —decretó Emily, sonriente—. Pero que sea para todos los públicos, ¿eh?

—Por supuesto. Una que podamos ver con nuestro hijo.

A Eme le entusiasmaba referirse a Alan como «mi hijo». Emily estaba acostumbrada a escuchar frases como «por el bien de nuestro hijo» o «díselo a nuestro hijo», algunas metidas con calzador en las conversaciones; incluso ella misma se había habituado a pronunciar «tu hijo» quiere esto o lo otro. Eme había logrado inyectarle un mal hábito: que lo tratase como a su marido y padre de su hijo.

Eme le hizo cosquillas a Alan, que se retorció y carcajeó recostado en el sofá.

—¿Qué quiere ver mi hijito esta noche...? Una de Disney, ¿verdad? ¿A que sí, *pichuflín*? ¿Otra vez Cars? ¿O mejor Frozen?

Emily observó la escena absorta en las manos de su secuestrador, que cosquilleaban las axilas de su pequeño con dulzura. Entonces algo se retorció en sus entrañas, y un grito se escabulló de lo más profundo de su psique, un ¡basta ya! claro y rotundo, que aumentó de intensidad al ritmo que los dedos de Eme rozaban a su hijo. «Basta ya, basta ya, ¡basta ya!». Y toda la rabia contenida durante meses se manifestó para acallar el miedo que le habían instalado en la mente.

—¡Basta ya!

A Eme ni siquiera le dio tiempo a cambiar las risas por una cara de asombro; Emily estrujó el mando del televisor y se lo estampó contra la sien con una fuerza que no sabía tener, y este se desplomó sobre la cheslón.

—¡Enciérrate en tu cuarto!

El pequeño, con los ojos y la boca muy abiertos, miró primero a Eme inconsciente sobre el sofá y después el rostro alterado de su madre.

—¡Vamos!

Alan corrió y dobló la esquina, y un segundo después Emily oyó un portazo.

«No salgas por nada del mundo, *pichuflín*. Mamá ha de hacer algo importante».

No perdió el tiempo. Corrió hasta la cocina y sacó de un armario la sartén más grande, con la que preparaba los huevos fritos para el desayuno. Regresó al lado de Eme y la dejó a mano sobre la mesa de centro. Luego les quitó las fundas a los cuatro cojines del sofá.

Eme movió ligeramente la cabeza y Emily le atizó un sartenazo en la nuca al grito de ¡ah!, tan fuerte que temió por su vida.

«Si él muere nosotros también».

Lo tumbó bocabajo, con las piernas y los brazos extendidos hacia atrás, y ató sus tobillos y muñecas con las fundas de los cojines, para después unírselos en un solo punto. Un modo de inmovilizar que aprendió de un artículo de una revista: «Formas divertidas y sexis de jugar con tu pareja». Un pasatiempo que además probó con su marido, y que le provocó más risas que orgasmos, dado que Richard, al verse inmovilizado, entró en pánico y empezó a gritar como un descosido. Por tanto, conocía la efectividad de las ataduras con las que había sujetado a su secuestrador.

«Ahora estás a mi merced —pensó asqueada—. Solo te falta una manzana en la boca, puerco».

Anduvo hacia su habitación a paso ligero y se asomó a ella: Alan dormía sobre su cama. «Estupendo». Volvió al salón a toda prisa, apartó la mesa de centro para poder moverse con libertad y arrastró una de las sillas de la cocina hasta dejarla delante de la cheslón. Temerosa, como un niño que da golpecitos con un palo a un animal muerto, registró los bolsillos de Eme.

Enseguida dio con lo que buscaba. Subió las escaleras con las llaves de la puerta del sótano, mientras observaba a su secuestrador desde arriba. Suspiró antes de abrir. Aunque sus ataduras estuvieran apretadas a conciencia, no podía sacudirse el miedo. Las risas fingidas y los «gracias» forzados eran cosa del pasado, pero tal vez nunca se desprendería de la ansiedad que le causaba pensar en el Rompefamilias.

Giró la llave y empujó la puerta, y sus esperanzas de encontrar una casa al otro lado se fueron al traste. Eme no mintió durante su primera conversación: no podría escapar sin la combinación que guardaba en su mente. Se hallaba en el centro de un cuarto del tamaño de un ascensor, con la prometida puerta blindada en frente y la caja fuerte empotrada en una pared. El duro golpe le hizo hincar las rodillas y gritar desesperada: «¿¡Qué te he hecho yo, Dios!? ¿¡Eh!? ¿¡Qué cojones te hemos hecho para que nos odies tanto!?

Entre sus gritos de impotencia se colaron varias risas provenientes de abajo.

«Maldito cabrón».

Desanduvo sus pasos apretando los dientes mientras escuchaba risas burlonas, y se sentó en frente del hombre que se desternillaba bocabajo.

—Te lo advertí. No sé qué pretendes, Emily, pero ya sabes: si me matas morís de hambre. Aquí abajo no hay alimentos ni para aguantar dos semanas. En fin. Suéltame y haré la vista gorda, o…

—¿O qué? —Eme miró a Emily como nunca antes: con miedo en la mirada—. ¿No has pensado que a lo mejor me importa un bledo morir? Todos tenemos un límite, ¿sabes? He colocado 'vivir una mentira' en un lado de la balanza y 'descanso eterno' en el otro, y la balanza se ha decantado del lado de la muerte. Pero no tenemos por qué acabar así, muriendo los tres de hambre en este sótano de mierda: dame la combinación de la caja fuerte y podrás...

—¿Podré qué? ¿Eh? ¿Pasar el resto de mi vida entre rejas? Perdona, pero ante dicha tesitura mi balanza también se inclina a favor de la muerte.

—¿Y de la tortura?

—Si asumes las consecuencias...

—No tengo nada que perder. Es tarde para dar marcha atrás.

—¿Qué pasa, mami?

La pueril voz de Alan irrumpió en la habitación.

—Hola, *pichuflín* —dijo Eme con tono alegre—. No pasa nada. Vu...

—No le llames así. Vuelve a abrir la boca y te amordazo —amenazó Emily antes de dirigirse a su hijo, que se asomaba con gesto cohibido por la única esquina del pasillo.

—Vuelve a tu cuarto, *pichuflín*, que papi y mami están jugando a un juego para mayores. La Nintendo Switch está en el primer cajón de tu mesita. Echa una partida al Mario Kart. Luego mami va a jugar contigo, ¿de acuerdo?

—Vale.

—Ah, y ponte los cascos.

Alan asintió con la cabeza y después la escondió por la esquina, y caminó hacia su cuarto. Emily era consciente de que la consola portátil —regalo de cumpleaños de Eme— lo mantendría ocupado el tiempo necesario para hacer cantar a Eme.

—Vas a darme la combinación de la caja fuerte —prometió—, o morirás.

—Jamás saldréis con vida de este sótano.

—Eso ya lo veremos.

Fue a la cocina y puso agua a hervir, y volvió a sentarse ante Eme.

—Nunca debiste dejarme cocinar. Confiaste demasiado en mí, y esa será tu perdición. ¿De verdad creías que iba a hacerme pasar de por vida por tu mujer? Es evidente que no me conoces en absoluto. Puede que tengas la capacidad de procrear, pero la escoria como tú no debería tener derecho a hacerse llamar padre.

—¿Pretendes hacerme creer que estás dispuesta a dejar morir a tu hijo?

—Solo pretendo conseguir la combinación de la caja fuerte, abrirla y coger la llave de la última puerta de este maldito sótano.

—Pues ve olvidándote.

Emily oyó borbotar el agua que había dejado a hervir.

—¿Lo escuchas? —Eme prestó oídos; el respaldo de la cheslón evitaba que pudiera ver la cocina—. Es agua hirviendo.

—No serás capaz.

—Dame la combinación o pronto lo sabremos.

Eme negó con la cabeza.

—Como quieras.

Emily anduvo poco más de diez metros y agarró por las asas el recipiente que arrojaba vapor de agua.

—Uh... —bromeó ante su raptor, sintiéndose más ida que cuerda—. ¡Esto está que arde! En fin. Te doy cinco segundos para recapacitar; ni uno más, que esto se enfría. Cinco, cuatro, tres...

—No diré nada —aseveró Eme.

—... dos, uno...

Emily le lanzó el agua a la cara.

—¡*Aaahhh…*!

Eme se retorció y maldijo a viva voz.

—¡Puta!

No tardó en caerse del sofá. Emily lo observó gritando y contorsionándose en el suelo, como si este estuviera cubierto de brasas.

—¡Pagarás por esto, zorra!

—Ahora sí pareces un verdadero cochinillo a la brasa.

Los ojos de Emily reflejaban una mezcla de indiferencia, miedo y locura. Sin embargo, estaba lejos de perder la razón. Se acercaba al punto de no retorno, si es que no lo había rebasado ya; si Eme no cedía al dolor, se vería obligada a matarlo y esperar un milagro.

—¡*Aaaahhhh…*!

—¡Habla, joder, o seguiré quemándote hasta ver tu calavera! ¡Te lo juro por Dios! ¡Pondré la bandeja del horno sobre los fogones y te la aplastaré al rojo vivo contra la jeta!

—¡No voy a darte una mierda!

«Dios santo. Realmente está dispuesto a morir».

—¡Mataron a mi familia! —Eme rompió a llorar mientras la parte derecha de su rostro se percibía cada vez más hinchada y enrojecida; en el sótano incluso se percibía un sutil olor a «barbacoa»—. Me lo arrebataron todo. Solo quería que me quisierais. Formar la familia que, por mis propios medios, no podía. Ante mis propios ojos, degollaron a mi pequeño y violaron y apuñalaron al amor de mi vida. Dios. Os he tratado bien. ¿Por qué me haces esto?

—¿Privar a un niño de libertad y obligarlo a que te llame padre es tratarlo bien? Estás como una cabra, Eme, y si no me das la combinación voy a.... —Emily se frotó el mentón—. Arrancarte las uñas de los pies y las manos. Si estoy destinada a morir en este sótano, antes voy a

darme un festín de sangre, Rompefamilias.

Eme sonrió de medio lado y Emily arrojó lágrimas sin sollozar; experimentó un miedo atroz, pero sus gestos corporales se mantuvieron firmes; sintió un intenso mareo, pero no se tambaleó. Con los ojos inyectados en sangre y la mirada fija en su secuestrador, anduvo dispuesta a quitarle los zapatos y hacerle la manicura con el rallador de queso que guardaba en un cajón de la cocina.

Eme se revolvió.

—Estate quieto, joder, o te corto los huevos. Literalmente.

Eme tragó saliva y se dejó hacer.

Le quitó los zapatos, y de uno de ellos cayó una llave de color rojo, que rebotó en el suelo como si de repente el mundo se hubiera puesto a girar a cámara lenta.

«La puerta roja».

Su ansiedad había provocado que se olvidase de la habitación cerrada, a la que había visto entrar a Eme en contadas ocasiones.

—¿Llevabas la llave encima? ¿Y la escondías dentro de un zapato?

Eme se limitó a encogerse de hombros.

«Si planeó nuestro secuestro en esa habitación, tal vez encuentre un ordenador con el que poder comunicarme con el exterior, o puede que la combinación de la caja fuerte apuntada en alguna parte. Aunque, de hallar un ordenador, me temo que necesitaría una clave para desbloquearlo, y estaría como al principio. Pero... ¿Y si tomaba apuntes?».

La llave la llenó de esperanza, como una larga bocanada nutre a unos pulmones.

—La combinación está en mi cabeza, Emily.

—Ya.

—Y lo que esconde la puerta roja no va a gustarte.

—¿No será que tienes miedo de que encuentre el modo de escapar?

—No sabes nada, Emily Hayes.

Eme rompió a reír de forma inesperada; una risa histérica, descontrolada y compulsiva que le recordó a la que le sobrevenía al Joker interpretado por Joaquin Phoenix.

Emily tomó el pasillo mientras seguía oyendo la molesta risa de Eme, con la llave roja a buen recaudo en una de sus manos temblorosas. De pasada, echó un vistazo a su habitación, para descubrir a Alan jugando a la Nintendo Switch; llevaba los cascos puestos. «Ni siquiera habrá oído los gritos». Caminó los escasos tres metros que la separaban de la siniestra puerta, metió la llave en la cerradura y la giró con recelo, y empujó la madera roja.

Recorrió la habitación con la mirada: paredes blancas envolviendo una silla y un escritorio y, bajo este, una papelera de plástico vacía: más o menos lo confiado. Sin embargo, no esperó toparse con fotografías y objetos pertenecientes a la familia asesinada de Eme, colocados sobre un pedestal. Pulseras, pendientes, gorras, juguetes..., dispuestos entre instantáneas, en las que Eme aparecía sonriente al lado de una mujer y un niño: la familia que pretendía restituir. Cerca del santuario casero, adheridos con celo a la pared, Emily halló recortes de periódico, donde aparecían artículos sobre el asesinato múltiple. Sobrecogida, se fijó en una instantánea de la fachada del lugar de los hechos —tal vez la casa en la que estaba—, y en otra del momento en el que sacaban de la vivienda el cuerpo del hijo de Eme en una bolsa para cadáveres. Leyó uno de los titulares: «Madre e hijo asesinados en Todt Hill».

«Todt Hill es una de las zonas más caras de Staten Island, y la colina está rodeada de bosques. ¿Por eso nos eligió, porque quería que compartiéramos, digamos, estatus social?

»Es evidente que Eme no es un pelagatos. Vivía en un chalé, como nosotros, y seguro que

tiene un buen sueldo, como Richard. —Emily suspiró mientras su mirada saltaba del santuario al siniestro mural—. Una pared le servía para no olvidar a su familia y la otra para no olvidar lo que les hicieron».

No pudo evitar sentir un poco de pena por el hombre que la había raptado.

«Mataron a su familia y perdió la cabeza».

Se apartó de los recortes de periódico, los objetos y las fotografías, y se sentó al escritorio. Estudió sus laterales; se levantó y lo separó de la pared para echar un vistazo detrás. Nada. Ningún cajón. La papelera estaba vacía...

Resopló agobiada y, de pronto, percibió un silencio preocupante.

Salió de la habitación y se asomó por la esquina del pasillo: Eme seguía en el suelo, con las piernas y los brazos unidos a su espalda. Al volver, comprobó que Alan seguía jugando con la consola portátil.

«Todo está en su sitio».

Volvió a acomodarse ante el escritorio.

«Ha de haber algo. Si quería conservar sus apuntes, ¿qué mejor lugar que una habitación cerrada dentro de un sótano prácticamente inaccesible?

»Si no doy con nada, me veré obligada a liberarlo. No puedo permitirme matarlo. Ni siquiera debería estar torturándolo. Dios. Que haga lo que quiera conmigo. Sé que a Alan no le pondrá la mano encima. Es lo único que importa».

Las esperanzas de Emily parecían ir montadas en una montaña rusa.

Absorta en sus pensamientos, deslizó la mano por debajo del tablero del escritorio, como quien acaricia el lomo de un perro. Notó algo extraño. Se agachó para ver un fino cajón.

No tenía cerradura.

Lo abrió lentamente.

«*Voilà*». Contenía un fino cuaderno de tapas duras y desgastadas.

Lo dejó sobre el escritorio, lo abrió por la primera página y leyó para sí misma:

«No valéis ni para hacer bulto en una fosa común».

La primera fase le impactó, haciéndola mirar de soslayo hacia la puerta.

«Sois basura, ciudadanos del mundo», prosiguió leyendo.

«Imaginaos viajando con la única compañía de dos gatos, que lleváis en un amplio y cómodo transportín. Uno de los animales maúlla continuamente sobre los asientos traseros; el otro viaja cómodamente y en silencio. *Miau*, *miau*... Cambia el tono y la duración de los maullidos, pero no deja de incordiar ni un solo segundo. *Moooo*, *meeeu*, *mouuuu*, *miau*... Un gato al que jamás habéis maltratado y que, para más inri, es la enésima vez que viaja de dicho modo, y la enésima vez que maúlla como un descosido. Un animal que ha tenido la misma vida que el que se comporta a su lado. Imaginad, tras dos horas conduciendo con dichos molestos sonidos de fondo, cómo la rabia recorrería vuestras entrañas, cómo la sangre os herviría en las venas. Imaginad vuestras ganas de frenar en seco y lanzarlo por la ventanilla, o algo peor. La cuestión es que no admitiríais nunca vuestras inclinaciones. Al menos, no en voz alta ni ante otros. ¿Por qué? Porque sois unos cínicos. Fantasearíais con callarlo de los modos más crueles, pero a los demás les diríais que Rasca, Pelusa, Misha, o como diantres se llamara el maldito gato, siempre es un cielo. Que el gato no es consciente de lo que hace, etcétera, etcétera. Sois falsos. Los locos no son conscientes de sus actos, y a muchos los mandáis a la silla eléctrica. Y que conste que imaginar no es pecado. Pues así me siento yo todo el tiempo: como un pirata raro que, en vez de un loro parlanchín, lleva sobre el hombro un gato quejica. Lleno de rabia, tenso, con la sangre

borbotando, con ganas de mandar a la mierda a todo ser que se cruza en mi camino».

«Finge —pensó con un nudo en la garganta—, pero no puede estar más loco».

Ojeó las páginas siguientes sin detenerse a leer más de dos líneas seguidas de cada una, encontrando más divagaciones, a cada cual más disparatada, hasta toparse con su nombre escrito en mayúsculas: «EMILY HAYES».

Leyó lo que Eme había escrito sobre ella:

«Es la llave que abrirá el afecto de Alan. Sin ella jamás lograré que me vea como a su padre. Sin ella se cerraría en banda. Las palabras «es tu padre» han de salir de su boca. No puede hacerse de otro modo. Por eso no mataré a Richard. Cuando le enseñe el Times y vea que sigue con vida, habré dado el primer paso hacia su confianza, hacia la verdadera meta: Alan. No busco ser el marido de nadie: solo busco ser padre. La confianza fluirá como el agua de un río hacia el mar. Emily será mi comodín en una partida de cartas amañada. Y...».

Oyó chirriar la puerta.

Se giró impetuosamente.

—Te he avisado —dijo Eme con media cara roja e inflamada—: «Lo que esconde la puerta roja no va a gustarte».

Emily cayó de culo de puro susto, volcando la silla y la papelera, y se arrastró como un lagarto hasta quedarse encajonada bajo el escritorio. Paralizada y con unas pulsaciones insanas, habló titubeante:

—¿*Cócómo* te has *libeberado*?

—Alan ha vuelto a asomarse y le he pedido que me echara una mano. No tiene demasiada fuerza, pero entre los dos hemos conseguido aflojar los nudos.

»Me has dado un buen hijo.

Sin duda

Nueve días después
20:14

Michael buscaba un vídeo en Youtube —quería enseñarme no sé qué baile de moda— cuando oí abrirse la puerta del piso. Podía saber quién entraba simplemente prestando oídos. Si escuchaba pasos pausados y unas llaves cayendo sobre el mueble recibidor, era Joel quien acababa de llegar a casa. Roy solía llamar a Coco nada más pisar el recibidor, y dejaba las llaves sobre una de las mesitas de su cuarto.

—Hola, Shaun y Michael. Y Coco —nos saludó el exheroinómano.

El perro, tumbado al lado de Michael, quien parecía haber dado con el vídeo en cuestión, se incorporó y se acercó a Joel que, como todos los días al llegar del trabajo, le acarició la cabeza. Luego le susurró: «¿tu dueño aún no ha llegado?»

—Mirad, mirad.

Joel se sentó a mi lado y Michael se colocó delante del televisor, con sus piernas de alambre entreabiertas y la mirada puesta en sus espectadores.

—A ver si me sale.

—Al tanto, que esta va a ser memorable —bromeé.

—Intenta no hacerte daño, chaval.

Joel me siguió la broma.

Michael empezó a mover las manos por delante y detrás del cuerpo como si estuviera sufriendo un ataque epiléptico, mientras de fondo sonaba una música que el más corrupto de los policías hubiera calificado de «excesiva, incluso para un interrogatorio».

—La madre que me parió —espeté sorprendido; había que admitir que la plasticidad de Michael era envidiable.

—Dios santo —exclamó Joel—. Si hago yo eso se me caen los brazos.

Nuestro joven amigo rompió a reír y se dejó caer jadeante sobre el sofá, justo cuando volví a oír cómo se abría la puerta.

—¡Coco! —oímos los tres; y Coco salió corriendo en busca de su dueño.

—Pues ya estamos todos —dijo Joel.

Parecía que fue ayer cuando les busqué trabajo en una cadena de supermercados. Conocía al encargado de haber resuelto el asesinato de su anciana madre, apuñalada en plena calle por un puñado de dólares, como reza la película dirigida por Sergio Leone. Seis meses atrás, mi vida cambió de forma drástica: pasé de entrar en un piso vacío a uno que, contando a Coco, nunca lo estaba.

—Michael, enséñale a Roy el baile ese que acabas de hacernos —rogó Joel, sonriente.

Roy se sentó expectante al lado de Joel y Michael se puso de nuevo de espaldas al televisor.

Cuando el «bailarín» se disponía a oscilar los brazos como si fueran péndulos fuera de control, sonó mi teléfono móvil.

«Es del trabajo», avisé mientras me levantaba.

Me alejé de aquella música infernal.

—Dime, Allen.

—Oye, acabamos de recibir otra carta anónima que contiene el nombre del Rompefamilias.

—¿Otra?

—Sí. —La voz de Allen se percibía cansada—. Te leo: «Hola. Ayer estuve en Staten Island tomando copas con un amigo: Samuel Gilliam Godino. Bebió más de la cuenta y me confesó que había secuestrado y matado a varias madres y a sus hijos pequeños. Es mi amigo desde que éramos unos críos, pero no puedo guardarle un secreto así».

—Supongo que la carta está limpia.

—La tiene la Científica, pero sí, en principio no contiene huellas. ¿Puedes encargarte de comprobar si el tal Samuel da con el perfil?

—Claro.

—Mañana es sábado, y he pensado que a lo mejor querrías madrugar para pillarlo en casa.

—Eso mismo haré.

—¿Te envío la dirección a tu correo?

—Sí. Gracias.

—A ti. ¿Nos vemos mañana?

—Investigo al sujeto y me paso a haceros una visita. Seguro que la carta la ha enviado algún tipo al que el tal Samuel le debe pasta, o igual se ha tirado a su novia. Vete a saber. La chusma nos usa como arma. Esos cabrones no son conscientes del daño que hacen. En fin. Hasta mañana.

—Nos vemos.

Colgué y me quedé pensativo en medio del pasillo.

«Dos eses dentro de un corazón —pensé taciturno—. La firma del Rompefamilias no se filtró a la prensa. Y ese tipo se llama Samuel. En fin. Ya tengo con qué entretenerme».

10 horas y media más tarde

Amanecía en Staten Island.

Dejaba atrás media hora de conducción, y el reloj del salpicadero no marcaba ni las siete de la mañana. Me sentía agotado, pero asimismo lleno de esperanza. Apenas pude pegar ojo durante la noche que recién terminaba. Casi me planto en la puerta del sospechoso en torno a la media noche. Sin embargo, supe contener mis ansias de olfatear.

Antes de acostarme accedí al motor de búsqueda del que disponía el Departamento de Policía de Nueva York, y tecleé el nombre «Samuel Gilliam Godino». Mi sorpresa fue mayúscula: el sospechoso fue procesado por agredir a un médico de Urgencias. Su mujer, Samantha, y su hijo nonato, murieron a causa de una negligencia médica. El Rompefamilias nos había dejado dos eses en los jardines de las tres viviendas. «S y S: Samuel y Samantha». No dejaba de ser una prueba circunstancial, como otras que ya teníamos, pero esa prueba sin aparente peso consiguió robarme el sueño.

El tiempo parecía suspendido bajo la cálida luz que arrojaban las farolas, en torno a las cuales varios insectos revoloteaban desacompasados.

«Pasan los años y sigo siendo un cagaprisas», pensé, a la espera de que el reloj del salpicadero marcara las ocho de la mañana.

Me vi negando con la cabeza.

No había luz en las ventanas, y las que gozaban de persianas estaban bajadas; era demasiado temprano para estar aparcado ante la puerta de un sospechoso.

Cerré los ojos tratando de relajarme, pero enseguida los abrí de nuevo: me sobrevino un recuerdo desagradable.

«Uno puede olvidarse de casi cualquier cosa, pero no de una sangrienta escena del crimen. —Eché un vistazo a la puerta ante la que había aparcado—. ¿Y si quien duerme ahí adentro es un creador de sangrientas escenas del crimen?».

Samuel daba el perfil. Sí, compartía medidas con el asesino, conducía un todoterreno y vivía en una casa con sótano —las dos pequeñas ventanas a ras de suelo no dejaban lugar a dudas—, donde tranquilamente podría encontrar un perro correteando por sus pasillos. No obstante, me había visto antes en tesituras parecidas, que habían acabado en un callejón sin salida. Si algo me habían aportado los años, era cautela.

El reloj marcó las ocho. No esperé ni un segundo más: me apeé de mi Ford dispuesto a comprobar si Samuel Gilliam Godino era, como aseguraba la carta anónima enviada al departamento, un sádico secuestrador y asesino.

Samuel vivía en una casa de una planta, de ladrillo anaranjado y techo de tejas de color tostado, con un pequeño porche de vigas de madera blancas a juego con la carpintería del resto de la fachada. Una línea de setos bajos separaba el pequeño jardín delantero de la acera.

Llamé al timbre.

Tras esperar poco más de diez segundos, Samuel abrió y enseguida frunció el ceño al toparse con una sonrisa y una placa. Llevaba puesta una gorra, una sudadera, unos pantalones de chándal y unas zapatillas. Todas las prendas del mismo color: negro. Parecía haberle interrumpido allanando su propia morada.

—Buenos días, señor Gillian.

—Hola.

Samuel medía aproximadamente un metro ochenta, tenía la tez clara, la nariz aguileña, los ojos claros y el cabello del color de la miel, cortado por encima del hombro. Su voz era profunda y rasgada.

Recordé lo que Richard Hayes me dijo la última y la primera vez que conversamos: «Era rubio. Llevaba un pasamontañas, pero pude ver un mechón de pelo asomando por debajo. Tenía la voz rasgada, como la de un fumador o un alcohólico».

—Soy el detective Shaun Everett, y me gustaría hacerle un par de preguntas.

—¿No es un poco temprano para ir llamando a las puertas de los demás?

—A quien madruga, Dios le ayuda, ¿no?

Le mostré mi sonrisa «quitamiedos».

—Ya.

—¿Puedo pasar?

—¿Puede decirme a qué se debe su visita? ¿Alguien ha muerto en el vecindario?

—No, que yo sepa. Estoy investigando los crímenes del Rompefamilias. —Me fijé en su reacción—. Supongo que ha oído hablar del Rompe...

—Sí, sí... Cómo no. ¿Y por qué cree que puedo ayudarle?

No apreció sorpresa, al menos más allá de lo razonable; si un detective de homicidios llama a

tu puerta a las ocho de la mañana, lo normal es sentirte inquieto.

—Si me permite... —Señalé el interior de la vivienda con un ademán de mi mano—. Podemos conversar tranquilamente tomado un café. Aquí fuera hace fresco.

—Claro. Pase. Le ayudaré en todo lo que pueda. —Entré y él cerró a mi espalda, y después lo seguí por un largo pasillo bien iluminado—. Aunque, sinceramente, no sé cómo podría.

Entonces se me heló la sangre: un pastor alemán dobló la esquina al fondo del pasillo y corrió a los pies de su amo. Observé a Samuel mientras acariciaba al chucho y un tremendo escalofrío recorrió mi columna vertebral.

—¿Es de raza pura? —pregunté.

—Sí. Lo es. Bonito, ¿verdad? Vamos, Duque, ve al jardín a jugar.

El perro corrió hacia donde le había indicado su dueño, entretanto mi cabeza no dejaba de darle vueltas a la nueva ¿coincidencia?

—¿Puedo ver su coche?

—Claro. Pero... ¿Puede decirme qué busca exactamente? Creo que es lo justo, ¿no cree?

—Todavía no. Pero le prometo que lo sabrá antes de que me vaya.

Samuel tragó saliva y habló con voz titubeante:

—¿Sabe qué? Me lo he pensado mejor. Si no tiene una orden de registro... Estoy en mi derecho, ¿no?

—Claro. Pero el hecho de que se niegue a colaborar va a arrojar sospechas. No le interesa echarme, créame. Solo estoy procediendo con una inspección rutinaria. No tenemos nada en contra de usted. Después de aquí, me iré a la casa de al lado, ¿entiende?

Volví a mostrarle mi sonrisa «quitamiedos».

—No tengo nada que esconder, así que, sígame.

—Se lo agradezco.

La casa estaba limpia y recogida. De pasada, eché un vistazo al interior de las habitaciones que encontraba con las puertas abiertas o entreabiertas: no advertí nada que hiciera pensar que andaba tras los pasos de un psicópata.

«No me habría invitado a entrar. Hubiera pronunciado la recurrente frase «¿tiene una orden de registro?», para, mientras la consigo, borrar toda huella de los crímenes. Aunque tal vez ya esté todo limpio. En dicho caso, de ser Samuel el Rompefamilias, aquí no hallaré ningún niño ni ninguna mujer, pues ya descansan bajo tierra».

Se detuvo ante una puerta de color nogal.

—Adelante.

Con un ademán, me mostró el camino.

Crucé la puerta y me topé con un flamante Chevrolet Tahoe último modelo.

—Menudo cochazo —espeté.

—Me gusta salir a cazar, así que...

—Ya.

Me agaché para observar el modelo de los neumáticos y, por segunda vez en poco tiempo, el corazón me dio un vuelco: coincidían con los obtenidos a partir de las huellas encontradas en el jardín de los Hayes.

—Bien. Pues es todo.

—¿Ya?

Samuel sonrió al fin.

—Se lo he dicho: pura rutina. De todos modos, he de pedirle que no abandone su vivienda en

las próximas horas.

Samuel volvió a ponerse serio.

—¿Y eso por qué?

—Dos de mis compañeros vendrán a hacerle unas preguntas.

—De acuerdo.

—Conozco el camino hasta la puerta. Gracias por su tiempo.

Le di la espalda. Antes de hacerlo, pude ver miedo en sus ojos.

Anduve pensativo por el pasillo y me dispuse a abandonar la vivienda, pero antes de tocar el pomo me volví con el ceño fruncido. Samuel me observaba desde el fondo del pasillo.

—Una última cosa, señor Gillian. ¿Ha estado usted tomando copas con alguien en los últimos días?

—¿Por?

—Conteste, por favor.

—Los martes y los jueves suelo salir con mis colegas de caza.

—¿Cuántos son?

—Una docena, pero no siempre salimos todos.

—De necesitarlos, ¿podría darme sus nombres?

—Claro.

—Gracias.

Salí de la casa y entré en mi coche, aparcado a poco más de diez metros del porche, y marqué el número de Brian Allen. Mientras oía sonar los tonos, pensé: «No servirá de nada hablar con sus colegas. Uno de ellos nos lo ha entregado en bandeja, pero ha rogado permanecer en el anonimato, y después del favor que le ha hecho a la ciudad de Nueva York, es lo menos que podemos hacer. Además, quien envió la carta negará toda implicación con los hechos».

—Dime, Everett.

—Creo que Samuel Gilliam Godino es el Rompefamilias.

—¿Qué? Repite.

—Me has oído perfectamente.

—¿Estás seguro?

—¿Seguro? No. Pero bastante convencido. Todo apunta a que es nuestro hombre: estatura, color de cabello, tono de voz, raza del perro, marca de los neumáticos, tipo de vivienda... La firma: las dos eses coinciden con su inicial y la de su mujer, a quien perdió, junto a su hijo nonato, de una forma injusta. ¿Te parecen pocos indicios?

—Dios santo. —Oí la distante voz de Vega: «¿Qué pasa?»—. Everett dice que Samuel Gilliam puede ser el Rompefamilias.

«¿¡Qué!?». Imaginé a Vega levantándose de su silla como si su respaldo estuviera en llamas. Todos en el departamento sabían que Shaun Everett no hacía acusaciones en vano.

—Pido una orden de registro y vamos para allá cagando leches.

—Oye, que el fiscal Olsen hable con el juez Petersen. Que le dé un recado de mi parte. Eso acelerará el proceso. Toma nota, anda.

—Un momento. —Me dejó en espera—. Vale, dime.

—Que le diga al juez que «Shaun dice que Chicago corre más que Las Vegas». Él lo entenderá.

Percibí un largo silencio que me mosqueó.

«¿Me ha colgado?».

—¿Allen, estás ahí?

—Que no abandone su casa, Everett.

—Avisad a la...

Colgó, dejando mi petición en el aire.

—... a la puta Policía Científica. ¡Joder!

Por poco estampo el móvil contra el salpicadero.

Me sobresaltaron dos golpecitos en el cristal.

Miré hacia mi izquierda y aún pude ver los nudillos de un uniformado.

Bajé la ventanilla.

—Hola, señor —saludó un joven afroamericano al tiempo que efectuaba el saludo militar. Tras él, su compañero, en apariencia latino, observaba con gesto serio—. Nos han dicho que necesitaba usted refuerzos. Patrullábamos por la zona y...

—Ah, bien. Los refuerzos siempre vienen bien. En fin. Encargaos de vigilar el jardín trasero. Yo me ocupo de la puerta principal. No creo que intente escapar, pero mejor asegurarnos. Gracias, oficiales.

—De nada, señor.

Alfred King —la placa identificativa en su uniforme me reveló su nombre— le echó una fugaz mirada a su compañero y ambos se dirigieron a paso ligero hacia la parte trasera de la vivienda.

Me quedé más tranquilo.

Una hora después se personaron en la vivienda dos agentes de la Policía Científica, William Herrero y Manuel Rodrigues, viejos conocidos, y media hora más tarde, los detectives al frente de la investigación, con la ansiada orden de registro.

«¿Qué significa todo esto?»: fue lo primero que dijo Samuel Gillian al ver a cinco agentes irrumpiendo en su casa tras enseñarle una orden firmada por un juez. Teníamos lo suficiente como para esposarlo, leerle sus derechos y arrastrarlo a una sala de interrogatorios. Pero antes registraríamos su vivienda a fondo, y para eso necesitábamos tenerlo cerca; tal vez tuviera que abrirnos algún cajón o puerta cerrados con llave.

Cuando el detenido escuchó las palabras: «Queda usted detenido por el secuestro de Jennifer Wilson y su hijo Scott, el de Sofía Petrick y su hijo Ben, y el de Emily y Alan Hayes, y los asesinatos de Harry Wilson y Terence Petrick», rompió a llorar mientras los oficiales lo agarraban por los brazos, asegurando una y otra vez no haber matado ni secuestrado a nadie en su vida. Algunos lloran al advertir el fin del trayecto; otros se desmayan; algunos sonríen; pero muy pocos, a no ser que no les quede otra, admiten sus crímenes.

Procedimos a revisar las habitaciones. Alfred King y su compañero, Ángel Fernández, se ocupaban de custodiar al detenido mientras nosotros, los sabuesos, olfateábamos dentro de cajones y armarios, bajo las camas, tras los sofás, detrás de las cortinas...

—¿Todo esto te cabe por el ojete? Vaya, pues no es moco de pavo —dijo Vega mientras ondulaba al viento un consolador de plástico de al menos treinta centímetros de largo y tres dedos de ancho, recién sacado del primer cajón de una de las mesitas del dormitorio de Samuel —. ¿O lo usabas con tus víctimas, eh, *hijoputa*?

Los ánimos empezaban a caldearse. Lo perpetrado por Samuel Gilliard no tenía perdón, pero ningún jurado le había condenado; y hasta que eso ocurriera no debíamos vulnerar la presunción de inocencia.

—Lo usaba cuando venía tu madre.

La contestación de Samuel me sorprendió.

—Haya paz, señores —dije con tono apaciguador, colocándome entre Vega y Samuel—. Ya habrá tiempo de charlar acaloradamente. Ahora es tiempo de rastrear.

Vega le lanzó una mirada cargada de asco al esposado y volvió a centrarse en encontrar pruebas incriminatorias.

Le hicimos atar al chucho a un poste mientras revisábamos el jardín. Samuel no dejaba de proclamar su inocencia.

—Mirad esto —dijo Herrero en voz alta, acuclillado al lado de la valla de madera blanca. Todos nos acercamos, incluidos los oficiales y el esposado—. Son marcas relativamente recientes, pero...

Vega, Allen y yo nos miramos con una expresión que combinaba la satisfacción y la angustia: William Herrero, con su mano enguantada, señalaba dos eses dentro de un corazón.

—¡Yo no he hecho esas marcas!

Los oficiales tuvieron que contener al detenido.

—Condúcenos al sótano —rogó Allen, mirando fijamente a los ojos de Samuel, que seguía proclamando a gritos su inocencia: «¡Esto es un error!»—. Acabemos de una vez con esto.

—¡Se lo juro, agentes, yo no he hecho ese dibujo!

—Tranquilo, esas marcas son lo de menos. Ahora, condúcenos al sótano, haz el favor.

Samuel agachó la cabeza y anduvo hacia el lugar indicado. Aún era pronto para que se resignara a perder la partida, pero su mirada empezaba a mostrar aceptación.

Bajamos por unas escaleras estrechas de peldaños oscuros. No era de esos sótanos donde uno celebra un cumpleaños, sino más bien de los que se usan como trastero o despensa.

Allen posó su mano sobre mi hombro mientras Herrero y Rodrigues empezaban a inspeccionar y, mientras me miraba sonriente de soslayo, susurró: «Parece que al fin...».

Dejó la frase a medias. No obstante, sus palabras resumieron el sentir general.

—Eso parece —susurré asimismo satisfecho.

Herrero y Rodrigues tenían mucho donde mirar, pero empezaron por el objeto más grande de la habitación: un congelador horizontal. Ya lo dice la expresión: «Burro grande, ande o no ande».

—¿Por qué tienes un congelador tan grande? —le pregunté a Samuel, que observaba desde el último peldaño de las escaleras proceder a los criminalistas.

—Se lo he dicho: soy cazador y ahí conservo carne de mis capturas.

—Ya.

«Cazador. Capturas…».

Herrero abrió la puerta del electrodoméstico y sacó lo que parecía una pata de ciervo protegida con *film* transparente, y nos la enseñó como si fuera un objeto de subasta. Después se inclinó y empezó a amontonar piezas a un lado, tratando de alcanzar su fondo.

—¡Joder!

El criminalista retrocedió y nos instó a que echáramos un vistazo donde él y su compañero fijaban sus miradas.

Fui el primero en asomarme al interior del congelador.

Entre la carne congelada destacaba una cabeza cercenada, envasada al vacío. Sus pupilas petrificadas parecían reflejar el rostro de Samuel Gillian Godino, y sus labios azulados querer decirme algo.

«No has podido salvarme».
Reconocí a Emily Hayes nada más verla.

Susurros

Tres horas después

—Lo negará todo —aseguré. Al igual que yo, el capitán Quesada observaba el intenso interrogatorio desde el otro lado del espejo unidireccional—. Su abogado ya le ha transmitido las instrucciones pertinentes. De momento solo podemos demostrar la muerte de Emily, y el letrado lo sabe.

—Hace su trabajo, al igual que nosotros. Ahora nos toca dejarlo en pañales. Esto no ha hecho más que empezar. Reuniremos todos las pruebas, que no son pocas, y el fiscal lo mandará de patitas a la cárcel de por vida. Que quede entre nosotros, Shaun, pero a estas alturas me importa un bledo si es por un asesinato o por ocho. Lo que me importa es que no vuelva a ver la luz del sol en libertad.

—Puede que a ti no te importe, pero ¿qué hay de las familias de sus víctimas?

Dentro de la sala de interrogatorios, Brian Allen palmeó la mesa donde se adherían las esposas del detenido.

—¿Dónde están los cuerpos de las demás víctimas? ¿Los enterraste?

Samuel, agarrándose la cabeza con ambas manos, contestó sollozante, por enésima vez, «no lo sé». Su cuerpo oscilaba como un péndulo mal engrasado, mientras sobre la mesa descansaban fotografías de Jennifer y Scott Wilson, Sofía y Ben Petrick y Alan Hayes.

Su abogado no hacía más que susurrarle: «Estás en tu derecho de guardar silencio».

«En silencio te iba a dejar yo», pensé tras cada consejo.

—Te guardaste la cabeza como trofeo, ¿verdad? —preguntó esta vez Vega—. ¿Dónde está Alan Hayes? ¿Lo enterraste en tu jardín?

Samuel negó de nuevo con la cabeza.

De la noche a la mañana su vida se había ido al traste, y ahora solo veía una salida: negar toda implicación con los hechos. Lo había visto antes: hombres que juraban y perjuraban no tener nada que ver, cuando las pistas pesaban tanto como sus crímenes. Samuel se creyó más listo que nosotros, y durante un tiempo lo fue. Sin embargo, una confesión en estado de embriaguez y un confidente con conciencia, le habían puesto con pie y medio en la cárcel. El Rompefamilias, el metódico asesino que nos había atormentado durante años, no era más que un psicópata que un día se vio capaz de saciar sus instintos sin pagar las consecuencias.

Horas después

La mirada congelada de Emily Hayes no dejaba de aparecérseme en sueños. Cada vez que cerraba los ojos, sus labios azulados susurraban «no has podido salvarme».

Cuando mi cuerpo parecía dispuesto a rendirse al cansancio, sonó el timbre de mi piso y me

espabiló.

«¿Quién llamará a estas horas?».

Miré el reloj que descansaba sobre mi mesita de noche: las dos y media de la madrugada.

Desenfundé mi nueve milímetros y salí al pasillo, donde me topé con Roy.

—¿Quién será? —preguntó con una expresión cercana al canguelo.

—No lo sé, pero tú métete en tu cuarto. Y no salgas.

Un segundo «*ding-dong*» acabó de alterarme del todo.

«Como sea Jada te juro que la mando a tomar viento».

Miré por la mirilla con la pistola en alto y me topé con los ojos hinchados de Richard Hayes.

«¿Qué coño hace este aquí?».

—Un momento.

Regresé a mi habitación y devolví el arma a su sitio.

Entreabrí la puerta.

—Richard —susurré con tono de sorpresa—. ¿Qué hace aquí a estas horas?

—Necesito hablar con usted.

—¿No puede esperar?

—No. Lo siento.

—Pues pase, entonces. —Abrí del todo—. Vayamos al salón.

—Gracias.

La voz de Richard era la de un hombre afónico de gritar, y sus ojos, inyectados en sangre, los de un hombre que había recibido la peor noticia de su vida.

Nos sentamos a la mesa del salón.

—Siento mucho...

—No, detective, déjese de formalidades. Vengo a que me dé la lista de sospechosos del caso. No puede negármela. Ya no. Sus compañeros se cierran en banda, pero sé que usted es un buen hombre y no me negará el derecho a buscar a mi hijo.

—¿Para qué quiere esa lista? Samuel Gillian...

—Sí, sí... Han atrapado al Rompefamilias. Pero mi hijo no aparece, ni sus demás víctimas, y la incertidumbre me está matando. Algo no cuadra. Tal vez tuviera un cómplice. La casa estaba limpia, ¿no? Digo de restos de los demás miembros de las familias. No hay rastro de que haya retenido a nadie aparte de a mi mujer, ¿verdad?

—Cierto. Pero aún es pronto. La Científica sigue trabajando en la escena.

—¿Y si fueron dos? ¿Y si existe otro sótano? Tal vez las demás víctimas estén allí. Hasta que no vea el cadáver de mi hijo, detective, como hoy he visto la cabeza de mi mujer, no dejaré de buscarle.

—¿Cree que alguien ayudó a Gillian a perpetrar los crímenes?

— Sí. Y ese alguien es quien tiene a mi pequeño.

—Entiendo su frustración, pero no puedo darle esa lista. Después de visitarle al hospital le rogué que en cuanto le dieran el alta se pusiera en contacto conmigo. Pero nunca lo hizo, y además ignoró mis mensajes y llamadas.

Hayes se inclinó hacia delante y me cogió de la mano.

—Acabo de enterarme de que a mi mujer le cortaron la cabeza, que la envasaron al vacío y la metieron en un puto congelador...

Los ojos de Richard se tiñeron de un rojo intenso.

—El Departamento de Justicia facilita una web donde usted mismo puede buscar

delincuentes sexuales por estados, territorios... Que quede entre nosotros, señor Hayes, pero esa base es la misma que usamos nosotros.

Mentí. Comprendía su dolor, pero necesitaba que se largase a incordiar a otra parte. Mi conciencia no estaba tranquila, y necesitaba paz; no más peso sobre mis hombros. Nuestros esfuerzos no fueron suficientes para salvar a su esposa y, probablemente, tampoco lo serían para salvar a su hijo. No obstante, Hayes debía entender que su cometido no era buscar supuestos cómplices del Rompefamilias.

Se levantó impetuoso. Las patas de su silla lamieron el parqué, rompiendo la tranquilidad de la madrugada. Me extrañó que ni Roy ni Joel asomaran la cabeza.

—No se centren en Samuel Gillian. Ha de haber alguien más. Es tan evidente que me sorprende que no lo vean. El Rompefamilias no es una sola persona. Investiguen a sus amigos y a los depredadores sexuales de la ciudad. Es probable que se metiera en la Internet Profunda, encontrara a otro de su calaña y se confabularan para cometer los crímenes. Cosas más raras se han visto, ¿no cree, detective?

»Hagan algo, por Dios, pero hagan algo diferente, porque lo que han hecho hasta ahora no ha servido para salvar a nadie.

Richard Hayes, tras lanzarme una fiera mirada, caminó hacia la puerta con pasos flemáticos y abandonó mi piso como había entrado: a deshoras.

A solas de nuevo con mis pensamientos, sufrí el ataque de un pesimismo desolador:

«Espero que pronto aparezcan el resto de los cadáveres, y podamos descansar en paz de una maldita vez».

Al día siguiente, los criminalistas localizaron sangre de Alan Hayes en la esquina de una pared del sótano. Sin embargo, no conseguimos dar con el resto del cuerpo de su madre ni de ninguna otra víctima de Samuel Gillian Godino, conocido como el Rompefamilias.

Samuel se declaró inocente en uno de los juicios más mediáticos que recordaba, pero no por eso evitó ser condenado a ocho cadenas perpetuas sin posibilidad de libertad condicional. Aun sin la mayoría de los cuerpos del delito, el rotundo peso de las pruebas periciales probó la comisión del delito. Evidentemente, con el resto de los cuerpos hubiera resultado más fácil conocer determinados aspectos de los crímenes, pero las familias rotas por el Rompefamilias obtuvieron la justicia que podíamos darles. Los esfuerzos del abogado defensor de Gillian, que hizo desfilar por el estrado a todo tipo de testigos asegurando haber estado con el acusado mientras se cometían los crímenes, no fueron suficientes para salvar a su cliente. La cabeza de Emily, la sangre de su hijo Alan, los pelos del perro —que se demostró pertenecían al pastor alemán del acusado—, las marcas de neumático, la firma del asesino... El fiscal desmontó las teorías conspiratorias del abogado defensor probando que ninguna puerta ni ventana de la casa había sido forzada, ni el acusado interpuesto denuncia alguna por allanamiento. El jurado dictaminó, dando carpetazo a mi relación con el caso, que las pruebas aportadas por el fiscal demostraban, más allá de la duda razonable, que Samuel Gillian Godino era culpable de los hechos que se le imputaban.

De buscar los cuerpos restantes se encargaba el FBI.

El caso Rompefamilias estaba cerrado.

Al menos para Shaun Everett.

Los hombres malos

28 horas después de la muerte de Emily Hayes

Eme se acuclilló ante Alan, cansado de escuchar sus ruegos. Su hijo llevaba medio día lloriqueando, preguntando incesantemente por su madre.

—Tu madre incumplió las normas y salió a la calle a dar un paseo, y los hombres malos se la llevaron. Tenía ganas de salir, como tú, pero no me hizo caso. Y los hombres malos la engañaron, hijo. Se hacen pasar por policías y... Lo siento, *pichulín*, pero a mamá le han pegado un tiro en la cabeza.

Alan rompió a llorar. Su corta edad no impidió que entendiera que jamás volvería a ver a su madre. Su captor no desaprovechó la ocasión de infundirle un poco más de miedo a abandonarle. Las sesiones de lavado de cerebro, en las que Emily colaboró engañada, estaban dado sus frutos.

—Tranquilo, *pichuflín*. Trasladaré mi despacho aquí abajo y más adelante podrás subir a la primera planta. Estaremos bien, ya verás. Papá irá mañana a la tienda y te comprará una Xbox series X.

Alan se sorbió los mocos y se enjugó las lágrimas con el dorso de las manos, y habló hipando:

—¿Una series X?

—Y el juego que tú quieras de la Nintendo Switch.

El niño curvó suavemente la boca. Una leve sonrisa empañada por sus ojos hinchados y los mocos que se colaban por su boca.

«Todo está saliendo de maravilla —se vanaglorió Eme—. Las cadenas de noticias no hacen más que hablar de la detención del Rompefamilias.

»Gracias por todo, Emily».

La foto perfecta

14 meses después

«PEDERASTAS Y PEDÓFILOS:

-Erik Parkes: descartado.

-Dario Torres: divorciado y con un hijo de cuatro años que vive con su madre en custodia total. Frecuenta escuelas y parques infantiles, donde se sienta a observar a los niños. Le he visto frotarse los genitales más de una vez. Pero vive en una casa de madera de setenta metros cuadrados sin sótano ni buhardilla. Improbable.

-Ray Joos: descartado.

-Arthur Calder: cumplía condena en una cárcel federal cuando sucedieron los secuestros. Descartado.

-John Lee: hallada pornografía infantil en su casa, en un cajón cerrado con llave. Casado y con tres hijos. Abogado. Descartado tras registrar su vivienda.

-Liam Smith: durante las tres semanas que lo he estado vigilando, ha conducido varias veces y sin aparente rumbo por varias urbanizaciones. Tal vez esté buscando una parcela donde construirse una casa. O esté buscando el lugar perfecto para actuar de nuevo. Su vivienda no parece la de un secuestrador. Ni siquiera tiene sótano. No obstante, es uno de los indeseables que más se acerca al perfil. Pendiente de investigar a fondo.

-Michael Landry: descartado.

-Ralph Smith: casado y con hijos de edades similares a las de los menores que aparecen en la pornografía que encontré en su casa. Un depravado, pero no es mi hombre. Descartado.

-Ehab Suliman: descartado.

-Peter Watts: tras seis días de vigilancia, esta tarde ha entrado en una tienda de ropa infantil y ha comprado unos calzoncillos, unas braguitas, dos pantalones cortos y sendas camisetas de tirantes. Las prendas eran para niños de edades comprendidas entre los cinco y los seis años. No está casado, no tiene hijos ni sobrinos ni, en principio, amigos, y vive en una casa con sótano y buhardilla. Posible».

Cerré mi bloc de notas al advertir que Watts salía de casa a la misma hora «de siempre»: sobre las siete de la mañana.

«Puedo tomármelo con calma. Ese pedófilo cabrón —pensé asqueado—, enano rechoncho y pelirrojo de mierda, no volverá hasta pasadas las seis de la tarde».

La puerta del jardín trasero parecía enclenque; le había echado el ojo días atrás, por si, como con las moradas de la mayoría de los anteriores tarados, me decidía a allanarla. Las prendas para niños que había comprado el día anterior me dieron el pistoletazo de salida.

Los pedófilos como Watts no eran mi prioridad, pero me vi incapaz de pasarlos por alto. He de admitirlo: mis esperanzas eran prácticamente nulas, pero no pude quedarme de brazos cruzados mientras mi hijo se hallaba en paradero desconocido. Vivo o muerto, necesitaba dar con

él. Vendí el chalé donde todo empezó por seis millones doscientos mil dólares, y me compré un piso de un millón y medio en el Bajo Manhattan. Por tanto, tenía dinero más que suficiente como para vivir sin pegar palo al agua el resto de mi vida. Lo cierto es que mi mente no estaba para desempeñar trabajo alguno, a excepción de acechar a pedófilos y pederastas; para tal menester, mi mente funcionaba como un reloj suizo.

Todos los cajones y puertas cerradas que me había topado hasta el momento habían sucumbido a mi pata de cabra, y no tenía constancia de que ninguno de los damnificados hubiera puesto ninguna denuncia por allanamiento; uno no llama a la Policía cuando esconde secretos que harían vomitar a un buitre.

Recordé algunas de las sucias y desordenadas habitaciones donde los pedófilos miraban su preciada pornografía infantil, y ya de paso trataban de incrementar, vía dark web, su colección privada. Me resultó curioso que, aun estando el resto de las casas relativamente limpias, dichas habitaciones siempre estuvieran descuidadas. Cada vez que entraba en uno de esos cuartos oscuros, me sentía como una rata husmeando entre la basura.

Me sobrevino el recuerdo del olor a semen que tuve que soportar en la casa de John Lee, mi quinto señalado.

«No debí llevarme ese maldito pañuelo a la nariz»: el simple hecho de evocarlo me provocó náuseas.

Cogí la pata de cabra del maletero y la oculté debajo de mi abrigo. También una pequeña linterna, que guardé en uno de sus bolsillos. Me puse unos guantes de cuero, crucé la calle y salté la valla cuando nadie miraba, y anduve a hurtadillas sobre la fina capa de escarcha que cubría el descuidado césped del jardín de Peter Watts, hasta alcanzar la puerta destartalada que daba al interior de su vivienda. Una manta de nubes negras ocultaba los rayos de sol, concediéndole al ambiente una fúnebre amalgama de tonos grises. El vaho que desprendía mi boca era lo único caliente en las inmediaciones, pero duraba poco: una brisa helada como el hierro congelado lo arrastraba al poco de rozar mis labios.

Hice palanca y la puerta cedió, como un bote a la furia del mar.

Entré sin miedo. Llevaba tiempo sin sentir respeto por nada ni nadie, y un hombre sin miedo es casi un suicida. Desde la muerte de Emily, la parca me parecía el único medio para volver con ella.

¿Qué peligro me suponía un depredador sexual? La experiencia me había enseñado que únicamente resultaban un peligro para sus víctimas y sus familiares, que eran cobardes ocultos bajo nombres de usuario, desequilibrados conscientes del daño que hacían y que, a pesar de todo, seguían buscando niños con los que iluminarse los ojos; mentes desviadas que trastocaban los sentimientos de cuidado, respeto, amor y ternura que los cuerdos sentíamos por esas indefensas criaturas, por deseo sexual. ¿Miedo yo a esas mierdas andantes? Mis temores se fueron con mi familia. Si Peter Watts me sorprendía registrando su casa, le daría su merecido.

Las persianas, aunque bajadas, dejaban pasar la suficiente luz como para que pudiera caminar sin necesidad de encender mi linterna. Dejé atrás el recibidor y entré en el salón. A mi derecha se abría un pasillo oscuro, donde presentí encontraría los dormitorios y, sin miedo a equivocarme, el cuarto donde Watts se mataba a pajas.

Encendí la linterna y revisé el salón socorrido por su haz de luz.

«Aquí no debería estar “lo bueno”».

Me metí en el pasillo. Una puerta a cada lado y una al fondo. La última resultó ser la cerrada con llave. Metí el extremo de la pata de cabra en el canto de la puerta y me dispuse a hacer

palanca, pero no llegué a tirar del hierro. A mi izquierda, en un rincón de la sombría habitación del sospechoso —la ropa tirada en el suelo me condujo a deducir que allí dormía Watts—, distinguí un armario antiguo de madera con la puerta entreabierta. El mueble, aun estando inmerso en penumbra, centró mi atención, como si sobre él cayera un haz de luz celestial. Dejé caer la palanca, me acerqué linterna en mano y lo abrí con calma, y lo llené de luz artificial.

«¿Qué diantres…?».

El armario estaba vacío, a excepción de dos prendas de ropa, colgadas de perchas.

«¿Un armario para solo dos prendas? —Agudicé la vista—. Espera. Eso no es ropa».

Lo que tenía delante era un muñeco y una muñeca hinchables. El muñeco tenía pene y la muñeca la característica boca abierta en forma de O, y llevaba puesta una peluca morena. Los artículos, supuse que conseguidos vía internet, estaban modificados. Watts le había colocado a la muñeca las braguitas y al muñeco los calzoncillos que yo mismo le había visto comprar. Pero lo que verdaderamente heló mi sangre, fue advertir que el pedófilo había cortado las extremidades de los «juguetes» con la intención de que parecieran niños pequeños.

«Tendría que quemar la casa con él dentro», pensé mientras observaba aquellos espantajos siniestramente cabezones.

Registré el resto de la habitación, pero no encontré pistas sobre el paradero de mi hijo. Reventé la puerta cerrada con la pata de cabra, sin poder quitarme de la cabeza el contenido del armario. No hubo sorpresas: paredes blancas con alguna que otra estantería llena de libros y trastos electrónicos, un escritorio, una silla con ruedas y un ordenador de sobremesa.

«Todos los pedófilos parecen cortados por el mismo patrón».

El primer cajón del escritorio estaba cerrado con llave —algo habitual en cuartos como aquel —, así que volví a echar mano de mi preciada palanca. Si los muñecos hinchables habían conseguido helarme la sangre, lo que encontré dentro de aquel cajón consiguió hacérmela hervir. Amontonadas unas sobre las otras, hallé diez fotografías tomadas con una cámara instantánea. Desfilé ante mis ojos las imágenes donde Scott Wilson y Ben Petrick, los dos primeros niños secuestrados por el Rompefamilias, aparecían desnudos, tocándose el pene y besándose, mientras sus rostros evidenciaban lo mal que lo estaban pasando. Las sucias mejillas de los pequeños conservaban surcos formados por lágrimas recientes, y sus inocentes miradas albergaban incomprensión. Imaginé al pederasta, cámara en mano, esperando a que dejaran de llorar para obligarlos a tocarse, dispuesto a tomar la foto «perfecta».

Una arcada seca resonó entre el silencio.

«Dios santo. ¿Cómo alguien puede ponerse con esta mierda?».

No encontré ninguna fotografía de Alan. De haberlo hecho, me habría desmayado.

Allí encontré el miedo que había perdido; temí que hubieran obligado a mi hijo a posar como aquellos dos pobres niños.

Recuperado el aliento, intenté acceder a su ordenador, pero no di con la contraseña. Registré la buhardilla y el sótano, pero no encontré signos de que allí hubiera estado nadie cautivo. No me quedó otra que esperar a que Watts volviera del trabajo y obligarlo a dar explicaciones.

Mi mente solo contemplaba una posibilidad: Peter Watts y Samuel Gillian perpetraron juntos los secuestros y los asesinatos. Dos hombres para un mismo alias: el Rompefamilias. Tras la detención de Gillian, Watts borró todo rastro de los crímenes.

«Nadie ha estado tan cerca de la verdad», pensé mientras caminaba hacia la cocina.

Cogí un botellín de cerveza de la nevera y le di un largo trago, ansioso por que el tiempo corriera; ardía en deseos de estar cara a cara con Peter Watts.

«Debería avisar a la Policía —consideré—. Bah. Para qué, ¿para que empiecen con sus rollos legales?: “No podemos registrar la casa sin una orden...”; “El juez no ve indicios de causa probable...”; “No puedo darle la lista de los investigados porque *bla, bla, bla*...”. He conseguido las pruebas allanando una morada. No. De momento, la Policía se queda al margen».

Nueve horas y doce minutos más tarde

«Ya era hora, joder».

Advertí que alguien abría la puerta al final del pasillo. La calma era tal en torno a mí, que hubiera podido percibir el batir de las alas de un mosquito al otro lado de la habitación.

No me levanté hasta que Watts encendió la luz del salón.

—¿Quién coño eres tú?

No me dio tiempo a contestar: Watts arrancó a correr hacia la puerta de salida.

—¡He visto las fotos de los niños! —grité cuando ya giraba su pomo—. ¡Si no quieres que se las mande a la Policía, vuelve y habla conmigo! —Watts se mantuvo con el pomo agarrado—. ¡No he venido para hacerte daño, ni siquiera para delatarte: solo quiero saber de dónde las has sacado!

—Yo no he tomado esas fotografías —aseguró mientras soltaba el pomo y se volvía hacia mí.

—Te creo. Ven y cuéntame cómo cayeron en tus manos, o de lo contrario te pudrirás en la cárcel.

«Si fuera el Rompefamilias, habría seguido corriendo sin mirar atrás, o, en todo caso, intentado deshacerse de mí. Pero este tío no tiene agallas para allanar, matar y secuestrar».

Watts volvió sobre sus pasos y se detuvo receloso a un par de metros del umbral del salón, donde yo le esperaba con cara de no haber roto un plato en mi vida. El pedófilo me apartaba la mirada, sabedor de que conocía sus oscuros secretos.

—No tengas miedo. Solo quiero que hablemos largo y tendido. Luego me largaré por donde he venido y no volverás a saber de mí.

Me aparté de la puerta y le ofrecí pasar al salón de su propia casa con un ademán de mi mano.

Peter entró con expresión sumisa.

Me coloqué a su espalda y eché mano de mi pata de cabra, sujeta bajo mi abrigo gracias a mi cinturón, y le aticé con ella en la nuca. Watts hincó las rodillas y un segundo palancazo lo dejó tumbado bocabajo.

«Este tío aguanta bien los golpes», pensé mientras observaba cómo se arrastraba como una serpiente por una alcantarilla, rumbo a ninguna parte.

—¿Creías que después de ver las fotografías íbamos a ser amigos?

Le asesté un tercer palancazo entre oreja y oreja, y su cuerpo dejó al fin de moverse.

Diez minutos después, Watts se despertó sobre una silla, maniatado y amordazado, como a mí me mantuvo el Rompefamilias.

—Habla. ¿Dónde están Scott Wilson y Ben Petrick?

—¿Quienes? Necesito ir a un hospital, tío.

La camiseta de Peter estaba más roja que blanca.

—Tranquilo: saldrás de esta. Y no te hagas el tonto, o no lo harás. ¿Dónde están Scott Wilson y Ben Petrick?

—Es la primera vez que oigo esos nombres. ¿Quiénes son?

—Los niños que aparecen tocándose en las fotografías.

—Yo no he tomado esas fotos. Me las vendió un tipo que encontré por la Internet profunda.

—¿Cómo? ¿Te las dio en persona? Y te diré algo: miénteme, y volveré para torturarte hasta la muerte. Si me dices la verdad, tus mierdas quedarán entre nosotros. Yo solo quiero encontrar a mi hijo.

—¿Es uno de ellos?

—No. Pero creo que lo tiene quien echó esas fotos. Probablemente lo secuestró después de tomarlas. ¿Cuánto pagaste por ellas?

—Cinco mil dólares.

—Eres un puto tarado, ¿lo sabes?

—Lo sé.

—¿Ah, sí?

—Supongo que has visto los muñecos.

—Sí.

—No es lo que parece.

—¿Ah, no? ¿Los usas para jugar a las muñecas?

—Esos objetos me sirven para calmar mi enfermedad, para no salir a la calle en busca de un niño al que manosear mientras le babeo la cara. Usted no sabe lo que es estar en mi pellejo. Con esos muñecos mantengo a raya la lascivia y el sadismo, ¿entiende? No quiero volver a hacerle daño a ninguna familia, ni a pisar la cárcel. Me limito a los sueños dulces y a jugar con mis juguetes, y...

—¿A darle a la zambomba mientras miras pornografía infantil?

—Sí.

—Lo que pagaste por esas fotografías fomentó que quien las tomó siguiera haciendo de las suyas. Eres tan culpable como el Rompefamilias del daño psicológico, probablemente irreparable, que han sufrido esos dos niños. —Watts frunció el ceño. Realmente parecía no saber a quién le había comprado las fotografías—. Eres escoria, seas o no consciente de ello e intentes o no contener tus instintos. No siento la más mínima lástima por ti. ¿Crees que por intentar refrenar tus instintos, recortando brazos y piernas de muñecos hinchables, eres mejor que los demás pedófilos? Luchas por no convertirte en un pederasta, lo entiendo, pero eso no significa que tus actos no destrocen vidas. Compras pornografía infantil, y ese hecho debería estar penado con un tiro en los huevos. —Watts tragó saliva—. Ahora, con calma, explícame cómo se produjo el intercambio. Supongo que no usasteis cuentas bancarias y una empresa de paquetería como las personas corrientes. Si tus explicaciones me convencen, no avisaré a la Policía y no te pudrirás a la sombra; si no, es probable que se me crucen los cables —como ves, últimamente los tengo un poco pelados—, y prenda fuego a esta casa contigo dentro. Si me mientes, tarde o temprano lo sabré. ¿Te seduce la idea de arder junto a tu preciada pornografía infantil? —Watts negó con la cabeza—. Eso imaginaba.

En el bosque

Tres semanas y cinco días después

Lo descubrí a través de las lentes de mis prismáticos, estando yo acuclillado entre dos pinos que parecían estar cogidos de las ramas. Salió al porche en gayumbos y se desperezó de forma llamativa; oí su bostezo, y eso que nos separaban más de cien metros. Su pelo despeinado, sus piernas repletas de tatuajes, sus calzoncillos sucios con la goma suelta, dejándole al descubierto parte del vello púbico... Aquel tipo era diferente a los demás padres que había espiado en Catskills.

Llevaba tres semanas viviendo en una cabaña parecida, yendo de un lado para otro sin rumbo fijo, hablando con pueblerinos, preguntando por aquí y por allá, observando a los propietarios de, como yo las llamaba, «las cabañas perdidas»: viviendas donde uno podía mantener o haber mantenido a personas cautivas.

Tal y como procedí con los pedófilos y los pederastas, hice una lista y fui descartando. Mi inseparable pata de cabra y yo volvimos a las andadas, pero esta vez los allanamientos se realizaban en viviendas de personas sin aparentes taras mentales, que disfrutaban de unos días de descanso. Además, los allanamientos estaban teniendo consecuencias: los coches patrullas eran cada vez más numerosos. Debía andarme con pies de plomo, si no quería acabar entre rejas y que la mejor vía de investigación que había seguido cayera en manos de incrédulos detectives de homicidios.

El hombre desaliñado, de piel clara y pecho peludo, se rascó sus partes. Encontré la cabaña gracias a Ron Dever, un simpático panadero de Phoenicia, pueblo cercano a mi cabaña de alquiler; de no haberle preguntado por viviendas apartadas, jamás habría dado con aquel hermoso claro de bosque. Me hice pasar por un periodista que recababa información para un artículo sobre los beneficios que aporta una vida apartada del mundanal ruido.

La pura realidad es que estaba allí porque semanas antes confié en la palabra de un pedófilo. Así de simple y así de claro. Aunque, a decir verdad, en lo que realmente confié fue en su falta de agallas; no lo vi capaz de mentirme y de afrontar las consecuencias, de arriesgar su vida por otro de su calaña.

Alquilé una cabaña cerca de donde se produjo el trueque, a solo cinco minutos en coche de Phoenicia, a diez de Ashokan Trail y a quince de Woodstock. Watts intentó mostrarme los mensajes que demostraban su organización, pero el usuario Quitaesperanzas había borrado todo rastro de las conversaciones.

Watts depositó el sobre con el dinero acordado en el buzón de una cabaña deshabitada, y un par de horas después volvió para hallar en su lugar las fotografías. Dada la índole del material, no me sorprendió tanto secretismo. Por tanto, Watts nunca vio el rostro de Quitaesperanzas, conocido popularmente como el Rompefamilias.

—En vez de las fotografías, cuando regresaste al buzón pudiste haber encontrado una mierda

pinchada de un palo —le dije tras escuchar sus explicaciones—. Mucha confianza veo yo para no conocerlo de antes. Hazme perder el tiempo, Peter, y te juro que volveré y te estrangularé con tus propios intestinos.

—Me pudo el deseo —contestó con gesto afligido—. Me prometió algo que deseaba con toda mi alma y me arriesgué, y él cumplió con su parte del trato. Es todo.

Watts me juró que no conocía la identidad de los niños, que pensó que eran los hijos de algún conocido del Quitaesperanzas o los suyos propios.

Tras haberse rociado con los primeros rayos de sol, el hombre entró en la cabaña como había salido: casi desnudo. Hasta el momento había allanado las casas de familias bien avenidas, que se desplazaban de la ciudad a la tranquila región de Catskills, a poco más de dos horas en coche de Nueva York, para pasar unos días de relax. Y aquel tipo rebosante de tatuajes de cintura para abajo no parecía estar pasando unos días en familia.

Pasé el resto del día vigilando la cabaña. Descubrí una camioneta aparcada en uno de sus laterales. Pero no aprecié movimiento dentro ni fuera. Usé mis prismáticos, pero... De no haber visto salir y entrar al propietario, habría concluido que la casa estaba deshabitada.

El ocaso se me vino encima. Recogí los bártulos y volví a mi cabaña de alquiler. Volvería a primera hora de la mañana. Con un poco de suerte, el propietario se largaría y podría allanar su cabaña.

Semanas antes tracé un círculo en un mapa, tomando como referencia el buzón donde el usuario Quitaesperanzas depositó las fotografías, previo pago del pedófilo Peter Watts. Me vi forzado a acortar, a centrarme únicamente en las viviendas apartadas, donde un loco sin escrúpulos pudiera dar rienda suelta a sus inclinaciones.

Mis garantías de éxito eran escasas, por no decir nulas. Watts se desplazó dos horas y media en coche para hacerse con las fotografías, y lo mismo pudo hacer el Rompefamilias.

Dentro del círculo restaban tres casas por revisar; las demás no habían cumplido los requisitos. Si no encontraba indicios en los próximos días, me vería obligado a rogarle a Brian Allen que usara sus medios —infinitamente mejores que los míos— para seguir por donde yo lo había dejado.

Asumiendo las consecuencias.

Y rezando para que no me viera como un padre trastornado.

Diez horas y media más tarde

Volvió a salir en calzoncillos y a empaparse del ambiente matutino del bosque, pero esta vez con una taza de café en la mano. A mi espalda resplandecían las aguas de un lago; a mi alrededor, una brisa templada mecía las hojas de los árboles y los tallos de las plantas, al tiempo que empujaba hacia mis fosas nasales una agradable fragancia a pino. Tras contorsionarse e inspirar con la boca muy abierta, bebió café de un modo chocante: tirándoselo por encima.

«¿Pero qué coño hace?».

Miró hacia abajo para ver cómo el líquido manchaba sus calzoncillos, y rio a pleno pulmón, pareciendo un oso enfurecido.

«Menudo zumbado».

Aguardé largas horas hasta volver a advertir movimiento en torno a la cabaña. Enfoqué hacia el porche con mis prismáticos y al fin pude verlo vestido: botas de senderismo, pantalones de

caza, jersey verde oliva y un chaleco beige con muchos bolsillos. Con una mano sobre los ojos a modo de visera, oteó el horizonte como un vigía desde un torreón. Tras exhalar un largo suspiro, anduvo hacia su camioneta y se puso al volante.

«Lárgate de una maldita vez».

Arrancó y en pocos segundos pasó por detrás de la cabaña, levantando polvo sobre el único camino que conducía a la vivienda.

Le susurré «vamos» a mi pata de cabra y me alejé, linterna en mano y pistola en bolsillo, de la espesa vegetación que me había estado sirviendo de escondrijo.

Me planté en el porche. El motor de la camioneta me avisaría en caso de que volviera antes de lo previsto. No conocía las rutinas del propietario como en los anteriores casos, más allá de sus matutinas salidas en gayumbos al porche.

La cerradura cedió al impulso de mi palanca.

«Buena chica».

Entré en un oscuro salón y cerré tras de mí, quedándome en penumbra. Encendí la linterna. Unas gruesas cortinas de ojales cubrían las ventanas, pero la luz hallaba el modo de colarse entre los tablones más separados. El suelo estaba limpio, al igual que el sofá, el televisor y los muebles rústicos. La cabeza de un jabalí colgada de la chimenea; siempre sentí rechazo hacia ese tipo de «decoración».

Tomé el pasillo a mi derecha y superé una pequeña cocina, que decidí dejar para el final: apremiaba comprobar si la casa disponía de sótano. Tras rebasar un dormitorio con cama de matrimonio, encontré lo que buscaba.

«Ahí está la puerta cerrada con candado. Este tío no es como los demás».

Tuve un mal presentimiento, el de estar encaminándome hacia el trágico final de un trágico camino. Pero de nuevo andaba desencaminado.

Golpeé el candado con el afilado extremo de la palanca hasta verlo caer al suelo. Luego reventé la puerta, como tantas otras antes.

Aparecieron ante mí unas negras escaleras que descendían hasta desaparecer de mi vista. La oscuridad que se alargaba a mis pies resultaba desconcertante.

Oí el tintineo de lo que parecían unas cadenas, seguido de un siseo metálico.

«¿Qué ha sido eso?».

Busqué a tientas en torno al marco de la puerta y hallé un interruptor, y lo pulsé convencido de que la luz del sótano no podía verse desde afuera. Mis ojos se fueron a las largas cadenas acopladas al riel que recorría el techo, terminadas en grilletes colocados alrededor de las muñecas y los tobillos de Jennifer Wilson y su hijo Scott, de Sofía Petrick y su hijo Ben. «Todo este tiempo han estado aquí metidos. Dios santo». Los observé hechos un ovillo en una esquina, deslumbrados como si asomaran la cabeza a un día soleado desde un oscuro zulo.

Recordé las descripciones de los desaparecidos que la Policía subió a Internet.

«Llevan puesta la misma ropa».

Busqué a mi hijo con la mirada, pero no lo encontré; por un segundo sentí alivio.

—Tranquilos —susurré mientras me acercaba a ellos—. Voy a sacaros de aquí. Soy Policía y voy armado.

Pensé que les infundiría confianza creer que era agente de la ley.

—Tranquilos, niños —oí en un susurro; no supe identificar a qué madre pertenecía la voz—. Este hombre ha venido a salvarnos.

Una vez los tuve delante, pude fijarme en sus huesudas facciones.

—Pronto acabará todo —prometí.

—Volverá —susurró Sofía Petrick mientras hundía a su hijo entre sus brazos, formando entre los cuatro una bola humana—. Sabe que estás aquí. Nos ha dicho que vendrías.

Sofía señaló la esquina opuesta del sótano.

Me volví hacia donde me indicaba para descubrir una foto enmarcada, apoyada en la pared.

Me acerqué y me acuclillé ante la instantánea.

«No puede ser».

El confirmado Rompefamilias aparecía al lado de Peter Watts en actitud festiva, mirando ambos al objetivo mientras se cogían por los hombros.

«Watts me mintió desde el principio. Me han tendido una trampa. Debí acudir a la Policía. Debí verlo venir, joder: el Rompefamilias nunca actuó solo».

Subí a toda prisa hasta el salón, repitiéndome «o salimos todos o no sale nadie», cogí la primera silla que encontré y volví presto al sótano.

Las dos madres y sus hijos me observaron subir a la silla con la pata de cabra. El techo, por fortuna, no era demasiado alto. Conseguí alcanzar sin dificultad el hueco del riel con el extremo curvado de mi herramienta, y hacer palanca con todas mis fuerzas. El espacio se abrió, pero no lo suficiente como para que las piezas donde se adherían las cadenas se desprendieran como hojas de un árbol en otoño. Madres e hijos parecían jugadores de rugby formando una melé, con expresiones que pasaban del temor al recelo, como yo de la resignación a la esperanza.

—¡Hola, *papito*! —Una voz nos llegó desde el porche—. ¿¡Qué te parece la que hemos montado ahí abajo!? ¿¡Te gusta, *papito*!? ¡Por cierto, no intentes llamar a nadie: en esta zona no hay cobertura!

Apreté los dientes e hice palanca, pero no conseguí abrir lo suficiente el riel.

Entonces caí en la cuenta: «Mi pistola».

Saqué el arma y me acerqué a Sofía Petrick, quien a mi parecer era la cautiva más entera.

—Extiende el brazo, Sofía.

Alcé la pistola ante sus ojos y ella, tras asentir, obedeció.

Coloqué el cañón sobre el perno y apreté el gatillo.

—¡Mierda!

Los grilletes eran demasiado gruesos; apenas les hice una muesca.

—Va a entrar y a torturarte —susurró ella tras el intento fallido.

Hice oídos sordos a su funesta predicción y volví a subirme a la silla.

Tras hacer palanca durante unos segundos, miré fijamente a los ojos de Sofía Petrick.

—¿Dices que si me atrapa va a torturarme?

—Sí.

—¿Estás segura?

Asintió con la cabeza.

Papito

Richard subió hasta el salón, colocó una silla de cara a la puerta y se sentó en ella, y gritó tan alto como le fue posible:

—¡Has ganado! ¡Entra! ¡No voy armado!

La puerta chirrió y poco después la estancia se llenó de luz. Hayes achinó los ojos y abrió una mano ante su rostro a modo de parasol. Cuando sus ojos se habituaron a la claridad, vio a Peter Watts empuñando una escopeta de dos cañones y al propietario de la vivienda sonriendo de medio lado.

—Te creías muy listo, ¿eh, *papito*? —profirió el pedófilo pelirrojo y barrigudo, que por poco rebasaba el metro cincuenta—. Pensaba que nunca darías con esta cabaña, joder. Te lo has tomado con calma, ¿eh?

—Átalo a la silla —ordenó el propietario antes de darme su nombre: «Me llamo Travis Jarnson, por cierto, pero tú puedes llamarme Rompefamilias».

Watts le pasó la escopeta a su compinche.

—¿Y por qué hay un hombre en la cárcel pagando por vuestros crímenes, si puede saberse? —espetó Richard de vuelta de todo.

—No tengo ni idea —aseguró el Rompefamilias, mientras Watts ataba los pies de Hayes a la pata de la silla y sus manos al respaldo. Tras terminar, volvió al lado de Travis y este le devolvió la escopeta—. El primer sorprendido fui yo. Pensé: «mejor, oye, así no tenemos que preocuparnos de la pasma». Pero luego llegaste tú con ganas de joder la marrana.

—¿Qué hicisteis con mi hijo?

—Nosotros no tenemos nada que ver con el secuestro de tu hijo. Con dos madres y dos hijos teníamos más que suficiente. El apodo Rompefamilias y el circo mediático que se formó tras los crímenes fueron cosa de la prensa. Nosotros no buscábamos la fama. Alguien nos imitó para desviar la atención de la poli: eso es lo único evidente. Tengo entendido que es relativamente habitual cuando un asesino salta a la palestra. Copió nuestro *modus operandi* y la pasma se tragó su artimaña. Luego metieron a un tal Samuel Gillian en la trena, por, entre otros, nuestros crímenes. Encontraron sangre de tu hijo en su sótano, ¿no?, y la cabeza de tu mujer congelada. No sé a ti, pero a mí me parecen pistas bastante incriminatorias. No sé qué buscas, sinceramente, *papito*. Tu mujer y tu hijo están muertos. Se los cargó ese tal Gillian. Deberías haberlo aceptado ya y haber seguido con tu miserable vida. Ese imbécil de Gillian creyó que imitando nuestro *modus operandi* desviaría la atención de la pasma, pero el tiro le salió por la culata; y ese mismo tiro nos dio una inmensa tranquilidad a nosotros. Él se pudrirá en la cárcel mientras nosotros disfrutamos de unos juguetes que el resto del mundo da por perdidos. Puedes creerlo o no, pero mi amigo y yo no rompimos la tercera familia, solo la primera y la segunda. No buscamos la gloria, solo nuestro propio beneficio. Tú dirás que somos un par de locos que merecen la muerte; yo, que cogimos lo que el mal nos puso delante. Y te cuento todo esto porque vas a morir hoy; me importa un bledo lo que pienses de nosotros.

«¿Creen que actúan en nombre de satanás?», pensó Richard. Y enseguida advirtió una sombra avanzando por el pasillo.

—¿Y ahora qué? —cuestionó Hayes, sonriente—. ¿Vais a torturarme hasta la muerte?

Travis miró a Peter y ambos fruncieron el ceño: si bien pensaron que se debía a una locura transitoria, les sorprendió la sonrisa de Richard.

—No. Vamos a reventarte el culo hasta...

Tres estallidos, que duraron poco más de un segundo, dejaron la frase de Travis en el aire, y el pecho de Watts agujereado. Un río de sangre brotó del cuerpo del pedófilo mientras dejaba caer la escopeta y caía de espaldas. Una de las balas atravesó su corazón, no dándole tiempo ni a despedirse de su amigo.

—Eso no te lo esperabas, ¿eh, Rompefamilias? —dijo Hayes con retintín.

Travis Jarnson miró hacia el pasillo para descubrir a Sofía Petrick empuñando una pistola con ambas manos, y enseguida se inclinó despacio hacia su compañero muerto.

—Toca esa escopeta y te juro por mi hijo que te acribillo a balazos —amenazó Sofía con voz segura. Travis reculó con gesto resignado—. Tienes suerte de que él me haya pedido que te deje con vida.

Sofía me liberó de las ataduras con una mano, mientras con la otra encañonaba al hombre que le había arruinado la vida.

—Bien jugado, *papito* —admitió Travis, entretanto asentía con la cabeza—. No creía que pudieras liberarlos con esa mierda de palanquita que llevas a todas partes.

«Me han estado vigilando».

—Ya ves que sí.

Richard se incorporó y cogió la susodicha pata de cabra, que había dejado apoyada en el pasillo, se acercó a Travis con gesto adusto mientras este, con el ceño fruncido, lo observaba avanzar, y el *papito* le asestó un palancazo a la altura de las rodillas, tan lleno de rabia que el Rompefamilias cayó de cara sobre la sangre de Watts. Con el asesino tumbado bocabajo, le atizó otro par de furiosos golpazos, uno en cada tobillo, haciendo crujir sus huesos. Jarnson gritó de dolor mientras Sofía no podía ocultar su satisfacción. Hayes presionó una de sus rodillas contra el cuello de Travis y le ató las manos a la espalda, además de juntar sus tobillos fracturados.

—Listo —dijo Richard con sorna—. Salgo en busca de cobertura y llamo a la Policía. No lo pierdas de vista.

Sofía Petrick parecía un alma en pena, no ser consciente de lo que acababa de suceder en aquella remota cabaña localizada en un hermoso claro de un bosque. No obstante, a Richard no le quedó otra que confiar en ella.

Tomando forma

Shaun Everett

No podía creerlo.

En la sala número uno de interrogatorios, Travis Jarnson estaba siendo interrogado por Allen y Vega; en la número dos, Richard Hayes esperaba a que yo le hiciera preguntas; en un hospital de Brooklyn, Jennifer Wilson y su hijo Scott, Sofía Petrick y su hijo Ben, se recuperaban de sus heridas físicas, pues las emocionales tardarían en cicatrizar; en la morgue, el cuerpo de Peter Watts, cómplice de Travis Jarnson, aguardaba a que le realizaran la autopsia y más tarde lo arrojaran a una tumba sin nombre; en la cárcel, Samuel Gillian Godino rezaba porque las nuevas pruebas lo exoneraran de los cargos de secuestro y asesinato por los que había sido condenado.

Todos nos sentíamos culpables en mayor o menor medida. Los dimos por muertos, cuando «solo» estaban sufriendo. Pisamos aquel sótano, vimos el riel y las cadenas, y el peso de la culpa cayó sobre nuestros hombros como la cuchilla de una guillotina sobre el cuello de un sentenciado.

Travis Jarnson acababa de firmar una confesión, además sin temblarle el pulso, admitiendo las muertes de Harry Wilson y de Terence Petrick y el posterior secuestro de sus mujeres e hijos, y las vejaciones a las que los habían sometido. Incluso, haberles puesto antifaces a los niños y fotografiado en posturas sexuales para después vender las instantáneas en la Internet profunda. Por tanto, Jarnson no ganaba nada negando los asesinatos de Emily y Alan. Nunca saldría de la cárcel.

La Científica buscaría restos humanos por las inmediaciones de la cabaña, pero estaba convencido de que no encontrarían el cuerpo del pequeño Alan ni el descabezado de su madre. ¿Por qué matar a tus presas más «frescas» y mantener a las más «pasadas»? No tenía sentido. A falta de investigar a fondo las viviendas de Watts y de Jarnson, y de cuadrar datos a partir de los nuevos hallazgos, parecía evidente que a Emily Hayes y a su hijo Alan no los habían secuestrado los Rompefamilias.

Al echar la vista atrás advertía lo incoherente de algunos sucesos. Las dos primeras escenas aparecieron limpias de pesquisas, y la tercera arrojó más pistas de lo esperado. Por otra parte, Travis Jarnson y Peter Watts no secuestraron para matar, y a Emily Hayes le cortaron la cabeza. Parecía obvio que los dos primeros crímenes divergían con el tercero, que a la tercera familia no se la llevó Travis Jarnson con la ayuda de Peter Watts. Todo apuntaba a que Samuel Gillian Godino iba a seguir en la cárcel. La detención del Rompefamilias solo lo exoneraba de los crímenes perpetrados por este. La sangre de Alan hallada en su sótano y la cabeza de Emily oculta en su congelador, se me antojaban pruebas tan consistentes como los barrotes de su celda.

«Samuel Gillian Godino mató a tu familia», cavilé ante la puerta de la sala de interrogatorios número dos, como si ya estuviera hablando con Richard.

Accedí, y la cabeza de Emily pareció descender de los cielos hasta colocarse sobre los

hombros de su marido. Me senté ante quien estaba a punto de ser interrogado, con la mesa de interrogatorios de por medio.

—Buenas noches, Richard.

—Hola, detective.

—Bueno, pues cuénteme. ¿Cómo dio con ellos?

—Antes de contestar a su inevitable pregunta, me gustaría hacerle yo una a usted.

—Dispare.

—¿Cree que Samuel Gillian Godino mató a mi mujer y a mi hijo?

—Es evidente. Erramos al adjudicarle los cuatro primeros secuestros y los asesinatos de Harry Wilson y Terence Petrick, pero eso no significa que no secuestrara a su familia imitando el *modus operandi* del Rompefamilias. Su mujer y su hijo están muertos, Richard. Sé que es duro, pero por el bien de todos es mejor que lo asuma.

—El cuerpo de mi hijo no ha aparecido, ¡así que deje de decir que está muerto!

—Cálmese.

—Lo siento. ¿Quiere saber qué opino yo, o le importa un bledo? Aunque, sinceramente, debería interesarle a todos: soy yo quien ha salvado la vida de esos niños y de sus madres mientras ustedes, que se hacen llamar detectives de homicidios, estaban a otra cosa. Deberían ponerme en nómina, ¿no cree, detective?

—Sería un necio si le recriminara lo que ha hecho. Pero a partir de ahora, debe aceptar que Samuel Gillian Godino paga por lo que les hizo a su mujer y a su hijo. Todo ha terminado, y es gracias a usted y su maldita tozudez. —Sonreí, pero él no me devolvió el gesto—. Lo que Gillian le hizo a su familia es imperdonable, pero no le queda otra que conformarse con saber que no volverá a ver la luz del sol en libertad y que nunca volverá a hacerle daño a nadie.

—Creo que alguien lo orquestó todo para que pareciera que Samuel Gillian mató a mi familia —dijo, ignorando mis anteriores peticiones—. Creo que un tercer hombre imitó el *modus operandi* del Rompefamilias. Y creo que ese hombre no es Samuel Gillian Godino. Estoy convencido de que el asesino de mi familia sigue por ahí, campando a sus anchas. Y no pararé hasta hacerle pagar lo que hizo.

—No está siendo razonable.

—Encuentren el cuerpo de mi hijo y entonces dejaré de buscarle.

—Lo intentamos, pero...

—O deme la maldita lista de sospechosos.

—No.

—Bien. Contestaré a su pregunta, entonces. En fin. No hice nada del otro mundo. Investigué a los pedófilos y pederastas de la ciudad, haciendo uso de la web del Gobierno que usted mismo me recomendó. Empecé por los que vivían cerca de mi antiguo chalé y fui expandiendo la búsqueda hacia las afueras. Y en una de las casas encontré fotografías de los niños, y estas me condujeron a la cabaña, y... Por cierto, ¿van a meterme en la cárcel o a darme una medalla?

—Nadie ha puesto una denuncia y dudo que nadie lo haga, y nosotros no vamos a tocarle las narices después de lo que ha hecho. No queremos que los neoyorquinos cojan las antorchas, ¿entiende? Ahora mismo es usted el gran héroe americano. Lo comprobará cuando salga a la calle y los periodistas se lo coman vivo. Por cierto, espero que no nos vuelva a poner a caer de un burro...

—Descuide.

Sala de interrogatorios número uno

—Les poníamos máscaras. Hay bastantes fotos de los niños circulando por Internet, pero nadie sabe que son víctimas del Rompefamilias. Mis víctimas. Uno necesita pagar las facturas, y teníamos cuatro bocas que alimentar... En fin. La cuestión es que llegó el *papito*, encontró las fotos y lo echó todo a perder.

—Se llama Richard Hayes —reprendió Vega.

—Las fotos que tenía mi colega, como venía diciendo, las que encontró Richard Hayes, eran para uso personal, para mirarlas mientras se la meneaba o se follaba a sus muñecos de mierda. La verdad es que Watts estaba fatal de lo suyo. Era ver a un niño, aunque fuera de lejos, y ponérsele dura, al muy cabrón.

Travis sonrió.

—¿Te parece divertido? —preguntó esta vez Brian Allen.

—Pues sí.

—Entonces, ¿mataste a los dos padres y secuestraste a su familia para divertiros con ellos?

—Sí y no. Se me encomendó el trabajo de despojar de esperanza a dos familias, de destruirlas desde los cimientos, y fue lo que hice. Yo fui la mano ejecutora; Watts me ayudaba una vez abandonaba los chalés.

—¿Y quién te encomendó dicha tarea?

—El mal. ¿Quién, si no?

—Todo empieza a tomar forma —dijo Vega en tono irónico—. Y yo pensando que en todo este asunto habría algo de originalidad. Pero resulta que estamos ante el típico zumbado que mata en nombre del maligno. Menudo chasco.

Sin contratiempos

Bajó la última persiana y la casa quedó en penumbra; excepto el salón, iluminado por luces artificiales. Siempre procedía del mismo modo y a la misma hora: a las seis de la tarde e iniciaba el recorrido por su habitación, ubicada en el piso de arriba, y lo acababa en la cocina. Luego bajaba al sótano y abría la puerta secreta que conducía «al otro sótano», y le indicaba a su hijo que podía subir. «Todo listo, hijo», solía gritarle desde lo alto de las escaleras. Alan ascendía a toda prisa deseoso por recorrer los pasillos del, como él lo llamaba, «piso grande».

Cenaba con su padre y luego veían una película o una serie en Netflix, Disney plus o HBO y, cuando al pequeño le entraba sueño, el padre lo bajaba a su habitación, cercana al cuarto con la puerta pintada de rojo.

Aquella noche, Eme le dio una buena noticia:

—Estoy pensando en comprar una casita en un lugar apartado, cerca de un bosque o de un lago, para que, tomando las medidas necesarias, podamos ir a pasar algún fin de semana.

—¡Bien! ¡Podré salir a la calle!

—A la calle no, *pichuflín*, pero podrás respirar aire puro y jugar por el bosque, bañarte en el lago, cazar ardillas...

—¡Bien!

Eme, con su hijo ya durmiendo en su habitación, se sentó en su butaca para leer y encendió el televisor. Harto de ver películas para niños, puso la CNN, donde apareció una cabaña situada en un entorno natural. Una reportera habló ante cintas policiales, tras las que faenaban decenas de agentes uniformados: «Han sido halladas con vida las dos mujeres y los dos niños secuestrados por el Rompefamilias. Travis Jarnson, propietario de la vivienda que ven a mi espalda, ha confesado ser el Rompefamilias. Pero Jarnson no actuaba solo: Peter Watts, pedófilo confeso, ha resultado muerto cuando Richard Hayes, marido de la asesinada Emily Hayes y padre del desaparecido Alan Hayes, ha entrado en la vivienda donde Jennifer Wilson y su hijo Scott y Sofía Petrick y su hijo Ben permanecían cautivos. Entonces, ¿fue injustamente acusado Samuel Gillian? Y, aún más sorprendente, ¿cómo un afligido padre de familia ha logrado lo que la Policía no pudo?

«Esto no cambia nada —pensó Eme—. La detención del Rompefamilias no exonera a Samuel de las muertes de Emily y de Alan. Tal vez, incluso le haga parecer más culpable».

Cuaderno de Eme. Últimas páginas:

Horas antes de colarme en el chalé de los Hayes dejaré una pista falsa en las escenas del crimen de la primera y la segunda familia, para asegurarme de que los agentes encargados del caso las conecten. No debería resultarme complicado acceder a los dos primeros jardines y grabar dos eses en un lugar poco visible. Luego marcaré la tercera escena antes de que se convierta en el lugar de los hechos. Esas últimas dos eses las dejaré más a la vista. Los investigadores creerán haber dado con una pista que se les había escapado en un primer momento: la firma del asesino. A ellos no les aportará gran cosa, pero para mí es fundamental

que crean que las tres familias han sido rotas por el mismo hombre.

No es fácil cargarle el muerto a alguien, pero con dedicación y buen hacer es posible. Se requiere de destreza, pero, más que nada, de tiempo y paciencia; y yo tengo de ambas. Lo vital es encontrar al sujeto adecuado, y eso ya está hecho: Samuel Gilliam Godino.

-Dejaré pelos de su perro en el salón de los Hayes. Suele tenerlo suelto por el jardín, así que no me resultará difícil pasarle la mano por el lomo. Es un chucho de lo más manso.

-Apuntaré el modelo de las ruedas de su todoterreno y le pondré, durante un día, las mismas al mío. No hay dos huellas de neumático iguales, como pasa con las dactilares, incluso cotejarán los desgastes cuando llegue el momento. Por lo tanto, tendré que dejarles lo justo para que solo puedan corroborar el modelo. Por fortuna, sé cómo hacerlo. Tras el secuestro, volveré a poner las de siempre y arrojaré las usadas para dejar pistas falsas a lo más profundo de un vertedero.

-Me pondré una peluca rubia y dejaré que un par de mechones se me salgan por debajo del pasamontañas. Si el padre los ve, bien, todo suma; si no, no es determinante.

-Marcaré la valla de su jardín con varias firmas del asesino, las dos eses dentro de un corazón. Dos eses que los investigadores no tardarán en vincular: la mujer de Samuel, Samantha, murió a causa de una negligencia médica, estando embarazada de su primer hijo. Todo encajará.

-La base está en la anticipación y en la paciencia. Un nombre, Samuel Gilliam Godino, hallado a base de cientos de horas de investigación y de estrecha vigilancia. Gracias a la cámara instalada en mi segundo vehículo, sé que Samuel estuvo solo en casa el día que el Rompefamilias rompió a la segunda familia.

-Cuando lance el cebo, los detectives atarán cabos: las marcas de neumáticos coincidirán, al igual que la raza del perro; la firma del asesino aparecerá en su jardín: dos eses que cobrarán sentido para los investigadores: Samuel y Samantha.

Y lo más importante:

-Me colaré en su casa cuando se marche a trabajar. Ese imbécil deja entreabierta la puerta corredera del jardín para que su perro campe a sus anchas. Cuando no requiera de los servicios de la madre, dejaré una parte suya en el congelador de Samuel, y gotas de sangre de su hijo en la esquina de una pared del sótano. Samuel no podrá ver esas pistas falsas, pero la Científica, tarde o temprano, dará con ellas.

-Marcas de neumático, restos biológicos, la marca del asesino, motivos..., y ese imbécil no tiene coartada para el segundo crimen; probablemente para ninguno. Les daré a los investigadores lo que buscan con tanto ahínco. Desean atrapar al Rompefamilias, por lo que solo verán pruebas de peso. Y todos, menos Samuel Gilliam Godino, descansaremos en paz. Yo con mi hijo. Incluso el auténtico Rompefamilias respirará aliviado. El crimen perfecto no es aquel que no se resuelve, sino el que se resuelve con un falso culpable.

El momento oportuno se presentará, y entonces los traeré a casa.

Vuelta a empezar

Entré abatido física y emocionalmente. Solté las llaves sobre el mueble recibidor mientras de fondo oía un runrún de voces. Le eché un ojo a mi reloj de pulsera: pasaban veinte minutos de las doce de la noche, y a esas horas mi piso acostumbraba a estar en calma.

Encontré a Jada, a Roy —con Coco a sus pies— y a Joel sentados en el sofá, embobados con lo que arrojaba la pantalla de mi televisor. No tardé en advertir que estaban viendo un especial sobre la liberación de los secuestrados por los Rompefamilias.

—Hola, Shaun —saludaron por poco al unísono.

—¿Viendo telebasura antes de dormir? —espeté bromista.

—¿Qué va a pasarle a Richard Hayes? —preguntó Jada.

—Nada. O poco. —Me senté a su lado—. Una multa para dar ejemplo, supongo. Si todos los familiares de desaparecidos se ponen a allanar moradas, vamos arreglados. No obstante, apostaría a que se irá de rositas, y oye, qué menos. Ese hombre es un grano en el culo, pero ha logrado algo impresionante: hacer quedar en ridículo al Departamento de Policía de Nueva York. A mí solo me importan los resultados, pero Richard Hayes no va a oírmelo decir. En fin. No recuerdo un caso como este, en serio. Es relativamente común que un familiar aporte pistas, pero lo de Hayes es de Récord Guinness. ¿Y sabéis qué os digo?

—¿Que para lo que te queda en el convento te cagas dentro? —se aventuró Jada.

—No, mujer. Tampoco te pases. —Jada se encogió de hombros con cara de guasa—. Pero no andas desencaminada. Estoy cansando de ir siempre a rebufo. Me hago viejo, es un hecho, y un viejo no ha de ir por ahí resolviendo crímenes. Mantengo a mis arterias a raya, pero cualquier día dicen basta y me quedo en el sitio. Mañana hablaré con mi capitán y le pediré un puesto de oficina.

—Se alegrará, ¿no? —preguntó Roy.

—Le veo pegando saltos, fíjate.

Los tres sonrieron.

—Yo también me alegro, Shaun —manifestó Joel—. Todos los que estamos aquí te debemos mucho, y tememos por tu salud. No conocí a mi padre, pues murió antes de que yo naciera, así que tú eres lo más parecido a un padre que he tenido.

—Yo sí conocí al mío —dijo Roy—, y digo lo mismo.

—Pues ya somos tres —aseguró Jada—. Cuatro, en realidad: sé que Michael siente lo mismo.

Aquellas palabras me tocaron la fibra sensible, así que, como el rudo sabueso que era, me levanté antes de que nadie me viera derramar una lágrima.

—Gracias por vuestras palabras. En fin. Voy a ponerme cómodo.

Anduve hacia mi cuarto. Cuando acariciaba el pomo de la puerta, oí la voz de Jada, «oye, Shaun», y me di la vuelta.

—¿Qué?

—He de decirte algo.

—Dispara.

—Nos vamos.

—Pues cierra al salir.

—No. No lo entiendes. Michael y yo nos vamos a mudar al otro extremo de la ciudad, a un piso más económico. Me he retrasado tres meses en el alquiler y en quince días tenemos que abandonar el piso.

—¿Tres meses? ¿Pero tú eres imbécil?

—No te pases, Shaun.

—Lo siento, pero es que... En fin. Bueno, tres meses no son tanto. Hablaré con el propietario y zanjaré tu deuda. No me supone un problema. Ya me lo devolverás cuando puedas.

—¿Y luego qué? Te debo como cinco mil dólares, joder.

—Pues te libero también de esa deuda.

—No, Shaun. Estoy harta de que acudas al rescate cada vez que meto la pata. Te agradezco lo que has hecho por nosotros hasta el momento, pero no puedo seguir así. Eres genial, en serio, y por eso vendremos a visitarte siempre que podamos.

—Siempre que podáis, ¿eh?

—Sí. Quiero que Michael pase tiempo contigo. Le viene bien tener un referente masculino, aunque me lo estés convirtiendo en un criminalista.

Me guiñó el ojo, pero yo no estaba para bromas.

—Vale. ¡Vale! —espeté con las ideas nada claras. La cabeza empezaba a darme vueltas—. Vendréis a visitarme. Eso está bien. ¡Viva! En fin. Voy a darme una ducha y a acostarme de una puta vez.

—Nos vemos.

Jada me sonrió mientras su rostro manifestaba una mezcla de afecto y aflicción. Tras su amigable y asimismo triste gesto, percibí el dolor que tanto había estado temiendo. La presión en el pecho, la sensación opresiva...

«Mierda».

—¿Estás bien, Shaun?

Las molestias se propagaron de mi hombro a mi brazo izquierdo, y de este a la espalda, al cuello, a la mandíbula, a los dientes, acompañadas de sudores fríos y falta de aire.

—Estoy sufriendo un ataque —balbucí antes de desplomarme.

Abrí los ojos y vi a Roy sentado en una butaca, leyendo un folleto sobre la dolencia que me había mandado a aquella cama de hospital. No recordaba nada posterior a mi desmayo, solo los gritos a pleno pulmón de Jada pidiendo ayuda a Roy y a Joel.

Me habían monitorizado. Conté diez electrodos repartidos por mi tórax, mis brazos y mis pies descalzos.

—¿Dónde está Coco?

Lo primero que salió de mi boca fue aquella estúpida pregunta.

Roy se incorporó y se acercó a la cama.

—Eh, eh... Has vuelto. Eres duro de pelar. No te preocupes por Coco. Está bien, en casa, campando a sus anchas. —Me sonrió—. Ahora solo importas tú. Voy a avisar a la enfermera y a los demás.

—¿A los demás?

—Sí. A Jada, a Michael, a Joel, al capitán Quesada y a dos detectives que han llegado hace un rato. Ahora mismo no recuerdo sus nombres.

—¿Vega y Allen?

—Eso.

—¿Qué hora es?

—Pues... —Miró su reloj de pulsera—. Las tres y veinte de la madrugada.

—¿Y qué hace Michael levantado a estas horas?

—No íbamos a dejarle solo en casa, ¿no?

—Pues que Jada se hubiera quedado con él.

—Relájate, joder. Acabas de sufrir un puto ataque al corazón.

Aquella fue la primera vez que le oí soltar un taco a Roy, y creo que también fue la última.

—Aviso a la enfermera y supongo que luego irán pasando todos a verte.

—Un desfile de caras empáticas. Cojonudo.

—No te quejes, cascarrabias. En el fondo te alegra que estemos aquí.

—Pues claro, chaval.

Le guiñé el ojo.

Me eché a llorar en cuanto Roy salió de la habitación, haciendo un gran esfuerzo por que mis sollozos no se oyeran desde el pasillo. Me educaron bajo la creencia de que «un chico no debe llorar», de que derramar lágrimas es síntoma de debilidad. «Llorar es de mujeres», decía mi padre. Como si «ser de mujeres» fuera algo malo. Yo siempre fui un niño obediente, así que me tomé sus enseñanzas al pie de la letra. Eran otros tiempos, y esos tiempos me encaminaron mal. Había estado evitando mostrar mis sentimientos, pareciendo estoico cuando derramaba lágrimas por dentro. Hubo un tiempo en el que incluso pensé que no era capaz de llorar, por muy dolido, frustrado o emocionado que estuviera; ni siquiera lo hice cuando murió mi esposa. Llegué a creer que de tanto reprimirme había estropeado mis lagrimales. Sin embargo, recostado en aquella cama de hospital, encontré lo que había dado por perdido. Y fue por culpa de los Rompefamilias y de Samuel Gillian Godino, del riel y las cadenas, de los rostros de sus víctimas, de los padres apuñalados, de las gotas de sangre en la esquina de un sótano y de la cabeza congelada que aún me susurraba al oído «no pudiste salvarme». Fue por culpa de Jada y de Michael, que un día decidieron dejar entrar en sus vidas a su viejo y cascarrabias vecino; de Joel, por dejar las drogas y quedarse a vivir conmigo, y no marcharse cuando pudo; de Roy y de Coco, que igualmente se quedaron cuando pudieron independizarse; de mi capitán, que durante mucho, tal vez demasiado, hizo la vista gorda con mis achaques, poniendo en riesgo su intachable trayectoria; incluso podría echárselos en cara a Vega y a Allen, que, aun habiendo sufrido mis injustas ofensas, aguardaban noticias sobre mi estado de salud en una sala de espera.

Supongo que mi corazón, o mi alma —vamos a llamarle equis—, había filtrado tantas cosas buenas y tantas cosas malas, en la misma proporción, que no supo si estaba bien o estaba mal, y colapsó. Sin embargo, mi mente, más lista que mi corazón, conocía mi verdadero estado: me encontraba mejor que nunca.

Roy entró acompañado de dos enfermeras.

Me vieron llorar, pero nadie hizo comentarios al respecto.

«De esta ya se ha escapado, detective», dijo la enfermera Rosa, con tono afable, tratando de quitarle hierro al asunto.

—Hasta la próxima —contesté distendido.

Jada y Michael entraron los primeros; luego lo hizo Joel, y tras este, Vega y Allen; en último lugar, mi amigo el capitán Quesada.

—Hola, Shaun —me saludó con gesto adusto.

—Sé lo que vas a pedirme, así que voy a ponértelo fácil —dije sin dignarme a devolverle el

saludo—. Abre ese armario de ahí. —Señalé el mueble con el mentón. Quesada obedeció con expresión ceñuda. Dentro encontró mi ropa—. Enganchada en el cinturón encontrarás mi placa, y en la funda sobaquera mi reglamentaria. Quédatelas ambas. No hace falta que me las devuelvas.

Quesada desenganchó mi placa y desenfundó mi arma, y se las guardó en un bolsillo de su elegante abrigo.

—¿No tienes calor? —le pregunté, tratando de cambiar de tema.

—Estoy bien, gracias. Oye. Te agradezco que me lo pongas tan fácil. Has sido el mejor detective al que he tenido el honor de dirigir, y no me apetecía...

—Claro. Y tú has sido el mejor chupatintas que me ha dado órdenes.

—Ya.

Nos dedicamos dos tristes sonrisas.

—Buscamos justicia, amigo —reflexioné en voz alta—. Siempre. A todas horas y en todas partes, incluso en sueños. Pero, en mayor medida, ¿qué es lo que encontramos? Ambos sabemos la respuesta. Alan Hayes está en alguna parte, vivo o muerto, y nadie es capaz de encontrarlo. Richard Hayes se topó con la injusticia de la que hablo, y se vio obligado a buscar por su cuenta. Gracias a Dios, halló. Y halló justicia, pero no la que buscaba. Nosotros le aseguramos que a su hijo lo mató un tal Samuel y él se niega a creerlo. No tenemos el cuerpo de su hijo, pero le rogamos que se olvide de encontrarlo y se conforme con saber que su asesino está entre rejas. No tenemos derecho a pedirle nada. ¿Puedes mirarme a los ojos y asegurarme que a Alan Hayes lo mató Samuel Gillian Godino? —Quesada negó con la cabeza—. A eso me refiero. Escurrimos el bulto. Cerramos un caso y pasamos al siguiente sin mirar atrás. Sabemos que hay inocentes en la cárcel, pero cerramos los ojos y seguimos avanzando. Cuando la duda asoma, echamos la vista al frente y corremos, y solo miramos atrás para cerciorarnos de que nos hemos alejado lo suficiente.

—Este ataque al corazón te ha cambiado, Shaun: te veo más poético que de costumbre.

Sonreí.

—Vete al cuerno, capitán.

Filántropo de pega

Una semana más tarde

Jada entró sin llamar a la puerta.

Roy y Joel tenían llaves del piso, pero las de Jada eran solo para emergencias, y así se lo hice saber cuando se las di. «Porque tengas llaves, no significa que puedas entrar cuando te dé la gana», le advertí antes de entregárselas. Yo, por mi parte, guardaba un juego de llaves de su piso, por si ella extraviaba las suyas o se las dejaba puestas por dentro; algo que sucedía con demasiada frecuencia. De ahí que, aunque intuyera la causa de su irrupción, me extrañara que abriera sin llamar y entrara con cara de pocos amigos.

—¿Qué es esto? —preguntó mientras agitaba una hoja de papel ante mis narices.

Me pilló barriendo el salón.

—Lo primero, morena, buenos días —dije con sorna—. ¿Te has levantado con el pie izquierdo o es que estás en esos días?

—Déjate de bobadas, Shaun. ¿Qué significa esto?

Cogí la hoja y le eché un vistazo.

—Es una notificación. ¿No sabes leer o qué?

—Ya. Un aviso de cambio de propietario de mi piso, del actual a un tal Shaun Everett. ¿Te suena? No me jodas, Shaun, ¿has comprado mi piso?

—¿Tu piso? Debías tres meses de alquiler e iban a echarte a la calle, ¿lo has olvidado?

—Ya me entiendes.

—Te entiendo. Y sí, lo he comprado.

—¿Por qué?

—Porque podía.

—¿Ahora que nos vamos a ir compras el piso?

—Mira que eres cortita, morena. Espera un momento.

Me ausenté para volver poco después.

—Dices que sabes leer, ¿no? Pues lee.

Le entregué un documento parecido al que ella había agitado ante mis ojos.

—¿Qué es esto?

—Un papelito que te acredita como usufructuaria del piso donde resides actualmente.

—¿Qué coño significa eso de *usufructu...*, no sé qué?

—Que puedes disfrutar del piso, pero no venderlo. Al menos hasta que yo muera, que pasará a ser tuyo legalmente y podrás hacer con él lo que te dé la gana. Cuando yo esté criando malvas, el piso en el que estamos pasará a ser de Roy y de Joel. Me gustaría que durante mucho tiempo siguierais siendo vecinos, pero eso ya será cosa vuestra.

—Te dije que no quería que me ayudaras.

—¿Crees que lo hago por ti? No, morena, me ayudo a mí mismo. Qué sería de mí sin

Michael. Si os vais, ¿a quién atraeré al lado oscuro? Necesito una mente fresca que poder moldear a mi imagen y semejanza.

Mis explicaciones consiguieron robarle una sonrisa.

—Eres...

Jada se lanzó a mis brazos y rompió a llorar como una niña pequeña, como, si al igual que yo, hubiera estado conteniendo el llanto durante demasiados años, hipando y riendo al mismo tiempo. Acababa de quitarle un enorme peso de encima.

Todos me creían una especie de filántropo. Nada más lejos de la realidad. Le arranqué el vicio a un desgarbado drogadicto y le conseguí un trabajo y un lugar donde vivir, lo mismo que a un sintecho y a su perro. Y compré un piso para que una madre soltera y su hijo pudieran vivir más desahogados. Es cierto. Lo hice. Cualquiera diría que Shaun Everett era una buena persona. Pero no hice nada de aquello por los demás, sino por puro egoísmo.

Tuve un curioso pensamiento mientras Jada se desahogaba, y una sonrisa se esbozó en mi rostro:

«Shaun Everett, alias el Creafamilias».

Cuatro meses después

Demasiado tiempo para pensar. Demasiado tiempo para buscar.

El hombre está destinado a buscar la felicidad, dicen algunos, pero otros aseguran que la vida es demasiado corta como para perder el tiempo buscando nada. Yo estaba convencido de que la felicidad es solo una fase: lo eres durante un tiempo y luego dejas de serlo, y por mucho que quieras volver a esa fase, es agua pasada. También creo que quienes más han sufrido en la vida, más valoran 'la fase' cuando llega. En fin. Todos tenemos nuestra opinión con respecto a la felicidad. Lo único que sé, es que la jubilación no me aportó felicidad.

Roy y Joel tenían sus ocupaciones, sus amistades, sus hobbies..., sus vidas, al igual que Jada y Michael. Algunos días, mis compañeros de piso no aparecían por casa hasta las nueve de la noche; los fines de semana incluso más tarde. Sé que se turnaban para salir con los amigos, que habían confeccionado una especie de calendario para no dejarme demasiado tiempo solo. Pero aun con dichos esfuerzos, y las visitas de Michael y Jada, sus ausencias se me hacían cuesta arriba. Nunca pensé que la jubilación me conduciría a un estado de intranquilidad como aquel. No conseguía adaptarme a mi nueva vida. Salía a pasear, pero andar sin husmear se me hacía raro. Tenía una ciudad entera por explorar, cines, teatros, parques, mil cosas por hacer, pero solo me apetecía quedarme en casa y esperar, mientras los recuerdos me sobrevenían como diapositivas de un viaje irrepetible.

Durante aquellos infelices silencios y aquellas infelices esperas, fue cuando empecé a pensar en las «absurdas» teorías de Richard Hayes.

Cuanto más vueltas le daba al asunto más grietas le encontraba. ¿Y si, como aseguraba Richard, había más? ¿Y si Samuel Gillian fue un cabeza de turco? ¿Y si alguien realizó una jugada maestra? ¿Y si se unieron las piezas de un rompecabezas, dispuestas para que, con solo arrastrarlas, coincidieran en el momento preciso? ¿Y si...?

«Imitas al Rompefamilias —pensé sentado en el sofá, con la tele apagada—. Tienes en tu sótano a Emily y a Alan Hayes. El Rompefamilias no vuelve a actuar. Decides cargarle el muerto a otro. Le sacas sangre al niño. Te haces con pelos del perro de un tipo que, a la postre, pagará

por tus crímenes y, por ende, por los del asesino al que imitaste. Con deslizar tu mano sobre el lomo del chucho es suficiente. Relativamente fácil. Te cuelas en los jardines de las dos primeras viviendas, que no están vigilados, y dejas una firma. Días más tarde, adulteras la tercera escena, conectando los lugares. Averiguas qué neumáticos lleva el todoterreno de quien pretendes incriminar y le pones las mismas al tuyo durante el secuestro, asegurándote de dejar marcas parciales sobre la nieve que cubre el jardín de los Hayes. Mirándolo bien, no es tan descabellado. Le cortas la cabeza a la madre y te cuelas en la vivienda de Samuel Gillian. Él mismo aseguró durante el juicio que dejaba la puerta corredera del jardín abierta para que el chucho entrara y saliera a placer. El Rompefamilias —los Rompefamilias— solo buscaban saciar sus ansias de poder y su compulsión sexual, pero..., ¿y si ese supuesto tercer hombre buscaba resarcirse? Metió la cabeza de Emily en un congelador, ¿por qué no meter también la de su hijo? Si de verdad lo mató, por qué no dejar... ¿un dedo? Puede que ese supuesto hombre no buscara sentirse un dios ni satisfacer sus más oscuros deseos sexuales, sino el afecto recíproco que sentía por los seres que le arrebataron. Dedujo que unas simples gotas de sangre, potenciadas por una prueba del calibre de una cabeza humana, serían suficientes para condenar a Gillian por dos asesinatos, aun habiéndose encontrado un solo cuerpo. Le cargó el muerto a otro y se quedó con el niño: su meta desde el principio».

Negué con la cabeza.

«Ese maldito Richard Hayes me ha llenado la cabeza de gilipolleces».

Cogí mi bloc de notas, que seguía llevando conmigo a todas partes —bastante desnudo me sentía ya sin placa—, y apunté los nombres de los cinco sospechosos que más dudas me arrojaron cuando era detective de homicidios:

«John Maser.

Ian Hugues.

Walter Donofrio.

Brad Sand.

Oliver Parsons».

«La teoría del padre que perdió a su familia y se volvió loco — pensé, recordando la ausencia de pelos en la lengua de Richard Hayes—, siempre nos rondó la cabeza».

Cinco hombres descartados en su momento. No obstante, las cosas habían cambiado: Samuel Gillian pagaba por los asesinatos de Emily y Alan.

«Solo un loco buscaría a Alan Hayes: un factor, de estar Richard en lo cierto, que juega a nuestro favor. Si es uno de los investigados, por fuerza habrá bajado la guardia. Se cree fuera de peligro, y eso puede jugarle una mala pasada».

¿Estaba perdiendo la cabeza o andaba tras un pretexto? ¿La vejez hacía mella en mis capacidades mentales o solo buscaba una excusa para seguir rastros de nuevo?

Me decanto por lo segundo.

Uno de los investigados

125 días más tarde

No había vuelto a pisar el departamento desde la fiesta «sorpresa» que mis compañeros me prepararon en la sala de reuniones. Había estado rehuyendo aquellas instalaciones como un alcohólico la barra de un bar. Volver sobre lo que fue y ya no sería se me antojó peligroso, un paso atrás en mi proceso de cambio. Dicen, que cuando una puerta se cierra se abre otra. Tras mi larga trayectoria como detective de homicidios, se descubrió ante mí un abanico de posibilidades; sin embargo, ninguna alternativa conseguía hacerle sombra a mi vocación. Pisé la calle una vez terminada la fiesta de jubilación e *ipso facto* empecé a sentirme como un elemento fuera de su sitio natural. Pero cuando puse un pie en mi antiguo lugar de trabajo, entendí que solo entre esos cubículos y despachos, entre esas mesas llenas de documentos y entre esos agentes centrados en resolver crímenes, Shaun Everett se sentía como pez en el agua. Mi estado natural no era el retiro. Por eso estaba allí, porque un documento no iba a decirme lo que podía o no hacer.

Ni siquiera advirtió que me acercaba.

No levantó la mirada hasta que oyó caer los documentos sobre su mesa.

—¡Anda, si es el gran Shaun Everett! —exclamó Brian Allen—. Cuánto tiempo, compañero.

Se levantó enérgico y nos estrechamos la mano. Luego nos sentamos cara a cara, con su desordenada mesa de por medio.

—Pues cuéntame. ¿A qué se debe esta inesperada visita? ¿O solo te has pasado a saludar?

—No. —Decidí no andarme con rodeos—. Creo que John Maser tiene a Alan Hayes, supongo que encerrado en una habitación oculta.

—¿Qué?

—Dentro de este sobre —dije, señalando la documentación que había dejado sobre su mesa — encontrarás la información que he recabado hasta el momento.

—¿Que has recabado? ¿Tengo que recordarte que ya no eres detective de homicidios?

—Si nos ceñimos a la ley, no, no lo soy. Pero tú y yo sabemos que si a un sabueso le pones un rastro delante...

—Y yo, iluso de mí, pensando que estarías sentado en el banco de un parque, dándole de comer a las palomas, recordando viejos tiempos...

—De eso nada, monada.

Los dos sonreímos de medio lado.

—El caso está cerrado, y a no ser que dentro de ese sobre haya una foto reciente de Alan Hayes...

—No la hay. Pero hay indicios suficientes.

—¿Indicios? ¿Sabes lo que es un indicio?: sangre en la pared de un sótano y una cabeza metida en un congelador.

—Ya. Puede que fueran dos, ¿no lo habéis pensado?, como en el caso del Rompefamilias, y que Samuel Gillian esté cumpliendo con su parte del trato: en caso de caer, no delatar a su compinche.

—¿Te estás escuchando? Lo que dices es un disparate. En fin. Hazme un resumen de lo que has averiguado, que no tengo tiempo para esta mierda.

—John Maser perdió a su familia de un modo traumático. He estado revisando las fotografías de la escena del crimen y son escalofriantes.

—¿Cómo has accedido a esas fotografías? —Allen sonrió tras contestarse a sí mismo—. Ya. Tus pajaritos, ¿no?

—He forjado buenas amistades aquí dentro, chaval, y algunas me deben más de un favor. En fin. Sigo. La escena del crimen era tremenda, como venía diciendo. A cualquiera en su sano juicio le trastocaría el cerebro presenciar cómo violan a su mujer y la apuñalan mortalmente, y luego degüellan a su hijo. Durante el juicio, Maser gritó cosas que delataron sus intenciones: «Pagaréis por esto», o, «Os quitaré lo que me habéis arrebatado».

—Conozco la historia de Maser: fue uno de los investigados, ¿recuerdas?

—Todos los días a la misma hora, a las seis en punto, empieza a bajar una a una las persianas de su casa. Dejó su trabajo hace un año. Hace medio vendió un ático en Manhattan por casi tres millones, que heredó de su madre. Es hijo único. Hace relativamente poco compró una vivienda en una zona boscosa a las afueras de Cold Spring, que intuyo pretende usar para pasar tiempo con Alan. Aún no la ha, han, estrenado, que yo sepa. No tiene préstamos bancarios en vigor. No se relaciona con nadie. Tiene desconectado el teléfono fijo y domiciliados todos los recibos, aunque esto último no es tan raro. A lo que me refiero, es a que John Maser no existe para los demás. Y no hablamos de un tipo solitario, de un antisocial. Pasar desapercibido no forma parte de su personalidad: lo ha organizado todo para convertirse en una sombra.

»Perdió a su hijo y decidió suplantarlo. Todo cuadra.

—No cuadra una mierda. Lo que tienes es circunstancial. Y lo sabes, joder. Baja las persianas. ¿Y qué? Yo también bajo las persianas para no oír ruidos de la calle. Deja el trabajo. ¡Pues como tantos cada día! Su mujer y su hijo fueron asesinados. Eso no es motivo para convertirse en un secuestrador. Vende un piso, se compra una casa..., dos cuartos de lo mismo. Ni siquiera tu amigo el juez Petersen firmaría una orden con esos indicios tan endebles. ¿Puedo serte sincero?

—Aún no he acabado.

—Pues sigue. Puesto a joderme la mañana...

—Por las noches ve películas juveniles, sobre todo de Disney. Y no me preguntes cómo lo sé.

—Le habrás pedido que te devuelva un favor a algún informático del departamento, ¿me equivoco?

—Mis fuentes son confidenciales.

—¡Ja! Esto me encanta. Joder, Shaun, no sé si darte un aplauso o un guantazo.

—No te vengas arriba, chaval, que todavía podría mandarte los dientes a dar un paseo.

—No tienes nada, Shaun. Ahora en serio. Me sorprende que estés aquí con acusaciones que no puedes demostrar. Te sorprendería cuántos cincuentones ven ese tipo de películas. La gente quiere ver cosas agradables al final del día, pelis o series que les suban el zen, y se ponen comedias románticas o películas de Pixar. No es tan raro como crees. Además, ese hombre perdió a su hijo. Es probable que ver esas películas le haga revivir momentos que pasaron juntos. En fin. ¿Ya puedo serte sincero?

—Adelante.

—Te respeto. Lo sabes. Has sido una eminencia en esto de atrapar asesinos. —Me guiñó el ojo—. Pero creo que no aceptas lo que eres ahora mismo: un detective retirado, un *jubileta*. Presiento que ves sospechas donde no las hay, porque eso te hace sentir útil. Disfruta de tus amigos, búscate una afición, y olvídate de Alan Hayes. Samuel Gillian Godino mató a Alan y a Emily Hayes. Las pruebas son irrefutables. Imitó el *modus operandi* del Rompefamilias, pretendiendo despistarnos, como lo intentaron otros antes, pero se fue de la lengua, algo que tampoco es nuevo.

—Hay algo que se nos escapó.

—Ah, ¿sí?

—Sí.

—Si a las dos primeras familias las secuestró Travis Jarnson y a la tercera Samuel Gillian, ¿cómo es posible que las firmas coincidieran?

—Samuel Gillian se coló en los jardines de las dos primeras viviendas y... Bueno. Es evidente, ¿no? Nos tragamos el anzuelo como unos novatos. De no haberle confesado los crímenes a su amiguito... En fin. Gillian lo hizo bien y casi nos la cuela, pero hay cosas que no pueden preverse: como una borrachera en un mal momento.

—Ya. ¿En serio crees que un tipo que ejecuta un plan así de brillante, lo echa todo a perder por una melopea?

—Cosas más raras se han visto.

Me incorporé.

—Has reaccionado justo como esperaba. Gracias por tu tiempo. Me largo con mi locura a otra parte.

—Yo no he dicho que estés loco.

—Adiós.

—Hasta pronto, Shaun.

—No creo.

Había llegado a pie y andando volvería. Nadie me esperaba en casa. Jada, Roy y Joel estaban trabajando; Michael pasando unos días con sus abuelos maternos.

La gente madrugaba para tomar el metro. Iban a currar, a estudiar o a disfrutar de sus aficiones. Yo podía acostarme a la hora que quisiera y levantarme cuando mi cuerpo dijera basta, dedicar mi tiempo —siempre libre— a mis pasatiempos.

Miré hacia la azotea de un rascacielos, por donde asomaba un pedazo de sol, y me sentí como una hormiga entre hormigas.

«De nuevo en tierra hostil».

En paz

Caminé en dirección opuesta a mi piso, cuando tal vez debí regresar a casa.

El invierno llevaba días haciéndose notar.

«No tardará en llegar la primera nevada del año», pensé taciturno.

Preví que Allen me vería como un viejo sin nada mejor que hacer que echar la vista atrás, por lo que guardaba en un bolsillo un segundo sobre con la misma información que había dejado sobre su mesa. No quería usarlo, pero tampoco pasar por alto lo que contenía.

Coloqué los pros y los contras en los platos de una balanza imaginaria, y observé de qué lado se inclinaba. Lo hizo a favor de que desistiera. No le hice ni puñetero caso.

Superé un bonito parque, con sus árboles y sus sombras, sus zonas de césped, bancos y fuentes; y sus inevitables viejos sentados al sol. Una desbandada de palomas pasó por encima de mi cabeza. Estuve tentado de dar media vuelta y acoplar mi trasero en uno de esos bancos, y comprobar qué tal se me daba pasar el tiempo sin hacer nada.

«Que otros alimenten a las palomas», pensé. Y anduve hacia el Bajo Manhattan, a la calle donde residía Richard Hayes.

Llamé al portero automático; una suerte que constara su nombre.

—¿Sí?

—Shaun Everett. Me gustaría hablar con usted.

Richard me abrió sin mediar palabra.

Subí las escaleras de un bloque limpio y elegante, con amplios pasillos, paredes beige y bonitas lámparas de techo colgadas cada pocos metros.

Pulsé el timbre del 5º C.

Richard abrió enseguida.

—Hola, Everett.

—Hola, Richard.

Me sorprendió que se dirigiera a mí por mi apellido; supongo que estaba demasiado acostumbrado a la coletilla «detective».

—Tenía entendido que estaba jubilado.

—Y así es.

—Entonces, ¿está aquí por un asunto ajeno a la desaparición de mi hijo?

—No. Estoy aquí para hablarle de la desaparición de Alan.

—Ah. Pues...

Me indicó el camino con un ademán de su mano. Entré tras asentir y él me condujo hasta un amplio salón de muebles modernos, cuadros abstractos y, en general, una decoración acorde con el nivel del bloque de pisos. Con un nuevo gesto de su mano me invitó a tomar asiento en un sofá de piel marrón. Él se sentó delante, en una butaca. Apenas nos separaba medio metro. Nuestras piernas por poco se tocaban. Tanta cercanía me hizo sentir incómodo. Incluso dudé de si

pretendía intimidarme.

—Entonces, si ya no ejerce de detective de homicidios...

—Técnicamente dejé mi trabajo, cierto, pero he seguido investigando por mi cuenta. En mis ratos libres, ya sabe, como hizo usted en el pasado.

—Ya. ¿Y qué ha averiguado?

—Puede que nada. O puede que todo. En fin. Hace tiempo leí un artículo médico que aseguraba que el cerebro y la consciencia pueden mantenerse bastante tiempo después de que el corazón deje de latir. Vamos, de que a uno lo den por muerto.

—¿Dónde quiere llegar?

—Ahora lo verá. Paciencia. Si eso fuera cierto, no quiero pasarme esos últimos instantes de vida extra pensando en si John Maser tuvo algo que ver con el secuestro de su familia. Durante esos últimos momentos quiero sentirme en paz conmigo mismo; echar la vista atrás y ver los rostros de las personas a las que he querido y me han querido. —Saqué el sobre, me incliné hacia delante y lo dejé caer sobre sus muslos—. Ahí dentro está todo lo que debe saber.

—¿Cree que John Maser ayudó a Samuel Gillian?

—Creo que John Maser tiene a su hijo. Lea lo que contiene el sobre y entenderá mis motivos.

—¿Por qué no va con esto a la Policía?

—Lo he hecho, pero me han tratado de viejo anclado en el pasado.

—Sé lo que se siente. Usted mismo me trató de chalado cuando le confesé mis teorías.

—Yo no diría tanto, pero... En fin. Le pido perdón por aquello.

—Está usted perdonado. ¿Y qué quiere que haga exactamente con la información?

—Lo sabe perfectamente.

—Sí. Lo sé. Pero quiero oírselo decir.

—Lo mismo que hizo en el claro de bosque.

—Ya. Pero John Maser no vive en una cabaña perdida de la mano de Dios. No será tan fácil.

—Encontrará el modo. Lo haría yo mismo, pero mis problemas de salud me lo impiden. No obstante, he de pedirle que me prometa una cosa: si encuentra a su hijo en esa casa, retendrá a Maser y llamará a la Policía. Júreme por Dios que no se tomará la justicia por su mano.

—Tiene mi palabra. Lo único que quiero es recuperar a mi hijo.

Amor de padre

Dos días después

La valla servía para poco más que separar el jardín de la calle.

La superó de un salto.

«Es el modo más fácil», pensó mientras caminaba hacia la puerta.

Miró su reloj de pulsera para comprobar que pasaban quince minutos de las seis de la tarde. Las persianas, por tanto, estaban bajadas. No vio cámaras en la fachada. De haberlas ocultas, tampoco le inquietaba. Se había puesto una peluca, una barba postiza y unas gafas de pasta, así como lentillas de color marrón. Antes de salir de casa, le costó reconocerse a sí mismo en el espejo. Llevaba guantes, imprescindibles en cualquier acto ilegal, y cargaba con un maletín y una carpeta portapapeles. Tras abrir la puerta —o verle a través de las cámaras, de haberlas—, Maser descubriría a un hombre que trataba de venderle algo a 'puerta fría'.

Pulsó el timbre, pero no oyó ningún soniquete.

Llamó a la puerta con los nudillos.

No obtuvo respuesta.

«Según las averiguaciones de Everett, apenas sale de casa. Nunca tras bajar las persianas. ¿Se habrá olido la tostada?».

Golpeó la madera con persistencia, cada vez más fuerte, hasta dejarse los nudillos doloridos aun llevando unos gruesos guantes de piel.

Estaba a punto de desistir cuando se abrió la puerta.

—Buenas tardes, caballero —saludó con aire desenfadado.

Maser lo repasó con la mirada y habló falto de tacto:

—No me interesa lo que sea que vende. No joda. —Frunció el ceño—. ¿Ha saltado la valla?

—No, señor. La puerta estaba abierta.

—De eso nada.

El propietario hizo ademán de comprobarlo, pero Richard colocó una mano sobre su pecho y susurró «quieto ahí», al tiempo que sacaba su arma de un bolsillo de su elegante abrigo marrón y encañonaba el estómago de Maser.

—No dispare —rogó Maser con las manos levantadas y una expresión acobardada—. No pretendía ser grosero. Lo siento. ¿Quiere dinero? Tranquilo. Dentro tengo mi cartera. Si quiere voy y…

—No quiero tu maldito dinero. Entra en silencio o te dejo la tripa como un colador.

Maser entró y Richard, tras cerrar la puerta, habló con rotundidad:

—Dame la espalda y junta las manos.

—¿Qué es todo esto? Puede llevarse lo que quiera. No opondré resistencia.

—No soy un ladrón. ¡Y date la vuelta!

Maser obedeció y Hayes le colocó unas esposas.

—¿Tienes armas en casa?

—Guardo una pistola en un cajón de una mesita de mi dormitorio.

—Bien.

—Ahora siéntate.

—¿En el suelo?

—¡No, joder, en una silla!

Maser se mostró dubitativo, pero finalmente anduvo hacia el final del pasillo.

—Vayamos al salón, si le parece. Pero, por favor, no dispare.

—Obedezca y no lo haré.

—¿Esto es por lo de Steven Peele? —preguntó en cuanto pisaron el salón donde asesinaron a su familia.

Richard sabía —de nuevo gracias a la documentación aportada por Everett— quién era Steven Peele: quien mató a la mujer y al hijo de Maser y que asimismo murió de un disparo efectuado por un vecino tras cometer los asesinatos.

—No. Busco a mi hijo. Sé que está aquí, en alguna parte, y voy a encontrarlo. Estaría bien que dejaras de hacerte el tonto. No va a servirte de nada, John. Conozco las tretas de los de tu calaña.

Richard se quitó la peluca, las gafas, la barba postiza y las lentillas, y las metió en el maletín, que dejó abierto sobre la robusta mesa del salón.

—¿Me reconoces ahora?

—No. ¿Debería?

—Deja de jugar conmigo. Mi paciencia tiene un límite.

Richard apartó una silla de la mesa y la señaló con el mentón.

—Siéntate.

—De acuerdo. Pero le juro que no le había visto en mi vida.

—Soy Richard Hayes, padre de Alan Hayes y marido de Emily Hayes. Pero eso ya lo sabes, ¿verdad? Mataste a mi mujer y mantienes cautivo a mi hijo en esta casa.

—En la tele y los periódicos os llamaban la Tercera Familia —recordó Maser—. Sí. Hubo un juicio. Durante un tiempo, los informativos no hablaban de otra cosa. Su mujer... La secuestró un tal Samuel no sé qué, ¿no? ¡Usted rescató a esas mujeres y a sus hijos! ¡Joder, es un héroe! ¿Qué hace aquí apuntándome con un arma? Un hombre fue condenado por la muerte de su mujer y su hijo. No lo entiendo.

Richard ignoró los comentarios de John; no le apetecía perder saliva dando unas explicaciones que, según sus sospechas, Maser ya conocía. Sacó una cuerda de nailon del maletín y lo sujetó a la silla sin dejar de encañonarlo.

—Vamos a jugar. Porque me lo he jugado todo viniendo aquí, ¿sabes? He confiado ciegamente en alguien, y si ese alguien yerra, estoy jodido. O, dicho de otro modo, estoy dispuesto a llevar este asunto al límite. No pienso marcharme de aquí hasta que aparezca mi hijo. Alan tiene seis años; me pregunto cuánto aguantará donde sea que lo ocultas. Sé —en realidad Richard no sabía nada a ciencia cierta— que lo escondes en esta casa. Si no me dices dónde, morirá y tú morirás con él. Tal vez le prenda fuego a esta maldita casa. Prefiero verle muerto que contigo. Pero, si como aseguras, no está aquí, solo morirás tú; y consideraré tu muerte un daño colateral. Si te soy sincero, creo que estoy perdiendo el norte.

—No sé nada de su hijo. Lo juro.

Las amenazas de Richard parecían surtir efecto en el ánimo de Maser. Cualquier otro, al verlo

sobre aquella silla con el más puro terror reflejado en sus ojos, hubiera pensado que aquel hombre atado de pies y manos estaba al borde de un ataque de pánico. Pero los infortunios de la vida habían vuelto a Richard Hayes un hombre al borde de la impiedad.

—Eso ya lo veremos. Por cierto: hace poco compraste una casa en las afueras de Cold Spring, ¿cierto?

—Sí. ¿Por?

—Necesito sus llaves.

—Pues… No sé dónde están.

Richard encañonó la cabeza de Maser.

—Cinco, cuatro, tres, dos…

—¡Vale, vale! ¡En el mueble recibidor, joder!

Hayes se ausentó un momento para hacerse con las citadas llaves, que se guardó en un bolsillo. De nuevo ante John, volvió a formular la única pregunta que le importaba: «¿Dónde escondes a mi hijo?».

—Jamás he estado con su hijo, Richard. Créame. No miento.

Richard abandonó el salón como un suspiro de una boca: indeliberadamente. Tenía claras sus pretensiones, pero ya no tanto cómo conseguirlas. Empezó a buscar por el piso de arriba. Cajón por cajón, armario por armario. Lo único que consiguió fue cerciorarse de que guardaba un revolver donde había confesado. Continuó por la primera planta, dejándole un recado al propietario a su paso por el salón: «No te muevas o te disparo en un pie». No halló indicios de que su hijo hubiera estado entre aquellas paredes. Bajó las escaleras que conducían al sótano —lugar del que albergaba más esperanzas—, y halló una pequeña habitación de paredes blancas, rodeada de trastos. Buscó una puerta oculta por detrás de los armarios y las estanterías, pero dio con paredes llanas como un campo sin labrar.

Se sentó en su centro, desesperado.

«Maldito Everett de los cojones —lamentó apretando puños y dientes—. ¡Aquí no hay nada, joder! Maser perdió a su familia, como yo a la mía, ¿y me cuelo en su casa como un vulgar ladrón y lo trato como a un vulgar criminal? ¿Qué coño estoy haciendo?».

Se tumbó bocarriba y observó el blanco y liso techo.

«¿Dónde pasaría desapercibida una habitación? ¿Bajo tierra? Ya estoy bajo tierra. ¿Más abajo? —Se puso de rodillas y deslizó la palma de sus manos por el suelo de cemento en busca de una junta, pero lo halló homogéneo—. A un cuarto se entra por una puerta. Pero ¿y si no hay puerta?».

Apartó los dos armarios y las tres estanterías y todo lo que se apoyaba en las paredes.

Pensó en cómo estaba distribuido el jardín.

«De haber una habitación oculta, ha de estar al otro lado de esa pared», dedujo mientras fijaba la mirada en el muro a su derecha. Se acercó y lo empujó con ambas manos, y este se separó de las demás gracias a unos rieles anclados al suelo.

«Será hijo de perra. La Policía buscó una puerta. De todos modos, nunca se presentaron en esta casa con una orden de registro. Maldita jurisprudencia».

Hizo un poco más de fuerza y la pared se distanció lo suficiente como para que asomara la cabeza por las esquinas. Al hacerlo, descubrió una especie de pasadizo secreto de unos cincuenta centímetros de ancho, y a su fondo, en paralelo a la pared a su izquierda, una puerta metálica.

«Dios santo. ¿Tras esa puerta está mi hijo?».

Para Richard, aquella entrada significó un halo de esperanza.

Pasó de lado entre los muros, notando el roce del hormigón en su espalda; apenas restaban diez centímetros entre su pecho y la pared de enfrente. Alcanzó la puerta de metal, pero la encontró cerrada con llave.

«Lógico. Tendré que pedirle ayuda a mi vieja amiga la pata de cabra».

Volvió arriba y se colocó ante Maser.

—He encontrado la habitación donde escondes a Alan. No es un farol. Está detrás de una de las paredes del sótano.

La expresión de Maser cambió, como un cuerpo sin vida tras el paso del tiempo; de mostrarse sumiso y receptivo, a exteriorizar sorpresa y preocupación.

—Dame la llave del sótano oculto.

—No.

—Como quieras. La reventaré con mi pata de cabra.

—Será como intentar abrir un búnker con un palillo. Suerte.

—Tengo tiempo de sobra.

—No creas. Alan no durará más de una semana. Abajo hay agua corriente, sí, pero desde que se fue su madre, apenas hay comida. Detrás de la puerta que has visto hay otra habitación, y otra puerta blindada. Y la llave de dicha puerta está dentro de una caja fuerte, encastrada en una de sus paredes. Pero qué más dará, ¿no? Solo tienes que poner en sobre aviso a la Policía.

—Tengo otros planes para ti, John Maser.

El asesino frunció el ceño y, por primera vez, Richard advirtió verdadera extrañeza en sus ojos.

—Necesito entrar en ese sótano.

—Quiero a mi hijo, pero...

—Alan no es tu hijo, maldito cabrón.

—... te digo lo mismo que has dicho tú, Richard: lo prefiero muerto a verlo en manos de otro. Que la Policía perfore el jardín o tire la puerta abajo. Como prefieran. Pero me niego a que te salgas con la tuya.

—Pues moriréis.

—No sé qué tienes pensado hacerme, que evita que llames a la Policía y hagas sufrir a un pobre niño, pero no pienso ayudarte a conseguirlo.

»Llama a la Policía y acaba con todo, Richard.

—Dame la llave y la combinación y ambos viviréis. No permitas que el ego mate a tu hijo.

Richard decidió seguirle la corriente al confirmado asesino y secuestrador.

Maser sonrió de medio lado.

—Prefiero jugar. No temo a la muerte ni al dolor, pero temo a una vida entre rejas. Me juré a mí mismo, que de pisar la cárcel me suicidaría a las primeras de cambio. Nadie puede evitar que me cuelgue de los barrotes de mi celda con unas sábanas. Así que, suceda lo que suceda, estoy muerto. ¿Por qué no divertirme un poco antes? «Está como una cabra —pensó Richard, consternado—. ¿Y mi hijo ha estado viviendo con este elemento?»—. No voy a darte nada —insistió Maser—. Ahora soy yo quien tiene la sartén por el mango. Adelante, tortúrame si quieres. No sé qué tienes en mente, pero no voy a servírtelo en bandeja. Llama a la Policía o mata a tu hijo, dejándome morir.

—Juguemos, pues.

—Te advierto que ya he jugado a esto. Con tu mujer, además. ¿Y recuerdas cómo acabó esa partida? Te refrescaré la memoria: uno de los jugadores perdió la cabeza.

Richard pasó por alto las provocaciones de Maser. Por el momento. Fue a la cocina y cogió una bolsa de basura. Regresó al salón y se colocó detrás de Maser en absoluto silencio, como un alma en pena que vaga en busca del más allá. Le puso la bolsa en la cabeza y tiró con fuerza hacia atrás.

«No debo dejarle marcas —pensó mientras Maser se sentía como pez fuera del agua—. Espero que esto sea suficiente».

Richard observó los labios en relieve de John, sus ojos en blanco, sus piernas convulsionantes; su taquicárdica lucha en busca de oxígeno.

El torturado se desmayó tras aguantar largos minutos de sufrimiento.

«No he de apurar tanto. Si muere, tendré que llamar a la Policía —temió mientras le quitaba la bolsa de la cabeza—. Podría llamar a Brian Allen desde una cabina de teléfono, de forma anónima. Pero me temo que he dejado un rastro demasiado largo. Mi hijo sería libre mientras yo me pudro en la cárcel. Everett es un buen hombre, no podrá soportar la presión, y desvelará nuestro "acuerdo".

»No me queda otra que continuar.

»Necesito a Maser con vida.

»Necesito esa llave y esa combinación».

Tres horas después

Sentado a la mesa del salón, al lado de Maser, mojé pan en el huevo que me había preparado en la cocina.

—Estos huevos fritos están de rechupete —dije con la boca llena—. ¿Dónde los compras? —Maser, cabizbajo, ignoró mi pregunta—. En fin.

Me eché a la boca el último trozo de pan mezclado con yema y me levanté enérgico, cogí la bolsa de la basura amarilla que había dejado al lado del plato y me coloqué de nuevo a la espalda de mi anfitrión.

—Habla.

—No.

Le puse la bolsa en la cabeza y lo asfixié, pero en dicha ocasión parando cada dos minutos —ayudándome de mi reloj de pulsera—para que tomara aire, para alargar su sufrimiento y mi tranquilidad. No quería que volviera a desmayarse. O aún peor: que sufriera una parada cardiorrespiratoria. Además, no me apetecía hacerle el 'boca a boca'.

Maser soportaba el dolor como solo un loco podría hacerlo. Sin embargo, su cuerpo reaccionaba como el de cualquier otro hombre: forcejeos, convulsiones, gritos... Cuando sentía un atisbo de compasión, pensaba en Emily y las dudas se esfumaban como un manto de rocío tras salir el sol.

Pasé los dos días siguientes durmiendo en su sofá, comiendo su comida y evacuando en su baño —tomando precauciones—, torturándolo sin dejarle marcas, preocupado por el estado de salud de mi pequeño. Luchando, como John, por no venirme abajo.

Tres días más tarde

Le quité la bolsa.

—Habla.

—No.

Sonrió y me sobrevino una ansiedad terrible.

Fui a la cocina y me dejé caer sobre el suelo, apoyando mi espalda en su isla central. Me eché las manos a la cara y me froté los carrillos, los ojos, el mentón..., como si tuviera sarna.

—¡Joder, joder, joder! —susurré; no quería que notara mi frustración.

«El farol ha ido demasiado lejos. Sabe que no dejaré morir a Alan.

»Solo han pasado tres días. Tiene agua y algo de comida. Es pronto para preocuparse por su vida, pero… El plan, por un bien común, precisaba de su sufrimiento, pero Maser no soltará prenda. Nunca lo hará. Sin llave y sin combinación nada tiene sentido. Debí prever que esto podría pasar.

»Es evidente que no le importa morir. El dolor no parece surtir efecto en él. Está totalmente perturbado. Le cortó la cabeza a mi amor y la metió en el congelador de otro. No sé de qué me sorprendo. No tiene nada que perder. Sabe que le espera la cárcel, y para él, prisión significa muerte. Está disfrutando con este tira y afloja».

Imaginé a Alan en la soledad de un sucio sótano.

«He intentado hacer justicia, y el error me va a costar caro».

Cogí mi teléfono móvil dispuesto a llamar a Brian Allen, cuando oí su rasgada voz: «¡Ven! ¡Ya está bien, Richard! ¡Ya está bien!».

Anduve por el pasillo escuchando sus gritos febriles, más acordes con los de un hombre que grita en sueños: «¡Basta ya, Richard! ¡Esto no puede acabar así!».

Observé a Maser desde el umbral del salón, con la cabeza gacha y un hilo de baba saliendo de su boca.

—¿Qué?

Alzó la mirada.

—Quiero a mi hijo. Alan es todo lo que tengo. Ese hombre malo entró y se lo llevó junto a su madre, pero luego vino Dios y lo trajo de vuelta.

«Alan no es tu hijo —pensé—. Tu hijo murió a manos de un asesino; el mismo que violó y mató a tu mujer. Tú mismo estuviste presente cuando lo hizo». No obstante, no lo contradije.

—Se lo advertí —dijo entre lágrimas—. Le dije a Alan que vendrían los hombres malos. Le dije que teníamos que prepararnos para ese día. Pero nunca pensé que llegaría tan pronto. Amo a mi hijo, y no puedo verlo sufrir. Lo siento. Me equivoqué.

»No quiero morir, Richard. Te he estado mintiendo. Acepto una vida entre rejas. Lo confesaré todo ante la Policía. ¡Lo juro!

Richard observó a aquel hombre con la mente rota en mil pedazos, y supo que estaba a punto de ganar la partida.

«No confesarás ante nadie, escoria», pensó mientras esbozaba una media sonrisa.

—La llave está debajo de mi cama —reveló John—, en un tablón suelto del parqué. La combinación es: «24 12 69 06 91». ¡Lo siento!

Richard asintió con la cabeza y pensó: «El primer paso, el más importante, está dado».

Volvió a colocarse la peluca, la barba, las gafas y las lentillas, ante la atenta y perpleja mirada de Maser, que, aun estando claramente confuso, no preguntó nada; Richard entendió que John se había encomendado a su destino.

Subió a la habitación principal y apartó la cama, y enseguida se percató de que una lámina

parecía «mal puesta». Consiguió levantarla con las uñas, que llevaba días sin cortarse, y debajo encontró la prometida llave.

«Bien».

Bajó a la cocina y llenó de alimentos cuatro bolsas de tela que descubrió detrás de la puerta del armario escobero: agua embotellada, fruta, latas, comida precocinada, embutidos… Provisiones suficientes para que un niño aguantara un mes, como poco.

Bajó al sótano cargando con dos bolsas en cada mano.

Se introdujo por el pasadizo secreto, dejó las bolsas en el suelo y abrió la puerta blindada con la llave recién obtenida. Palpó las paredes a tientas en busca de un interruptor, que no tardó en encontrar; lo pulsó y una pequeña sala, con una caja fuerte destacando sobre el blanco de sus paredes, se iluminó ante sus ojos, que no reflejaron sorpresa.

Usó la combinación para abrirla y hacerse con la última llave.

La metió en la cerradura de la ‘puerta final’ y la giró lentamente.

«Ya falta menos».

Agudizó el oído, pero no percibió nada al otro lado.

Empujó la gruesa lámina de metal y dejó las bolsas delante de ella, de modo que no pudiera cerrarse sola.

—¡Alan! —gritó.

—¿¡Papá!?

La voz de su hijo lo emocionó, pero no había tiempo para sentimentalismos.

Salió del cubículo y cerró con llave.

«Ni siquiera necesitaba ponerme la peluca, la barba... Pero mejor guardarme en salud».

Percibió ruido al otro lado de la ‘primera puerta’. Luego, de nuevo, la voz de su hijo, apenas perceptible, como el siseo de una brisa marina: «¿Papá? ¿Dónde estás? ¿Papá?».

Richard deshizo sus pasos hasta sentarse en el antepenúltimo peldaño de las escaleras que conducían al sótano. Desde allí ya no escuchaba la voz de Alan.

«Llama a su padre, pero no me llama a mí —pensó mientras luchaba contra sus propios demonios—. Ese maldito le ha envenenado el cerebro. Mató a mi mujer, le cortó su preciosa cabeza, e hizo suyo a mi hijo».

»Lo siento, *pichuflín*, pero tu sufrimiento es necesario.

»Pero tranquilo: pronto acabará todo.

Contra la tormenta

Lo ayudó a levantarse mientras lo encañonaba y, tirando de su brazo, lo codujo hasta el garaje. Abrió el maletero del todoterreno con las llaves que su propietario le había dado y se dirigió a este con rotundidad:

—Entra. Vamos a dar un paseo hasta Cold Spring.

—¿Alan no viene con nosotros?

—Él se queda.

—¿Por qué?

—Calla y entra.

John, con las manos unidas a la espalda, se introdujo en el maletero con las fuerzas de un hombre que llevaba cuatro días sin probar bocado. Se tumbó bocarriba, como la asistente de un mago en un cajón de madera antes de que este proceda a serrucharlo. Sin embargo, las pretensiones de Richard no tenían trampa ni cartón: percibía con más claridad que nunca cuál era el único modo de hacer justicia. Unió los pies del cautivo con las mismas cuerdas que poco antes lo habían mantenido sujeto a una silla, en el salón donde su familia murió a manos de un ladrón que no se conformó con robar objetos materiales.

—Si te mueves o haces ruido, paro el coche, te pego un tiro en la nuca y te tiro a una zanja. ¿Entendido?

Maser asintió con la cabeza y pensó en quien consideraba su hijo: «¿Por qué lo deja aquí encerrado? ¿Qué pretende hacernos? ¿Por qué me lleva a Cold Spring?».

Richard se puso a los mandos del todoterreno y puso la llave en el contacto. Cuando el reloj del salpicadero marcaba las tres de la madrugada, pulsó el botón del mando a distancia de la puerta basculante y esta ascendió como un telón antes de representarse una tragedia shakesperiana.

Conocía el camino a Cold Spring.

«Everett también sabe cómo llegar», pensó antes de encender el motor.

«Aguanta un poco más, hijo».

A medio camino empezó a nevar.

Los copos danzaban al otro lado de la luna como bailarinas sobre un fondo negro, pareciendo chispas al toparse con la luz que arrojaban los faros del todoterreno.

«Como el día que se los llevó. —Sonrió a causa de aquella siniestra casualidad—. Todo estaba cubierto de nieve».

Le invadieron remordimientos. Por un momento adivinó lo que se avecinaba, la terrible tarea que aún le quedaba por delante: la respiración entrecortada de Maser, el espanto en sus ojos, las lágrimas, las súplicas…

«No lo hago por gusto».

El viento mecía las ramas de los árboles, de los suficientemente arrimados a la carretera como para que Richard percibiera el vaivén de sus hojas. El frío se colaba por las juntas del maletero, pero Maser no expresaba ningún disgusto. Richard podía olfatear su miedo desde su asiento; un

miedo cerval, que devoraba a John como un incendio provocado por un rayo.

«Ahora no te pones tan gallito, ¿eh?».

Recordó la altivez y el desprecio de Maser: «Prefiero jugar. No temo a la muerte ni al dolor, pero temo a una vida entre rejas. Me juré a mí mismo que de pisar la cárcel me suicidaría a las primeras de cambio. Nadie puede evitar que me cuelgue de los barrotes de mi celda con unas sábanas. Así que, suceda lo que suceda, estoy muerto. ¿Por qué no divertirme un poco antes?».

Sonrió de medio lado.

«Mentiras. Todos somos muy valientes, hasta que la punta de la guadaña asoma por una esquina».

Presintió que los remordimientos le retorcerían de dentro a fuera, así que se predispuso contra ellos y los ignoró poco después de que aparecieran. Tal vez debió prestarles más atención; pero hay formas de obrar que solo el tiempo es capaz de poner en su sitio.

Cruzó el pueblo y tomó un acceso a la derecha cuando un cartel indicaba que el término municipal llegaba a su fin. Cold Spring perduraba bajo inclementes rachas de viento, que caían de lado como enormes flechas de hielo. Medio palmo de nieve cubría el camino. Más allá de las puertas de su vehículo podía ver troncos alzándose entre una oscuridad tiznada de líneas blancas; sobre su techo, más negror, sin nubes ni estrellas; ante su capó, un trayecto tapizado de nieve virgen, que las ruedas de su transporte marcaban por poco tiempo.

La vio al fondo del camino, como una gran silueta picuda luchando contra la tormenta.

«Buen lugar para pasar desapercibido. Con Samuel Gillian pudriéndose en la cárcel, pensabas que todo estaba hecho, ¿verdad, John?».

Pulsó el mando a distancia; empezaba a hacerse un lío con tanto mando y tanta llave.

Metió el coche en el garaje y se apeó al resguardo de la nevada. Encendió la luz. Aquella parte de la casa estaba falta de ambiente hogareño, vacía a excepción de una escoba apoyada en una esquina y un perchero del que colgaba una bata de trabajo. El frío se colaba hasta los huesos, como el silencio de Maser en su conciencia. «Detente», rogó su molesta voz interior. El viento golpeaba las paredes y hacía crujir el techo de madera, provocando un silbido lamentoso, como si las gélidas ráfagas que colmaban el exterior también trataran de refrenarlo.

Alcanzó la parte trasera del todoterreno y abrió el maletero.

—¿Por qué estamos aquí? —preguntó Maser con voz entrecortada.

—¿Seguro que quieres saberlo?

Asintió con la cabeza.

—Lo sabrás. Pero no antes de que amanezca.

Corazón

Cada noche, antes de acostarme, zapeaba en busca de ‘la noticia’, pero daba la sensación de que Richard tiró el sobre a la basura en cuanto abandoné su piso. Daba esa impresión, pero no me lo creía. De ahí que, tras dejar pasar un tiempo prudencial, me propusiera descubrir qué había hecho con la información. En el fondo deseaba que aquel padre obstinado se hubiera rendido, pero al mismo tiempo temía que su resignación nos dejara a las puertas de la verdad.

—Buenos días, familia —saludé tras entrar en el salón—. Se nota que es domingo, ¿eh? Todos ahí, gorroneándome la comida como si no hubiera un mañana. —Los tres sonrieron, centrados en el contenido de sus platos—. Lo de ellos es normal. —Señalé a Roy y a Joel—. Viven aquí. Pero lo tuyo, Jada...

—Es que me he quedado sin cereales —se justificó con unas formas más propias de una niña de diez años que de una mujer de treinta y dos—. ¿Qué querías que hiciera? Estaba atada de pies y manos.

Roy, con Coco a sus pies, y Joel, rieron ante su plato de huevos revueltos.

—¿Y Michael?

—Durmiendo. Le he dejado una nota para que venga en cuanto se levante.

—Dile, que esta tarde, si quiere, podemos ver juntos una peli de misterio.

—El niño no puede ver ese tipo de películas, Shaun. Te lo tengo dicho. Pero bueno, se lo diré cuando venga. ¿No te quedas a desayunar?

—No. He quedado con un antiguo compañero de trabajo. Quiere consultarme no sé qué de un caso que se le está atragantando.

Mentí. Qué más hubiera querido yo que servir de algo; nadie se acordaba ya del «magnífico» Shaun Everett.

—Ah. Pues nos vemos luego, entonces.

—Sí. Hasta después, Shaun —se despidió también Joel, cuando un pedazo de beicon iba de camino a su boca.

—Chao, Shaun —dijo Roy; Coco se me acercó para que lo acariciara.

Abandoné mi domicilio y anduve pensativo por el pasillo.

La puerta del piso de Jada se abrió cuando pasaba por delante.

—¿Qué pasa, chaval?

—Hola, Shaun. —Nos chocamos los puños; a Michael le gustaba saludar de esa manera, y los demás le seguíamos el rollo—. ¿Dónde vas?

—A almorzar con un colega. Si llego pronto, podemos ver una peli de asesinatos. ¿Te parece?

—Pues claro.

—Nos vemos luego, entonces.

—Vale.

Caminamos en direcciones opuestas.

Llamé a Richard antes de entrar en mi coche. Su móvil comunicaba. Volví a hacerlo cuando me acercaba a su domicilio, obteniendo el mismo resultado.

Las calles mostraban las adversidades provocadas por la nevada nocturna, que no amainó hasta que el sol dijo «basta», como si hubiera mandado sus rayos a secar las nubes. Las aceras brillaban peligrosamente y los pasos de peatones se distinguían como verdaderas pistas de patinaje. Ver nevar es un bonito espectáculo, dicen algunos; yo solo veo una resaca de resbalones inoportunos y quitanieves formando atascos.

El frío se apreciaba en los rostros de los viandantes, que caminaban por las resbaladizas aceras ataviados con bufandas, guantes y gorros de lana. El vahó salía denso de sus bocas, como si al igual que mi coche llevaran un motor diésel en las entrañas.

Llamé al portero automático del elegante bloque donde residía Richard. Empecé a inquietarme al no obtener respuesta. Volví a llamarlo al móvil: nada, comunicando.

Tomé un descafeinado y una tostada en una cafetería cercana y, un poco más tranquilo, conduje hasta la casa de John Maser.

Con tanto ir y venir se me habían ido más de tres horas.

Aparqué lejos y caminé hasta la valla, que encontré cerrada.

Las persianas estaban bajadas.

«Deberían estar subidas —medité receloso—. Estuve vigilándolo durante más de dos semanas y siempre las subía sobre las ocho de la mañana y las bajaba sobre las seis de la tarde».

Volví a llamarle al fijo y al móvil. El primer teléfono dio tono, pero nadie lo cogió; el segundo, siguió torturándome con su siniestro «pi, pi, pi, pi, pi…».

Superé la valla del jardín delantero. Entre quejidos guturales, pasé una pierna por encima y luego la otra. No sin dificultad: tenía la misma flexibilidad que el tronco de un roble; por un momento incluso pensé que iba a quedarme atascado con la valla entre las piernas.

Llamé al timbre y luego golpeé la puerta con los nudillos, pero no obtuve respuesta. Pegué la oreja a la madera y agudicé el oído, pero solo percibí silencio.

«Las ventanas están bajadas cuando deberían estar subidas, y no parece haber nadie dentro.

»¿Dónde te has llevado a Maser, Richard?

»¿A su casa recién comprada en Cold Spring?».

Una hora y cuarto después

Tuve la sensación de llevar un inmenso paraguas negro abierto sobre mi Ford. El cielo parecía dispuesto a descargar toda su furia sobre lo que tuviera debajo. En poco más de un centenar de kilómetros, el paisaje de matices claros de Nueva York había dado paso a un cielo visitado por resplandores, a los que seguían truenos que ponían los pelos de punta. Algo se cocía en el ambiente, y sospechaba que no tardaría en estar en su punto.

Tras algo más de una hora de trayecto tomé una salida a la derecha. El cartel que indicaba el fin del pueblo quedó atrás, y por delante un camino entre pinares cubierto de nieve, deslucido por marcas de neumático que mi Ford machacó sin piedad.

La casa no tardó en aparecer, al fondo, de madera oscura y techo piramidal, con porche y terraza.

Aparqué en un apartadero cercano, si bien lejos del alcance de miradas inoportunas. Anduve por la cuneta, pegado a los troncos que delimitaban el camino, con mi nueve milímetros a buen recaudo en un bolsillo de mi abrigo.

«Otra casa en el bosque», pensé, recordando a los dos sujetos que formaron el

Rompefamilias.

La casa parecía deshabitada.

«Las persianas también están bajadas…».

Me acerqué al porche, que crujió al soportar mi peso.

«Tira el arma», oí a mi espalda.

«Mierda».

Me di la vuelta en el mismo instante que se desataba la tormenta, como si las nubes hubieran estado conteniéndose para liberar su furia en el momento más dramático.

Richard me apuntaba con un revolver, ataviado con un elegante abrigo marrón, un jersey de cuello alto, un pantalón de pinzas, guantes de piel y una gorra —que no casaba con el resto de su indumentaria—, bajo la que asomaba una redecilla.

«Esto no me gusta».

—Sé que vas armado. Saca la pistola y lánzala a mis pies. Y no hagas tonterías; no quiero verme obligado a disparar.

Hice lo que me pedía.

Richard cogió mi pistola con una de sus manos enguantadas y se la guardó en un bolsillo del abrigo.

—Ahora, dame la espalda.

—¿Es necesario?

—Sí.

No entendía tantas reservas.

—Solo he venido a comprobar cómo estabas. No contestabas a mis llamadas. Pensaba que te había pasado algo malo.

—Ya. Pero date la vuelta.

Obedecí de nuevo, y enseguida oí crujir el suelo del porche.

Me juntó las manos a la espalda con unas esposas mientras sentía su aliento en mi nuca. Luego se puso de cuclillas para unir también mis piernas, esta vez con una cuerda. Me chocó que tomara tantas precauciones. «¿A qué cree que he venido? ¿Teme por su vida?». La atadura en torno a mis tobillos estaba suelta, por lo que podría andar con pasos cortos.

No tuve tiempo se sopesar la situación: en un abrir y cerrar de ojos, me vi como un reo de camino al patíbulo.

—Entremos.

Me agarró del brazo y me guio hasta la puerta, que había dejado entreabierta. La empujó y me condujo hasta el salón por un corto pasillo de paredes tostadas, dejando atrás un mueble recibidor y un perchero de pie. La casa estaba en penumbra. El salón dividido en dos partes bien diferenciadas: nada más entrar encontrabas una cheslón, una mesa de centro y un mueble televisor, y a unos metros de la tele empezaba una amplia cocina. Richard me ofreció asiento en uno de los taburetes arrimados a su isla central, al que tuvo que ayudarme a subir. Él se sentó al otro lado de la encimara de mármol.

—Te he estado esperando, Shaun.

—No entiendo tanta estupidez. En serio. No tengo intención de hacerte nada malo.

—Solo has venido a husmear, lo sé. Imagino que has estado llamándome al fijo y al móvil como si no hubiera un mañana, y has pasado por mi piso a ver si estaba. Después has ido a echar un vistazo a la casa de Maser y has visto las persianas bajadas, y eso te ha hecho fruncir el ceño. Entonces has pensado que tal vez estaríamos aquí. No quedaba otro sitio donde mirar, ¿verdad?

—¿Maser tenía a Alan?

—En efecto. Y mató a Emily.

—E inculpó a Samuel Gillian.

—Cierto.

—¿Alan está vivo?

—Sí.

—¿Dónde lo tienes?

—A salvo.

«El gran misterio acaba de ser resuelto», pensé. No obstante, dicha revelación había abierto nuevas incógnitas.

—Si descubriste a Maser, ¿por qué no llamaste a la Policía?

—La cárcel no es suficiente castigo.

—Lo mataste —deduje—. Lo enterraste por ahí afuera, ¿verdad? Esto es una maldita locura. No puedes salirte con la tuya, Richard. ¿Has perdido el sentido común? ¿Pretendes matarme a mí también para silenciarme? ¿Y luego qué? ¿Vivirás aquí con Alan? ¡Hay un hombre inocente en la cárcel!

—A Samuel Gillian le queda poco de estar entre rejas.

—Entonces…

No entendía nada.

—Nadie buscará a John. Para el resto del mundo, Alan está muerto. —«Ha perdido la cabeza», pensó Shaun—. Medité hacerle una propuesta, detective: que me permitiera hacer justicia a mi modo, torturándolo hasta la muerte. Maser, como usted mismo explicó, lo preparó todo para convertirse en una sombra. Nadie vendría a husmear por aquí. Pero sé que su conciencia no puede cargar con un peso así, y que tras darme un falso «sí», iría corriendo a delatarme. En fin. Su llegada aquí era inevitable, y lo he preparado todo en consecuencia. Si le dejo marchar, me delatará; pero si solamente desaparece... Usted mismo me dijo, que antes de darme el sobre pasó por su antigua oficina y les dejó a sus antiguos compañeros la misma información que luego me facilitó a mí, y que lo trataron como a un viejo lunático. Si usted desaparece… —Richard se detuvo: un golpe seco se oyó proveniente del piso de abajo, del sótano. «Maser», pensó Shaun con un nudo en la garganta—. Si usted desaparece, decía —prosiguió Richard—, sus viejos amigos no tardarán en registrar la casa del hombre que retengo un piso más abajo. Si algo he aprendido de John, es que uno siempre debe guardar un as en la manga.

—Entonces, ¿qué piensas hacer conmigo?

—He estado aseándome en el bosque, llevando gorra y una redecilla en el pelo, guantes..., y solo he ocupado esta habitación, que limpiaré antes de marcharme, borrando cualquier rastro de mi paso por aquí, y del suyo. La casa es de John, así que sus huellas no importan. De todos modos, hay escasas posibilidades de que la Científica pase por aquí.

»Su desaparición, repito, provocará que se investigue la casa de John. La única pista que podrán seguir será el sobre que les dejó, sus sospechas, su «creo que John Maser tiene a Alan Hayes». Me lo confesó, exdetective de homicidios: no logra sacudirse la tristeza que le causa estar jubilado.

«Se ha vuelto loco».

Los rostros de Joel, Roy, Jada y Michael desfilaron por mi mente, provocando que me sobreviniera un intenso y ridículo instinto de supervivencia. Traté de bajarme del taburete, pero

caí de bruces al suelo. Richard rodeó la isla con la rabia de un justiciero y se abalanzó sobre mi espalda como un mosquito sobre un pedazo de piel, y golpeó mi nuca con la culata de su revolver.

«Vamos, corazón —pensé mientras trataba de darme la vuelta, en vano—. Acaba conmigo. Ahora. Es el momento. ¡Vamos, corazón!».

El primer culatazo no consiguió hacerme perder el conocimiento.

Pero un segundo, más contundente, me lanzó a los brazos de Morfeo.

Justicia

Desperté en posición fetal, maniatado y amordazado, con los ojos cubiertos por una tela no demasiado gruesa. El traqueteo a mi alrededor y el constante sonido de un motor me hicieron entender que había recobrado la consciencia en el maletero de un coche en marcha. Y acompañado: notaba la fricción de un cuerpo contra el mío. El lugar se llenó de luz por un instante, y pude vislumbrar la silueta de un hombre a través de la ligera tela que cubría mis ojos, como un oscuro y borroso horizonte.

«Maser».

Percibía cómo, sin aparente prisa, el motor rugía antes de que Richard cambiara de marcha y cómo tomaba las curvas. Intenté hablar, pero solo conseguí emitir un incomprensible «*mmmm*…».

—¡Silencio! —se oyó, sobresaltándonos a ambos; pude notar el respingo de Maser—. ¡O paro y os rebano el pescuezo!

«Ha perdido el norte —pensé, sintiendo una ansiedad incalculable—. ¿Qué se ha propuesto? ¿Dónde nos lleva?».

Creí oír el sonido de una puerta automática abriéndose, y poco después nos agitamos como dos botes de espray en manos de un grafitero. El coche se detuvo y Richard tiró del freno de mano, y en seguida advertí que se desabrochaba el cinturón y abría la puerta del piloto. «Hemos llegado», deduje sin demasiado esfuerzo.

El maletero se abrió.

—John, saldrás primero.

Maser se separó de mi cuerpo.

«¿Dónde te lo llevas?», grité, pero más allá de la mordaza solo se oyó un murmullo desesperado.

—Grita lo que quieras, Everett; aquí nadie puede oírte.

Richard cerró de un portazo.

Oí los quejidos de Maser al otro lado de la puerta y los «calla» de Richard, y el golpeteo de su cuerpo al ser arrastrado por nuestro raptor.

Luego llegó el silencio más perturbador que había percibido nunca.

—Vamos, Everett —escuché tras abrirse de nuevo el maletero.

Desistí de intentar comunicarme con mi secuestrador. Hayes no parecía dispuesto a atender a razones; se había propuesto acabar lo empezado tras irrumpir en la vivienda de Maser.

Tiró de mis hombros como si estuviera manipulando sacos de cemento, y me arrastró sin reparo por los suelos de la casa. Noté cada escalón recorriendo mi columna, los perfiles de transición entre suelos, las imperfecciones del parqué; mis sentidos parecían haberse agudizado en el momento menos oportuno. No obstante, no fui capaz de discernir dónde estábamos, aunque sospechaba que en la residencia habitual de John Maser.

Dejó de arrastrarme por las axilas y me ayudó a incorporar.

Me liberó de las esposas, pero no de las ataduras de mis tobillos ni de la tela que cubría mis ojos.

—Espera un momento. No te muevas, o te caerás de morros como en la casa de Cold Spring. Asiente si lo has entendido.

Asentí con la cabeza, obediente como un perro.

«No me queda otra que encomendarme a su sensatez».

El rastro evidente

—Shaun no ha dormido en casa —aseguró Joel desde el umbral de la puerta de la habitación de su compañero de piso.

—No fastidies —espetó Roy mientras se incorporaba sobre la cama y Coco se acercaba a saludar al recién llegado—. ¿Estás seguro de eso?

—Me he levantado a las tres de la madrugada a mear y su habitación estaba igual que ahora, abierta y sin nadie dentro. Luego, sobre las seis, me he vuelto a desvelar y he echado otro vistazo por si había vuelto, pero todo seguía igual. Desde que vivimos aquí no había pasado una sola noche fuera, y ya sabes lo quisquilloso que es con lo de avisar antes. Y para colmo, le he estado llamando al móvil y sale que «está apagado o fuera de cobertura».

—No es propio de él —dijo Roy entre estiramientos—. No me cuadra que no nos avisara, más, como dices, siendo él tan tiquismiquis con esas cosas. Lleva unos meses actuando de forma extraña, saliendo a pasear cuando todos sabemos que no es hombre de exteriores, por decirlo de algún modo. El otro día lo pille anotando algo en su libreta, y cuando me vio, la cerró a toda prisa, como quien planea matar al Presidente. En fin. Hoy libro, así que me pasaré a hablar con Brian Allen. Tú ve a trabajar, que no está el patio como para quedarse sin curro.

—Envíame un mensaje cuando aparezca.

—Claro.

58 minutos más tarde

Brian Allen

«... dice que es sobre un tema relacionado con Shaun Everett», finalizó el agente de la recepción. «Bajo ahora mismo», concluí yo.

Colgué el teléfono y pensé en mi antiguo compañero: «¿Qué se traerá entre manos?».

Lo primero que me vino a la cabeza fue que alguien pretendía denunciarlo por algún suceso relacionado con su empecinamiento en abrir casos cerrados.

«Lo habrán pillado husmeando donde no debía».

Llevaba un buen rato imaginando las napolitanas de la cafetería de la esquina, así que, fuera lo que fuese lo que quisieran comunicarme sobre Everett, no volvería con las manos vacías.

—¿Te apetece una napolitana de chocolate de la cafetería de en frente, compañero?

—Allen, desde su cubículo, contestó «eso ni se pregunta».

—Pues vuelvo ahora mismo con un par.

—*Grazie mille*.

En cuanto vi su cara supe que no traía buenas noticias.

Conocía a aquel tipo. No de vista, pero sí de haber investigado a Shaun. Tras la extraña visita que me hizo, indagué sobre su nueva vida, y me enteré de que compartía piso con dos jóvenes.

—Brian Allen —me presenté mientras le tendía la mano.

—Roy Archer —correspondió entretanto nos dábamos un fuerte apretón de manos.

—¿Qué pasa con Shaun? No me digas que ha vuelto a darle un arrechucho.

—No. De salud anda bien; dejando aparte sus problemas de corazón, claro. No, los tiros no van por ahí. Ayer no volvió a casa. Salió por la mañana, según él, a almorzar con un excompañero del cuerpo, y no regresó; y eso, tratándose de Shaun, es más que raro.

«Maldito viejo del demonio».

Supe que algo no marchaba bien. Siempre consideré a Everett un hombre con unas formas —al menos en lo que respectaba a mi persona— pésimas, pero al mismo tiempo un hombre de lo más sensato. Recordé dos de las frases que pronunció cuando se plantó ante mi mesa con un sobre bajo el brazo: «Creo que John Maser tiene a Alan Hayes, supongo que encerrado en una habitación oculta»; «Has reaccionado justo como esperaba. En fin. Gracias por atenderme. Me largo con mi locura a otra parte».

—¿Tiene idea de qué ha podido pasarle, detective?

Me froté el mentón y tomé aire.

—Estuvo aquí hace más o menos una semana y me confesó que seguía investigando por su cuenta sobre el caso Gillian, y que no se sentía a gusto con la jubilación. Lo cierto es que se fue bastante cabreado.

—Sabía que estaba metido en algo —espetó Roy, claramente decepcionado por no haber percibido antes los indicios—. Esas salidas a deshoras...

—Tranquilo. Lo encontraremos. Me pongo ahora mismo con ello. Gracias por ponernos en sobre aviso tan rápido. —Saqué mi bloc de notas—. Dame un número de contacto, por favor.

Anoté su número de móvil y volvimos a darnos un fuerte apretón de manos.

—En breve tendrás noticias mías, Roy —dije a modo de despedida.

—Gracias, detective.

Una hora y diez minutos después

Recordé las sospechas de Everett sobre John Maser.

—Las persianas están bajadas —advertí ante la puerta de la valla baja que delimitaba el pequeño jardín delantero—. A estas horas deberían estar subidas.

—Depende —dijo Vega—. A lo mejor no está en casa. ¿No creerás las paparruchas que te contó Everett?

—Solo sé que estaba obsesionado con el propietario de esta casa y hemos llamado a Maser al móvil y al fijo más de veinte veces, y siempre comunica. Tú haz lo que quieras, pero yo voy a llamar a la puerta.

Superé la valla como quien sube a un caballo. Vega, con gesto resignado, lo hizo detrás de mí, de un modo nada ortodoxo: por un momento creí que iba a pedirme ayuda; sin embargo, su orgullo pudo más que la necesidad.

Pulsé el timbre, pero no oímos ningún soniquete.

—¿Lo tiene desconectado? —se extrañó mi compañero.

—Ya te digo yo que aquí pasa algo raro.

Golpeé la puerta con la palma de la mano, provocando unos estruendos que por fuerza tuvieron que oírse en cada rincón de la casa. Esperamos, pero ni la puerta se abrió ni percibimos

ruidos adentro.

—Voy a husmear por ahí. —Señalé la esquina de la casa que quedaba a mi izquierda—. Tú ve por el otro lado.

Vega asintió con la cabeza.

Nada más doblar la esquina, vi una ventana entreabierta, con la persiana a medio bajar. O a medio subir. Según tuviera uno el día. Intenté encaramarme, pero no lo conseguí: demasiado alta. Salté varias veces y miré adentro, pero solo pude entrever un pedazo de pared forrada de azulejos rectangulares.

«Es la cocina», deduje.

—¡Vega!

—¡Voy!

Mi compañero tardó poco más de diez segundos en acudir al rescate.

—Ayúdame a subir.

Juntó las manos a modo de estribo y me aupó con demasiado ímpetu. Mi espalda dio contra la persiana, quedándome a medio camino entre el jardín y el interior, con mi estómago descansando sobre el marco de madera. Me sentí el detective más ridículo de la ciudad. Como colofón, mi compañero —que parecía haberse levantado con sus pocas luces apagadas— empujó mis piernas como si estuviera palmeando un balón de playa, provocando que besara el suelo de la estancia donde Maser preparaba la comida.

«La madre que lo parió», pensé mientras me sacudía el polvo de los pantalones.

Me asomé por la ventana. Mi compañero aguardaba con cara de guasa.

—La próxima vez me das con un palo —dije entre la carcajada y el cabreo.

—No he encontrado ninguno. Pero lo tendré en cuenta.

—Sube, anda, tontolaba.

Le tendí la mano y tiré de él, sintiéndome tentado de «tirar más de la cuenta».

—Echamos un vistazo y nos largamos cagando leches, ¿eh? —dije susurrante—; no deberíamos estar aquí.

—Bueno, yo he escuchado gritos de auxilio. ¿Tú no?

—Por supuesto. Pero si no encontramos nada, mejor no tener que dar explicaciones.

La jurisprudencia nos zancadilleaba demasiado a menudo, pero nosotros habíamos aprendido a saltar cuando nos ponía la pierna delante.

Abandonamos la cocina y anduvimos en penumbra por un largo pasillo, hasta detenernos en el umbral del salón, donde permanecimos largo tiempo.

—Mierda —susurró mi compañero mientras yo notaba cómo me bajaba la tensión.

Nunca había padecido un vahído ante una escena del crimen; ni la más truculenta había conseguido que me echara las manos a la cabeza. Hasta que me topé con aquella.

Vega seguía susurrando frases inconexas.

Maser yacía sobre un charco de sangre, a medio metro de una silla apartada del resto y una cuerda de nailon, con una pistola a un palmo de la mano. Bajo el dintel de una puerta marcada por el impacto de una bala, Shaun Everett permanecía de un modo parecido, con su jersey cubierto de sangre y un arma a los pies.

—Llama a la Científica y... Llama a todo el mundo —rogué sin despegar la mirada del cadáver de mi excompañero.

Suspiré resignado y me coloqué unos guantes de látex; siempre llevaba un par en un bolsillo.

«En fin —pensé atribulado—. Hagamos nuestro trabajo».

En el sótano encontré una pared separada del resto: un ingenioso mecanismo a base de rieles que escondía un pasadizo acabado en una puerta blindada.

«Si ahí dentro aparece Alan Hayes... Dios santo».

Golpeé la puerta y enseguida pegué la oreja al frío metal, pero no percibí nada.

En el primer piso di con una habitación con la cama fuera de su sitio y una lámina del parqué suelta, bajo la que descubrí una caja de metal con munición y un espacio libre que presentí había ocupado el arma que el fiambre de Maser tenía a un palmo de la mano.

Volví al salón y analicé la escena de nuevo.

«Las marcas de bala, las posiciones, la silla, la cuerda, la caja...

»Joder, Everett, ¿cómo pudiste perder así la cabeza?».

Me sentía decepcionado con mi excompañero, con su drástica forma de afrontar la situación, pero también conmigo mismo.

«Debí leer lo que contenía el maldito sobre».

La Científica no tardó en llegar, así como el forense y el juez de guardia. También nuestro capitán, que sollozó ante el cadáver de su amigo.

—Supongo que se le fue de las manos —razonó mi compañero ya fuera de la vivienda, tras las cintas policiales que contenían a los vecinos más curiosos—. Entró por la fuerza, lo ató a una silla y le hizo cantar, en principio, asfixiándolo con las bolsas de basura que hemos encontrado en el salón. Bajó al sótano y empujó la pared, descubriendo la entrada secreta. Me apuesto una cerveza a que tras esa puerta encontraremos el cadáver de Alan Hayes; si el niño estuviera vivo, habría respondido a los golpes que le hemos dado, ¿no crees? —La negatividad de mi compañero empezaba a ponerme de los nervios—. Maser consiguió desatarse mientras Everett investigaba, subió corriendo a su habitación, cogió el arma que escondía bajo el parqué y regresó al piso de abajo, topándose con Shaun en el salón, y...

—Eso parece. —Resoplé agobiado—. Espero que no tarden en abrir la maldita puerta blindada.

Un furgón blindado de los SWAT apareció por una esquina de la urbanización.

—Ni que te hubieran oído —bromeó Vega.

Le eché una mirada de asco.

—No es momento para bromas.

—¡Venga ya! ¡Everett era un capullo redomado! Ahora, como está muerto, ¿era un tipo genial? No seas cínico.

—¿Sabías que sacó a un indigente de la calle y ayudó a un heroinómano a desintoxicarse, sin pedirles nada a cambio? Les dio un techo, un trabajo... Ah, y compró un piso para que una madre soltera pudiera vivir desahogada con su hijo.

—¿Y tú cómo sabes todo eso?

—Porque me informo, gilipollas.

—Soy un bocazas, ¿no?

—Y tanto que sí.

Vega agachó la cabeza y se alejó hacia un extremo de la fachada, supuse que a encenderse un pitillo y a recapacitar sobre su don para meter la pata.

«He de avisar a Roy Archer —medité desganado—. Y cuando sepa lo que hay detrás de la puerta blindada, también a Richard Hayes.

»Espero poder dar al menos una buena noticia».

Sinfonía del Destino

Con la suavidad de una pluma, dejé caer el disco sobre el plato giratorio. La aguja se posó en el vinilo, como un pájaro sobre un suelo oscuro. Y la Sinfonía n.º 5 en do menor de Ludwig van Beethoven invadió el salón de mi piso.

«*Ta-ta-ta-taa... (Sol-sol-sol-mi…) Ta-ta-ta-taa...*».

Me senté a disfrutar de sus cuatro movimientos.

Solo yo, la música, y mi móvil bocarriba sobre la mesa de centro; la llamada podía llegar en cualquier momento.

Moví las manos, como si estuviera conduciendo música ante una descomunal orquesta.

Antes había estado viendo la casa de John Maser por televisión, abrazada por cintas policiales. Ahora, extasiado por la conocida como Sinfonía del Destino, esperaba a que en la iluminada y vibrante pantalla de mi móvil apareciera el nombre de ‘Brian Allen’.

Mis pensamientos danzaban al compás, moviéndose de los remordimientos —que mantenía convenientemente a raya— a la paz que me otorgaba estar siéndole fiel a mis principios.

Cerré los ojos y traté de relajar mi espíritu.

«Las leyes las dictan hombres a favor de los malvados. Esos malditos detectives han conseguido que aborrezca su modo de administrar justicia, con su firme pragmatismo y su vergonzosa estrechez de miras. Buscan que todo cuadre, y a veces las piezas no encajan».

El sonido de mi móvil me apartó de mis pensamientos. Abrí los ojos y vi su pantalla iluminada. Mi incliné y lo cogí, para advertir que la llamada pertenecía a ‘Brian Allen’.

«El ansiado momento».

—Dígame, detective.

—Hola, Richard. Tengo buenas noticias para usted.

—¿Han encontrado el cuerpo de mi hijo?

—Hemos encontrado a Alan sano y salvo.

—¿¡Qué!? —Me levanté enérgico de la butaca—. ¿¡Dónde está!? ¿¡Quién lo retenía!? ¿¡Cómo han dado con él!? ¿¡Lo han maltratado!? ¡Quiero verlo ya!

—Cálmese, Richard. Ya no recuerdo la primera pregunta que me ha hecho —bromeó Allen. Si bien, su tono de voz era el de un hombre triste; y yo sabía bien por qué—. Su hijo está bien. Se lo han llevado en ambulancia al Brooklyn Hospital Center, pero solo para hacerle un chequeo. Mentalmente tal vez necesite algo de recuperación. Ha preguntado por su padre, pero…

—Pero qué.

—Cree que es John Maser. Ese demente le ha metido cosas raras en la cabeza. Solo he hablado unos minutos con él, pero, insisto, está bien. Nada que unas horas de terapia y pasar tiempo con su verdadero padre no puedan curar.

—¿Y Samuel Gillian?

—Maser secuestró a Emily y a Alan imitando el *modus operandi* de los Rompefamilias, y luego le cargó el muerto a Gillian Godino. En el sótano donde retenía a su hijo hemos encontrado un cuaderno, donde se detalla lo que hizo. ¿Recuerda a Shaun Everett?

—Por supuesto.

—Él es el héroe de esta historia. Encontró a su hijo cuando nadie lo buscaba, y hacerlo le ha costado la vida.

—¿Cómo? ¿Ha muerto?

—Entró en casa de Maser, hubo un tiroteo y se mataron mutuamente. Sí. En fin. Si quiere, puedo pasar a buscarlo en unos minutos y acompañarle al hospital para que vea a su hijo. Me gustaría observar su reacción.

—Sería estupendo. No sé cómo agradecérselo. Y siento lo de Everett. Solo lo conocía de hablar con él del caso, pero me pareció un buen hombre.

—Lo era. Nos vemos en un rato.

—Hasta pronto, detective.

Colgamos prácticamente al unísono.

Respiré aliviado.

«Se acabó».

Epílogo

—Espera un momento. No te muevas, o te caerás de morros como en la casa de Cold Spring. Asiente si lo has entendido.

Asentí con la cabeza y me encomendé a su sensatez. Pero la cordura ya no formaba parte de Richard Hayes. El secuestro de su familia a manos de un desalmado, el descabezamiento de su esposa y lo que halló en el sótano de una cabaña en el bosque, lo habían cambiado, y su luz se había convertido en oscuridad.

Oí dos disparos, efectuados sin duda con una pistola con silenciador. Y al instante un fuerte dolor en el pecho. Mis piernas se doblaron unidas por una cuerda de nailon y enseguida noté cómo la sangre empapaba mi camiseta interior y luego mi pecho.

«Perfecto»: oí la voz de mi asesino, cargada de seguridad.

Richard se acercó —podía percibir sus pasos—, como un verdugo, cuchillo en mano, a un degolladero. Me desató los pies y me quitó la venda de los ojos, pero mis ojos ya no podían ver.

—Solo estoy adelantando el día de tu muerte —me susurró al oído—. Y tampoco es que demasiado. Estabas en las últimas, Shaun, y no íbamos a permitir que ese malnacido de Maser pisara una cárcel, con su tele en la celda, sus paseos por el patio y sus penetraciones en las duchas. De eso nada, ¿verdad, Shaun? Tu vida valdrá para algo más que para marchitarse lentamente.

Richard se separó de mi cuerpo «inerte».

—Bien. No tienen marcas que delaten tiempos que no me benefician —se dijo, recapitulando para sí mismo—. Tienen algún que otro rasguño, sí, pero nada que no cuadre con lo que ha sucedido aquí dentro o, más bien, con lo que creerán que ha sucedido. Las marcas de bala coinciden. Han caído donde debían. La cuerda, la silla, la cama de arriba y la lámina de parqué también están donde corresponde. El muro del sótano permanece separado del resto y la ventana de la cocina está entreabierta.

Tras terminar de repasar los puntos finales de su plan, oí un largo suspiro.

«Moriré para que haga justicia. Su justicia. Y para que además no pague por ella.

»Nadie sabrá nunca lo que ha pasado aquí y en la casa de Cold Spring.

»Se reencontrará con su hijo entre lágrimas y nadie sospechará lo que realmente ha sucedido.

»La prensa escribirá sobre el policía retirado que acabó con John Maser, que para colmo perdurará como uno de los asesinos más retorcidos de la historia.

»Jada y Michael, Roy y Joel, ¿me recordarán como un héroe o como un chalado? Espero que como un buen amigo.

»Nunca debí darle a Richard ese maldito sobre.

»Yo mismo he originado este despropósito».

Las últimas palabras que escuché con vida fueron: «Solo he de volver a casa y esperar la llamada de Brian Allen». Pero ni mucho menos fue lo último que percibí. Oí un portazo y poco después el distante piar de un pájaro. El runrún de algunos coches. A una madre llamando a gritos a su hijo. Los lejanos ladridos de un perro…

«Al final va a ser cierto lo que aseguraba aquel artículo médico: el cerebro y la consciencia

pueden mantenerse después de que el cuerpo deje de funcionar».

Percibí demasiadas cosas mientras esperaba a que mi mente se apagara del todo.

«Ya te vale, Dios».